La estatua de nieve; novela.
Siles, José de, -1911.
Madrid, [A. Marzo], 1905.

https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d

HathiTrust

www.hathitrust.org

Public Domain in the United States, Google-digitized

http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

We have determined this work to be in the public domain in the United States of America. It may not be in the public domain in other countries. Copies are provided as a preservation service. Particularly outside of the United States, persons receiving copies should make appropriate efforts to determine the copyright status of the work in their country and use the work accordingly. It is possible that current copyright holders, heirs or the estate of the authors of individual portions of the work, such as illustrations or photographs, assert copyrights over these portions. Depending on the nature of subsequent use that is made, additional rights may need to be obtained independently of anything we can address. The digital images and OCR of this work were produced by Google, Inc. (indicated by a watermark on each page in the PageTurner). Google requests that the images and OCR not be re-hosted, redistributed or used commercially. The images are provided for educational, scholarly, non-commercial purposes.

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

WIDENER
HN QW7D W

Digitized by Google

Original from
HARVARD UNIVERSITY

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

Span 6240.2.36

HARVARD COLLEGE
LIBRARY

FROM THE FUND OF
CHARLES MINOT
CLASS OF 1828

Digitized by Google
Original from
HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

Digitized by Google

Original from
HARVARD UNIVERSITY

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from
HARVARD UNIVERSITY

Span 6240.2

JOSÉ DE SILES

La Estatua de Nieve.

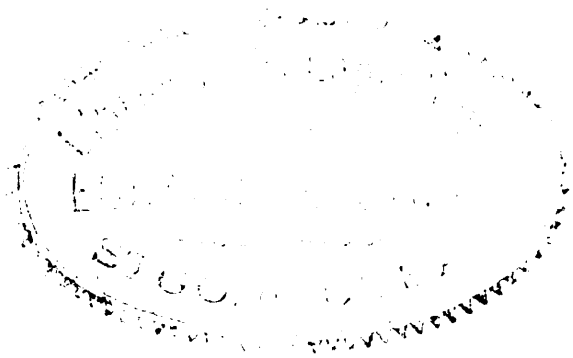
NOVELA

ADMINISTRACIÓN
10, ELOY GONZALO (PASEO DE LA HABANA), 10
MADRID
1905

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from
HARVARD UNIVERSITY

LA ESTATUA DE NIEVE



Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

Es propiedad del autor.

Madrid, Imprenta de Antonio Marzo, San Hermenegildo, 32 duplicado. Teléfono 1.977.

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

JOSÉ DE SILES

La Estatua de Nieve.

NOVELA

ADMINISTRACIÓN
10, ELOY GONZALO (PASEO DE LA HABANA), 10
MADRID
1905

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

HARVARD COLLEGE
APR 16 1920
LIBRARY
Minot fund

OBRAS COMPLETAS

DE

JOSE DE SILES

Estas obras comprenderán, hasta hoy, próximamente, **25** tomos, de los que van publicados los siguientes:

I.—La novia de Luzbel (cuentos).
II.—La casa de la alegría (cuentos).
III.—El lobo y la oveja (cuentos).
IV.—El drama del Calvario (leyendas místicas).
V.—Boda buena y boda mala (cuentos).
VI.—Los fantasmas del mundo (poesías).
VII.—El cincel y la paleta (notas de arte).
VIII.—Acuarelas del redondel (narraciones taurinas y chulescas).
IX.—Cielos y abismos (cuadros de la Naturaleza).
X.—Memorias de un patriota (relatos de guerra).
XI.—El diario de un poeta (poesías).
XII.—La estatua de nieve (novela).

CADA TOMO UNA PESETA

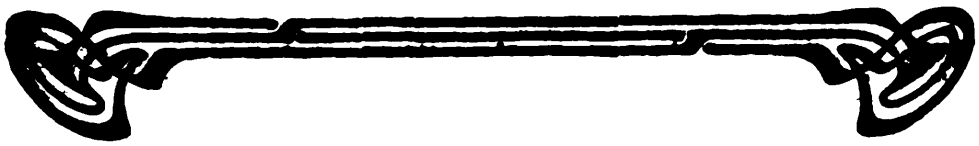
NOTA. Los señores libreros y corresponsales obtendrán notables descuentos, según la importancia de sus pedidos, pudiendo efectuarlos directamente á esta **Administración,** 10, Eloy Gonzalo (Paseo de la Habana), 10 ó á la

LIBRERÍA DE D. GREGORIO PUEYO

Carmen, 33, Madrid.

No se servirá ningún pedido si no viene acompañado de su importe ó de acreditada garantía.

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google



LA ESTATUA DE NIEVE

I

—¡Un beso..., otro!... ¡Adiós, Gabriel, hijo mío!

—¡Madre!... ¡Si no te abandono! No, no quiero. ¿Qué tal estás?

—¡Vaya, hecha una moza!

—¡Me engañas!

—No... Tú sí que necesitas remozarte. Pareces un viejo. Es decir, á mí me pareces un ángel.

—¡Benditos sean esos labios, que no se abren sino para mi consuelo!... No, no te dejo.

—Sí. Este Madrid te mata. El aire del campo, ese aire que respiraste cuando niño, que te decía tantas palabras dulces cuando joven, según me has referido, te traerá salud cuando hombre... Vamos, concluye. Ea, márchate, que yo no te vea.

—Eres la bondad misma. ¡Si me parece un crimen separarme de ti!

—Algún día te separarás...; cuando te cases.

—Y ¿por qué entonces?

—Pues bien, cuando me muera.

—¡Quién sabe! ¿Crees que no se puede morir de dolor? No sabré sobrevivirte.

—¡Jesús, Jesús, qué pensamientos tan tristes tiene este hijo mío, en vísperas de un viaje de recreo!... Vamos á preparar la maleta.

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

—Ya sabes que me marcho por pocos días.

—Lo menos quince. Si vienes antes de este plazo, no te recibo en mi casa.

Y como la mujer, que al fin madre, pensara que era demasiado dura la frase final, se abrazó á Gabriel, cubriéndole el rostro de besos. Ni en chanza, su corazón maternal aprobaba palabras dichas en sentido equívoco. Moriría de pena si su hijo pudiera considerarlas verdad. Por eso, mal conteniendo en el pecho las olas de emoción que había ido agitando el sentimiento, dos lágrimas se redondearon bajo sus párpados, hasta que, saltando de las pestañas, resbalaron por su cara.

—¿Lo ves?—dijo Gabriel.

—Si no es nada; ¡soy lo más tonta...!, lloro por cualquier cosa.

Limpió con el dorso de la diestra las nubes que el llanto había agolpado á sus ojos, y, ligera y riente, como jovenzuela enamorada, corrió de un lado á otro de la casa, abriendo cajones, arrastrando arcas, hasta que apareció en la sala, donde había quedado su hijo. Traía la maleta debajo de un brazo, y un envoltorio de ropa sujeto en el otro. Soltó la maleta en el suelo, y la ropa sobre una silla. Agachóse ante la valija de cuero amarillo, y levantó su tapa. Miró en su fondo, y sonrió.

—Ya me lo figuraba—dijo con acento de suave reconvención—. Libros, libros y más libros.

Todo el vientre de la maleta se veía, con efecto, atestado de volúmenes, dispuestos de modo que cupieran muchos en poco trecho. Formaban algo así como el lastre de un buque. Algunos montaban sobre otros sus picos, cual si quisieran morderse; pero todos se encajaban dentro de un mismo nivel, con sus encuadernaciones verdes, azules y rojas.

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

Doña Marta (no hay que decir que éste era el nombre de la madre de Gabriel) trató de quitar lastre de papel impreso al buque, substituyéndolo con ropa. Consultó antes con la vista el semblante de su hijo, quien nada dijo y apenas mostró en sus ojos un relámpago de disgusto.

—Sí, sí, ya comprendo—murmuró doña Marta—; si cupiera, embutirías toda tu biblioteca. Mas no es posible ni preciso. Allí no vas á calentarte los cascos. Bastante tienes aquí con tus enfermos y tus librotes de Medicina. Lo que más necesitas adonde vas es ropa, y ropa de abrigo; aquél es país montañoso, y si de día quema el sol, á causa de la estación en que estamos (esto sucedía en Agosto), de noche el frío pide mantas y telas de paño. Conque resignación, señor sabio.

Hubo expurgo de libros, quedándose el cargamento en una línea muy cerca del asiento de la maleta. Furon materialmente prensados cantidad no corta de camisetas y calzoncillos de lana, pero faltó espacio para las prendas finas, las que requería el tiempo caluroso. Volvió á rebuscar en el fondo la buena señora.

—Mira, si te parece—observó—, se puede todavía aligerar la carga.

—¡Pero si ya no hay libros!—repuso Gabriel.

—Pues, ¿y todos estos de pasta verdosa, que parecen un mar, qué son?

—Shakespeare.

—¡Vaya si escribió el buen hombre! Por lo menos—añadió hojeando un tomo—, este que dice *Romeo y Julieta* dejará hueco para una camisa.

—No, madre, no; conmigo irá, aunque me llamen *descamisado.*

—Entonces, este otro que no abulta tanto, y que

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

tiene escrito en el lomo *Obras de Bécquer*, ¿podrá ser reemplazado por un chaleco blanco?

—Tampoco; no llevaré ese chaleco.

—Vamos, ¿y este que dice..., cómo se lee?

—Goethe.

—Eso; pondremos en su lugar un pantalón.

—Si no se encuentra otro sitio donde meter tal pantalón, me marcharé sin él.

—Como quieras. Has de hacer eternamente tu gusto..., que es el mío, después de todo.

—¡Pero si yo no detesto el vestir lucido! Al contrario... Ya sabes...

—Sí, Gabriel, ya sé.

La madre continuó su tarea, sin hablar más nada. Ya había ella notado el cambio que, desde algún tiempo, habían sufrido las costumbres de su hijo. Nunca Gabriel pensó en acicalarse, ni tuvo afanes sino para el estudio. Sus miradas no se fijaban jamás en la vestimenta del cuerpo; sólo atendían al color y forma de que se visten las ideas. Ultimamente, y por repentina mudanza, el mundo exterior, con sus galas y caprichos, parecía merecerle curiosísimo aprecio. Hablarle antes de una corbata bonita, era conversación que le crispaba los nervios: «¡Futilidades! ¡Tonterías!»... Ahora, ahora poseía un paquete de trapos primorosísimos, con nudos de corazón, con triángulos en figura de peto, de seda, de piqué, de gasa, franjeados de escarlata, manchados de lunares azules, cruzados de rayas doradas, salpicados de herraduritas, moscas, manojos de agujas y cuadraditos de tablero de ajedrez.

Tenía igualmente la bastonera erizada de palos que blandir gallardamente por la calle. Desde la caña pajiza, aérea y vidriosa, hasta el verrugoso bastón de color de castaña, disponía de todo un ar-

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

senal de juncos, de cerezos, de vástagos lustrosos, con sus correas ó cadenas y sus puños de hueso, de marfil ó de pastas aporcelanadas. Todo barato, eso sí. Porque, los enfermos, la mayoría visitados de caridad, no daban para mayores lujos. Otro tanto puede decirse de los sombreros, de las botas y zapatos, de las americanas y chalecos, adquiridos y rebuscados con supremos esfuerzos de gusto y, relativamente de dinero, en almacenes de ropas hechas, en tiendas en liquidación, en comercios que tienen la compasión de arruinarse para que el pobre disfrute de objetos destinados al rico.

No era Gabriel una estatua humana; pero tampoco era una deformidad monstruosa. Tenía el rostro enjuto, pálido en la frente y los pómulos; quizás demasiado abovedada aquélla, y éstos acaso algo salientes para la regularidad que se pide á los rasgos del semblante. Barba negra, rizosa, medio pelada por las mandíbulas y en punta espesa al fin de la cara, formaba marco de ébano á la palidez marfilina de la fisonomía. En sus ojos había, de ordinario, miradas profundas. Su cuerpo parecía no resistir ataque rudo: tal era de delgado. Pero en toda su persona, en sus movimientos y ademanes, se mostraba un ser de alma noble, simpática y apasionada. Un detalle: era un poco cargado de espaldas.

—De tanto estar sobre los libros—decía su madre, añadiendo: —Cuando niño, estaba más tieso que un huso.

No le sentaba mal el vestuario elegante. Una buena tijera le hubiera puesto á la moda. Gabriel, sin embargo, no había soñado, ni aun en su última transformación mundana, con la gloria del dandy. Sus excursiones por las sastrerías baratas se limitaron á adaptar su palmito, más desgarbado que

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

airoso, á las prendas menos horribles y medianamente presentables. Veíase, desde luego, que no poseía esa soltura, esa gracia característica del mozo que siempre llevó pegadas á la piel ricas estofas. Sobre esta materia, todo en él era zurdo, desconcertado, como postizo. Sus actitudes más triviales denotaban embarazo. Iba como abrumado de plomo con una levita. La ligereza no fué la cualidad dominante de su carácter. Conocíase que su nueva situación le llevaba con pasos forzados por el nuevo camino.

Gabriel había marchado, hasta entonces, en línea recta.

Muchas veces pensaba: «El amor de esa mujer me arrastra por senderos desconocidos. Me bastó verla para amarla. Ella brilla en esfera superior á la mía. ¿Cómo tocar á su cielo? Si yo acertara, una vez sola, desde el obscuro abismo de mi vida á interesar su atención, á cifrar en una palabra la inmensidad de mi afecto, la estrella y el gusano se entenderían, la tierra y el sol se unirían para formar un paraíso sin mancharse la luz ni secarse las flores. Pero es imposible; la palabra ha expirado cien veces en mis labios, cuando he querido hablarla. Mi voz temblorosa ha penetrado confusa en sus oídos, sin despertar eco. La pasión que se desborda por todo mi ser, ha conseguido sólo una sonrisa, una mirada fugaz, una rápida pausa en su pensamiento. Sí; ella necesita ser deslumbrada por cosas materiales. ¿Es que la ofendo? No; su educación, sus gustos, sus costumbres, sus inclinaciones, su naturaleza de mujer piden aguijones que hieran el sentido... Y no puedo menos de confesar á la par que su alma me fascina. ¡Qué alta debe volar cuando contempla una obra de arte! ¿No la he visto delante de un cuadro de Muri-

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

llo, quedarse extasiada? ¿No la he oído sacar al piano melodías, en que su corazón íntimamente conmovido, parecía como llevar el suave ritmo?... Ignoro cómo llegar hasta ella, cómo decirla que la amo. ¡Necia frase que todos repiten, que nada significa sino á aquel por quien es pronunciada! Pero yo la diré; seré elocuente; tomaré prestadas imágenes de poeta. Tendré el valor de cortejarla como cualquiera.»

Este descenso á las prácticas del amor vulgar hundía á Gabriel en honda melancolía. Tenía mucho de sagrado su amor para que la menor profanación fuera fácilmente aceptada. Con todo, él fué centinela de esquinas, miró ventanas, sobornó porteras, estuvo pendiente del reloj á toda hora de salida ó entrada de su amada, vistióse del modo más agradable, transigió hasta con algunas leyes del código de lo cursi. Claveles descomunales, de colores vivísimos, se arraigaron en el ojal de su levita. Tarde hubo que montó en alquilado jamelgo y trotó no menos de dos horas arriba y abajo, por la calle, imán poderoso de sus pasos.

La calle de su amada era una de esas vías, último figurín del tránsito por una población, con que la capital de España ha pretendido imitar los bulevares parisienses. De gran longitud, bordeada por doble hilera de árboles, cuyas copas ramosas no llegan más allá de los pisos principales; rayada á lo largo por rieles de tranvía; engarzando en su fila de edificios estucados, coloreados, de balcones de complicado herraje, suntuosas construcciones, moradas del lujo y nidos de los negocios; puede decirse que era visitada todos los días por los paseantes madrileños. Desde cualquiera de sus puntos se gozaba de pintoresca perspectiva. Era, además, lugar de paso para

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

uno de los más concurridos paseos de la corte. Gabriel, en sus horas de expectativa amorosa, tieso, y como haciendo *pendant* á las columnillas bronceadas de los faroles de gas que alternaban con los árboles, con los ojos puestos en las tres aberturas fenestrales de casa de su Dulcinea, estaba en aquel sitio, observado por la curiosidad andariega, torturado y vergonzoso, como reo en cadalso.

Pero todos estos pequeños tormentos, todas estas espinas que el pensamiento de lo ridículo clavaba en las entrañas de su amor propio, no abrían heridas sino en su vanidad, quedando ileso su afecto. El consuelo que derramaba sobre su alma el sueño solo de la imagen de la mujer adorada, calmaba sus impaciencias, sus cóleras mal reprimidas, sus torsiones de nervios que le quitaban á veces el aliento. Era un excelente teórico en el amor, pero un pésimo soldado en su conquista.

Hasta entonces la ocasión, esa fuerza misteriosa que une las acciones humanas, había faltado á Gabriel. Los preliminares de su amor, de aquel amor cuyo goce imaginado no más, encendía un horno de deseos en su ser, habíanle traído únicamente zozobras y tristezas, dudas y desmayos, desesperanza y fiebre. Pero el verano, con sus excursiones campestres, dióle motivo para continuar su idilio— empezado entre el ruido de los carruajes y la burla callada de una población insensible—, en compañía de los pájaros, rodeado de tribus de flores, bajo un cielo teñido de oro y púrpura, en un tiempo en que los deseos dormidos se despiertan en todo espíritu ansioso de volar, de ver luz, de bañarse en los océanos de hermosura de la Naturaleza.

—¡Allá voy tras ella!—se dijo Gabriel apenas supo que iba de veraneo su amada.

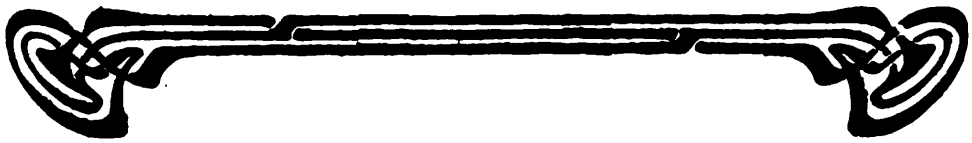
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

Y ya le hemos visto una mañana de Agosto arreglando con su madre la maleta, indiferente en la apariencia al objeto de su viaje. Con sordos latidos le acusaba tal vez su conciencia de ingratitud hacia doña Marta. Sufría horriblemente separándose de aquella anciana, de la que nunca se había apartado desde que fué hombre. Mil veces estuvo á punto de abandonar su proyecto, pero una angustia infinita parecía retorcerle la garganta. Por fin, venció la amada á la madre, y sin que sea tachado de cruel tan apreciable joven, es lo cierto que cuando tomó el coche que debía conducirle á la estación, toda su persona rebosaba de contento. Jamás había pensado en el problema de la dirección de los globos; en aquel instante deploraba que no estuviera resuelta una cuestión de tanta importancia para un amante que busca á su amada.

Doña Marta despidió á su hijo desde la ventana. Ya no le veía, y seguía mirando por donde había huído. A sus miradas maternas no estaba oculto el secreto que le guardaba su hijo. Y acordándose de su marido, aún vivo por esos mundos, llevado y traído por mujerzuelas, pensando en Gabriel y dirigiendo una mano suplicante al cielo, exclamó con acento doloroso:

—¡Dios mío! Que no sea una infame la que me lo arrebata.

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY



II

Sola, acodada en la mesa del comedor, sobre cuya tabla, forrada de resquebrajado hule, veíanse apartados y medio envueltos en prieta servilleta los restos de frugalísima cena, estaba doña Marta Bejarano ocupada en muy interesante faena. El péndulo del viejo reloj de pared, colgado muy cerca del techo para que los cilindros de plomo de la cuerda no se reposaran, al descender, en el suelo, iba y venía de un lado á otro, con su doble chasquido eterno, sin distraer la más mínima parte de la atención, casi del éxtasis, de la anciana. Su cabeza, cubierta á trechos de blancos mechones, á trechos calva, descansaba sobre las manos. La verdosa pantalla del quinqué sumía en penumbra dudosa su frente. Pero sus ojos, que caían bajo el dominio de la luz, brillaban extraordinariamente, con relampagueos de calentura y humedades de llanto.

Delante, entre los codos, como si abrazarlos quisiera, extendíanse varios plieguecillos de papel fuertemente ennegrecidos por compacta escritura. ¡Era una carta de Gabriel! Desde que la recibió por la mañana hasta la hora aquella (las doce de la noche), apenas había interrumpido doña Marta su lectura. ¿Qué le decía su hijo amadísimo? Nada que ignorara y mucho que temía saber.

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

Era la historia de un día de enamorado, con sus alegrías gigantescas y sus tristezas vaporosas. Venían los renglones escritos en todos sentidos, cruzadas las palabras, superpuestas las ideas, llenas las hojas del desborde de un corazón joven. Harto trabajo era para la venerable señora descifrar tanto garabato trazado con pluma veloz, con mano que quería ser pensamiento. No bastándole los ojos, ya torpes por el cansancio de la edad y turbios por las salpicaduras de llanto á cada frase leída ó adivinada, hizo al fin doña Marta uso de la voz.

Púdosela oir el contenido de la filial epístola, que era el siguiente:

«Madre del alma. No te pido perdón por un crimen que he cometido, porque sé que lo tengo. Tu absolución cayó siempre sobre mi frente antes que la culpa. ¿Qué fea obra he ejecutado? No confesarte un amor que es ya la llama de mi vida. El soplo de viento que la apague extinguirá al mismo tiempo mi existencia. No te asustes. La mujer que adoro tiene los atributos de un Dios. Su compasión, al menos, me salvará. Cuando la conozcas te unirás conmigo para adorarla. Es la realidad de todos mis sueños. Estoy seguro que, con su amor, tendré bastante para formar en la tierra un cielo. Hasta que no tuve esta certeza, he callado, he procurado analizar qué género de afecto me inspiraba. Hoy puedo jurar que la idolatro. ¡Vaya si la idolatro!

»Ignoro cómo describirte, en orden y con calma, todas las cosas que pienso revelarte. En mi cabeza se aglomeran recientes recuerdos y remotas esperanzas, dándose amistosamente las manos, estrechándose con locura en apretado abrazo. Salto de gozo. Como el poeta Bécquer, un genio que quisiste substituir por un chaleco, puedo gritar: «¡La he

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

visto y me ha mirado!» Sí, sin saber dónde se hospedaba, á la media hora de dar vueltas por este pueblecito, que se llama El Erial, pero que va á ser para mí un paraíso, me la encontré en un jardinillo público. Leía, paseando á la sombra de una callecita de árboles de apiñado ramaje, en un libro. Sentada en un banco de verdes listones de madera, la seguía con la vista su institutriz, miss Sofía Riffle. Descubrir á mi amada y echarme á temblar, fué todo uno. El corazón parecía salírseme por la boca.

»¿Tienes ganas de conocerla? ¡Lástima que mi pluma no fuera un pincel! Deploro que mi retina no hubiera sido, cuando la vi, una cámara obscura como la del fotógrafo; te mandaría su retrato. ¿Has imaginado que es una muchacha hermosa? Pues me excusas el trabajo de dibujártela. Es hermosa, sí, pero sin exageración ni frialdad. Su rostro es lleno y sonrosado. Su cuerpo, al moverse, tiene una ondulación que pudiera llamarse severa. Posee unos ojos grandes, de ancha mirada, que despide rayos de ideas. No es su pelo abundante, ni de un matiz extremo: ni oro ni azabache, mas peinado con gracia y ligeramente ensortijado. Son sus labios gordezuelos y rojos. Sus dientes, casi siempre descubiertos por razón de que su dueña es grande amiga de la risa, blancos y limpios. Su voz tiene suavísimos sones; la maneja á voluntad. Su conversación es una música... Y no puedo darte otros detalles, y aun de éstos no extendería yo un testimonio fidedigno.

»Muchas veces, desde que tuvo nacimiento este amor mío, que será mi desdicha ó mi gloria, me pregunto, ¿cómo admiro, deseo y adoro á una mujer que apenas he tratado? No sé responderme. Dígome si será el misterio mismo, que la rodea para mí hasta

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

ahora, el círculo mágico que me atrae. De todos modos, cuando estoy en su presencia, fáltame serenidad, me turbo, me ciego, me imposibilito para aplicar á su persona el microscopio de la observación. El amor de esta mujer es un fenómeno que me abisma, que me atolondra. Si la miro, escapa á mi vista en una como explosión de claridad sobrenatural. Véola mejor cuando cierro los ojos. Pero nunca de un modo completo. Por eso te repito que no sé pintártela. Posible es que sea más hermosa de lo que te he dicho. ¡Ah! lo único que sé es que me muero por ella; que por ella sería capaz de todos los sacrificios...

»Repuesto algún tanto de mi turbadora sorpresa, seguí andando en dirección al sitio en que se paseaba, resuelto á hacerme el encontradizo. En una de sus vueltas alzó los ojos del libro... y su mirada, su mirada celestial, vino á posarse en mi humilde persona. Creí notar que mi hallazgo le causó sensación agradable. Sus mejillas se colorearon con más fuerza que de costumbre. Ya estábamos cerca; crucé á su lado, y con una sonrisa, como de agradecimiento, contestó á mi saludo. Sí, ¡Dorotea!, amada mía; por ti estaba allí yo. Aquella sola sonrisa tuya pagaba centuplicado el coste de mi viaje.

»Después de esta rápida entrevista, he recorrido, para contar mi dicha á todas las cosas, el pueblo entero. Más que tal, es una agrupación de casas vetustas que hacen silenciosa y triste guardia de honor á un viejo monasterio. Por sus calles, hondas y estrechas, con pavimento de largas losas, mis pasos solitarios sonaban huecos y prolongados como sobre lápidas sepulcrales. Era la hora de la siesta, y el calor forzaba á estar cerradas puertas y ventanas. En algunas, bajo las cortinas, caídas á plomo sobre las

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

maderas, por falta de aire, se vislumbraba, á mi paso, una mano curiosa y unos ojos soñolientos, que desaparecían tan pronto como se dejaban ver. ¿No tiene más vida este pueblo? ¡Qué importa! Llévola yo suficiente para animar hasta sus piedras.

»No es jactancia, madre mía. Estoy transformado. Tengo treinta años, he sufrido cuanto tú sabes. Creí que la serpiente de la duda se había enroscado para siempre en mi corazón. Pues bien, he vuelto á mis primeras ilusiones, que serán, yo te lo fío, últimas ahora. El amor de mis diez y ocho años, el de mi pobre prima, la hija de tío Salvador, ya que no pudo ser mi felicidad, tal vez por egoísmo mío, por inconsecuencia de mi carácter, me ha mantenido, durante mi juventud, como conservado en el recuerdo de su pureza. De tu amor no hablo, porque es el sol que desde la cuna me acompañará al cementerio. En fin, yo era un muerto para el mundo. Si desplegué energía en los combates de la existencia, fué como quien se abre camino á puñetazos entre la multitud. Pero resucité con la sola aparición de Dorotea. Ella ha puesto en mi rostro la seriedad del héroe, en mis nervios la fuerza del atleta, en mi pecho el corazón del niño.

»No otra cosa soy. Por momentos, me regocijo y me entristezco con futilezas, con sombras y apariencias vanas. Púseme de un humor negro, cuando á la tarde la busqué inútilmente por los lugares más concurridos. No bien percibía un vestido claro, un sombrerillo de paja, traje y adorno que llevaba por la siesta, cuando aceleraba la marcha para volar á su vista. Me aproximaba, miraba mejor, me faltaba el aliento... ¿sería ella?... Tosía, arrastraba el bastón, luchaba por no gritar su nombre, me aproximaba más, volvía ella la cara... y ¡era una desconocida!

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

Al pronto la odiaba por el chasco que me había dado. Luego casi estaba por volver y pedirla perdón, y bendecirla por la semejanza con mi ídolo, y darla las gracias á cambio de la ilusión con que me había tan dulcemente embriagado.

»He sido más feliz á la noche. Después de pizcar la comida que me dieron en la posada, con título de fonda, en que me hospedo, salí á la calle. Ya llevaba yo puntualizado un itinerario. Si comí poco, hablé mucho. Reduje á un mismo nivel que el sensual regocijo de los huéspedes que se sentaban á la mesa, mi entusiasmo aéreo, que se remontaba hasta el éter. Bajé, pues, á la tierra; y una pregunta por aquí, y una insinuación por allá, á poco rato estuve instruidísimo en cosas, costumbres y personas de la localidad. El punto de cita de forasteros y aun de vecinos del pueblo, es el paseo de las Acacias.

»—Venga usted conmigo; yo le guiaré y le haré compañía—me dijo el huésped—con quien había charlado más largamente.

»Es hombre grosísimo, de excelente carácter, de experiencia mundana, de palabra inagotable, hisopeada sin tregua con chorros de carcajadas. Es viajante de comercio y ha picoteado algo en los libros. Llámase Bonifacio Mulas, nombre grotesco, del que se ríe él mismo. Es formal, sin embargo, en lo grave. Aunque sus cuidados primeros tienden á la redondez de su vientre, que lo tiene descomunal, no abandona el ejercicio de la inteligencia. Sobre una nada levanta filosofías. Es, en suma, un buen compañero de posada, un camarada de cuatro días, que alegra la vida un momento. Conmigo vino. La noche estaba espléndida, sembrado el cielo de estrellas, como si una mano generosa hubiera rociado á puñados por el espacio millares de monedas de oro. Era el toldo

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

más propio para los lindísimos hotelitos, que alejándose del tristón lugarejo en busca del campo, salían á nuestro paso. Mi guía nombró sus dueños, relató historias y aventuras ocurridas en ellos. Mulas es hombre que recorre cien veces, cada año, toda España. En El Erial le conocen, y conoce hasta los perros.

»Llegamos al paseo. A derecha é izquierda, enormes bancos de piedra se señalaban, por su blancura, los que permanecían vacíos; por los racimos de gente, estacionada de trecho en trecho, los que estaban ocupados. Servíanles de espaldar esbeltas y copudas acacias de un verde empolvado, que contrastaba, con impresión de ligero ahogo, con el piso enarenado, fresco y brillante por el riego. Cerraban á lo largo el paseo, hoteles y casas, edificios destartalados y construcciones cuadradas y modernas.

»Había escasos paseantes. Imperaba el silencio. Sólo de vez en cuando se escuchaba una voz que sonaba á risa, pero breve, desvanecida inmediatamente en el aire frío, silvestre, que venía de las arboledas y tomillares de las montañas. Dijérase que era el grito de un niño á quien tapaban la boca, escapándose por un resquicio de la mordaza. A la puerta de un café, algunas mesillas de latón amarillo ostentaban solitariamente sus botellas y vasos; en otras, veíase una ó dos personas, encorvadas, sorbiendo un líquido. Levantando la vista, no se alcanzaba á vislumbrar, al final, sino la mole fantástica del monasterio, con sus chatas torres, con su abultada rotonda, con la esfera iluminada de su reloj de campana.

»Dimos, por medio, varios paseos. Mis ojos penetraban bajo la sombra de las acacias sin hallar á Dorotea. Examinaban todas las mujeres, se fijaban en

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

sus trajes, en su cara, sin que mi corazón con violentos latidos me avisara diciendo: «ese es el vestido blanco, el sombrerillo pajizo que son tu horizonte; ese el cielo del rostro en que te miras». Tan triste como si hubiese paseado en el fondo de una tumba, con brusco ademán de salida de aquel abismo, cogí el brazo de mi nuevo amigo. Durante el paseo apenas pronuncié palabras, sino sílabas. Don Bonifacio, que espiaba con el rabo del ojo mis ansias, estúvose callado cuanto le fué posible. Como al través de una bruma, llegaban á mi oído los soliloquios con que, de cuando en cuando, se desahogaba mi acompañante.

»Cruzamos frente á la verja de un hotel.

»—Señorito, señorito—oí que me decían en voz baja—. Miré, y por entre la puerta calada hacíame señas con la mano la doncella de Dorotea.

»Corrí hacia ella.

»—Mañana á las diez va mi señorita al monasterio. No la acompañará la miss. Iré yo con ella. Se verán ustedes y se hablarán. No sea usted tan lila. Almacene usted valor. Ella, eso sí, es un poquito caprichosa. ¡Está tan mimada! Pero tiene tiernas entrañas. Cuide de pesar y medir las palabras. Dígale, primero poco, y luego espere, déjela venir. Ya sabe usted que le compadezco. Siempre la estoy sermoneando que le quiera. Verle á usted aquí ha hecho buen efecto. «¡Pobrecillo!» dijo, cuando me contó que le había encontrado. Yo, que he perdido ya la cuenta de sus pretendientes, sé que de todos, de generales, de condes, de ministros, de todos se ha reído. Con usted se ha puesto seria. Conque hasta mañana.

»—¿Vive aquí?—la pregunté sin saber lo que decía, por hablar algo.

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

»—No, señor. Aquí está de visita. Este palacio es de su prima, la señorita Julia. Nosotros nos hospedamos en ese hotel que habrá usted visto en esta calle, que tiene café en el piso bajo.

»—¡Adiós, adiós!—dije á la criada, cuya mano estuve á punto de besar. Tan loca era mi emoción, tan sin medida mi agradecimiento.

»Volví á emparejarme con el huésped. Este había como cambiado de semblante; sus cejas espesas se habían juntado en un ceño caviloso.

»Yo, en cambio, me estremecía de gozo; frotaba las manos como si intentara sacar chispas; mis labios parecían convulsionados por un contento en que se atropellaban risas y palabras, himnos de amor y simulacros de besos.

»—¿Qué le pasa á usted?—dije á Mulas, no pudiéndome contener, empujándole en un hombro.

»—A mí nada. Eso á usted—repuso con cierto desdén envuelto en misterio.

»—No comprendo...—repliqué casi con ira.

»—Pues yo sí—gritó estallando—. No hay que decir que está usted enamorado, que un asunto de faldas le tiene sin seso... Ahora bien; le digo... Por supuesto, ¡qué tengo yo que ver!... Pero, no... no quiero que sea usted desgraciado. Parece usted buen muchacho, y, vamos... le digo que conozco á la dueña de ese hotel.

»—¿Es eso todo?—exclamé disparando una larga carcajada...

»No temas, madre mía. La duda, sugerida por murmuraciones sin fundamento, es causa de una gran parte de nuestras infelicidades. No puedo, con lo que he oído, desechar la esperanza de ser amado. Punto por punto te he referido la verdad. Sirva de desagravio á mi silencio. En último caso, mi volun-

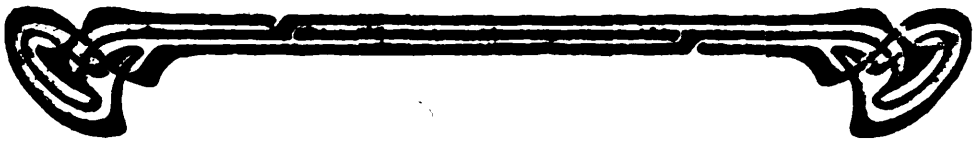
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

tad, ya probada, pondría riendas á mis deseos. Pronto, de todos modos, me tendrás á tu lado. Mis gastos no pueden alargarse á muchos días... ¡Ah! te llevarán el importe de una cuenta. Es de un enfermo, á quien he asistido, y ha sanado. Nada le interesaría por mi asistencia. La paga envilece el bisturí. Pero somos pobres, y tú, ahora sola y enferma, necesitas más el dinero. ¡Te he dejado sin ahorros! Mira, si no lo pagan todo, es igual; recibe lo que te den y da encima las gracias.

»No te olvida y te abraza, madre adorada, tu hijo

GABRIEL.»

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY



III

Gabriel no había visto por primera vez la luz en el cielo de Madrid. Otros horizontes más amplios, más brillantes, más alegres, recrearon sus ojos de niño. Como su madre, era nacido en un pueblo andaluz, Naranjón, famoso por sus huertas, por su río azul, por sus mujeres hermosas. Doña Marta era una de ellas, una divinidad lugareña, de mucho corazón, de gran ternura. No había cumplido los quince años cuando se unió en matrimonio con el capitán de caballería don Leoncio Martín, sujeto de gallarda presencia, pero de cabeza detestable. Un día que pasó con su escuadrón por aquel pueblo, vió á Marta, y enamoróla. La virtud de la doncella subyugó al militar, que no pensó al quererla sino en un amorío de dos horas. La resistencia le exasperó; á poco tiempo, después de repetidas escapatorias de su Cuerpo de ejército. Leoncio tuvo por esposa á Marta, ante Dios, en la parroquia de la villa. Un año después desapareció el marido, dejando á doña Marta con un hijo. El matrimonio había sido para el capitán una aventura más, una de sus muchas empresas amorosas, las únicas en que su genio bélico había intervenido. Una testarudez.

La abandonada esposa lloró largamente su infortunio. Trató de averiguar el paradero de Leoncio.

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

Escribióle cartas dictadas por unas entrañas doloridas, destrozadas, que habían llevado el sello del amor de un hombre ingrato. Las cartas se perdieron en el vacío del silencio. Poco á poco, la inmensa desolación de Marta fué llenándose de consuelos, de olvidos del pasado, de perdón de maldades, de esperanzas tranquilas. Su hijo Gabriel hizo al lado de ella, madre angustiada, oficio de ángel de paz. Su inocencia le sonreía, como una aurora, tras la larguísima noche de una traición infernal.

El amor materno, cada día más creciente, más frondoso, absorbió el amor conyugal, cada día más extinguido. Al fin, no dedicó Marta ningún pensamiento al aventurero. De cuando en cuando, la murmuración, cuyos ecos diabólicos se extienden á todas partes, especialmente allí donde pueden causar mayor daño, llevaba á sus oídos historietas de adulterios de su esposo. Al principio se indignaba, rugía como una leona; la bestia sentía clavarse en la carne el dardo envenenado de los celos. Pero miraba á su hijo, lo tomaba en sus brazos, lo oprimía contra su pecho, y todas sus pasiones terrenales se calmaban, todas sus ansias físicas se derretían al calor de un beso estampado en la frente nacarada de Gabriel. Parecía penetrar en su alma la sublime beatitud de una santa.

Cuando Gabriel fué jovenzuelo, ella estaba en toda la florescencia de su belleza. Viéndolos de paseo, sonrientes, gozosos, llenos de cuidados mutuos, dijérase que eran dos amantes. Sus corazones no conocían más que unas mismas inclinaciones, no seguían más que una sola voluntad. Entrambas vidas estaban calentadas por la pasión. Ningún acto era vulgar. La menor de sus acciones tenía origen en un pensamiento que se remontaba sobre las cosas

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

rastreras. Marta y Gabriel habían conseguido, con su ejemplar conducta, un imposible: ser admirados, queridos por el pueblo entero. Todos se condolían de su suerte triste, todos tenían piedad para la madre y el hijo abandonados. Muchos les llamaban «la Virgen y el Niño.» Cierto que merecían un altar.

Desde rapaz mostró destellos de inteligencia Gabriel. No se sabe quién le enseñó los primeros rudimentos de la lectura, la escritura, la ciencia de los números. Su primer juguete fué un papel impreso que plegó, cosió y rompió en forma de libro. Y como desde su nacimiento, no respiró otra atmósfera que la de la pasión que le profesaba su madre, todas sus aficiones fueron apasionadas. En breve plazo reunió una biblioteca de librillos de aquel jaez; hojeándolos entretuvo sus días de niño. Cuando tuvo libros verdaderos, pasó estudiándolos las noches de su juventud.

Madre é hijo, que eran pobrísimos, vivían con un pariente, de alguna más fortuna, hermano de doña Marta. Tío Salvador apreciaba al muchacho, y no le contrarió en sus gustos estudiosos. Cuando Gabriel fué hombre lo mandó á Madrid, le señaló por cuatro años una pensión mensual de quince duros, cantidad no pequeña para su patrimonio no grande, y le dió sanos y prudentes consejos. El estudiante se decidió por la Medicina, y ni derrochó el dinero, ni malgastó el tiempo, ni desoyó las nobles advertencias del generoso tío. Todos los años por verano, cuando sonaba la hora de las vacaciones, el discípulo de Esculapio volvía á Naranjón, con seis ú ocho asignaturas aprobadas, y con varios regalos para el tío, la madre y la prima. Los destinados á ésta eran los más bonitos.

Hija única del tío Salvador, era Isabel, por su

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

gracia, dulzura y belleza, el hada de aquella casa. Los deferentes obsequios anuales del primo eran, así, muy bien vistos por ella y muy estimados por su padre. Es verdad que su valor se pesaba en la balanza del cariño. Luego, cada vez, iban encerrando cierto simbolismo. Ya eran alfileres en forma de flecha traspasando un corazón; ya, medallones, en cuyo centro volaba un pájaro, con una carta en el pico. ¿La amaba su primo? Lo ignoraba; pero todo aquello parecía declararlo. Gabriel, por su parte, observaba con complacencia el efecto que causaba en su prima. Pero, tal vez, por temor de que se le creyera más exigente sobre los beneficios recibidos, acaso porque no se sentía irresistiblemente atraído por ella, es lo cierto que solía pensar en Isabel con ideas solas de hermano,

No obstante, dejábase amar. Seguía con docilidad las mil estratagemas que inventaba su prima para hacerle confesar. Contentábala, hacíala compañía, se prestaba á su conversación. Iluminaba á veces aquel cielo obscurecido algún relámpago de esperanza. Pero se desesperaba Isabel, lloraba, y concluía por resignarse, cuando veía la verdad clara; esto es, que no era amada. No lo era, no. Gabriel tenía que experimentar las sacudidas de la pasión, para que se moviera su espíritu. No sabía fingir un sentimiento, ni transigir, á falta de él, con su sombra.

Una tarde cosía Isabel junto á la ventana de su cuarto. Gabriel, sentado á su lado, pasaba la vista por las páginas de un volumen. Parecía distraído. A todas las palabras que le dirigía su prima, contestaba con voz seca, desabrida, con monosílabos de indiferencia. Isabel le contemplaba á cada pausa de su labor; el hilo se le quebraba; las agujas saltaban ó se perdían. No estaba ella en su faena. Por último,

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

invitó á su primo, para vencer aquel aburrimiento que como atmósfera pesada gravitaba sobre ellos, á asomarse á la ventana. Era ésta estrecha, más limitada todavía por el marco de verdura que la circundaba. Los dos apenas podían sacar la cabeza; la barba de Gabriel arañaba l as mejillas de la muchacha... Terminaba el día. Mudos, absortos ante el espectáculo melancólico del sol muriente, de las nubes doradas del ocaso, del campo que se ennegrecía, de las estrellas que empezaban á agujerear con sus puntas de diamante la azulada bóveda, no se dieron cuenta de que lentamente avanzaban las sombras. Fué noche en breve. Durante este tiempo, Isabel, que había estado sufriendo el contacto de su primo, y los calores del cuerpo del hombre habían enardecido las fibras más íntimas de su ser, se sintió invadida de un sopor irresistible, de un desvanecimiento letárgico que casi la privaba del sentido. Hizo un esfuerzo; comprendió que se caía, que le faltaba el suelo. En el brusco movimiento que ejecutó, sus labios encontraron los de Gabriel. Este se apartó, rechazándola con asombro. Dijérase que despertaba de un sueño. Isabel huyó, encerrándose en su dormitorio, donde lloró toda la noche.

Otra sola vez se encontró la enamorada prima cara á cara de su primo. Convalecía éste de una aguda fiebre en que le había puesto su obstinado estudiar. Hallábase él aún en su lecho. Las puertas entornadas de la ventana apenas dejaban entrar la luz de una mañana nublosa de Septiembre en su aposento, reinando á su alrededor dulce penumbra. Gozaba con cierta suavísima embriaguez de los beneficios de la salud recobrada, y permanecía como ensimismado en sus risueños pensamientos. Oyó pasos, y sintió que alguien se acercaba á su cama. Era

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

Isabel. Creyóle sin duda dormido. Con gran tiento, ahogando la respiración en su seno, se encorvó sobre el enfermo y depositó un beso ansioso, delirante, de fuego, en su frente. Retiróse, á seguida, en la punta de los pies, con una sonrisa de enajenada que satisfacía su locura.

Tanta pasión subyugó por fin á Gabriel. Repuesto de su mal, recordó que su prima había sido su enfermera, que no le había abandonado un instante. Sintió que la gratitud ensanchaba su corazón, dando cabida á un principio de amor. Mostróse más solícito con ella; pero Isabel entonces se sumió en pérfida reserva. Algo de despecho, de ofensa, de incertidumbre, se mezclaba en determinación semejante. Parece como que, á cada frase amorosa que le soltaba su primo, respondía: «No te creo. Pruébalo, y veremos.»

Transcurrieron meses, y Gabriel volvió á Madrid. Contaba con clientela, y quiso probar fortuna. El amor de su prima quedó en su memoria como un sueño agradable. Pronto en la corte, el trajín de la vida de lucha, le arrastró en su torrente. Cuando logró reunir regular mesada á cambio de su incesante laborar, llamó á su lado á su madre. Instaláronse en modesta vivienda. Doña Marta conoció entonces días de verdadera felicidad. Gabriel seguía siendo el niño que ella había educado: afectuoso, inteligente, activo. Con su talento, compraban ahora la independencia, la libertad, el amor. Continuaban, en medio de la corrupción, del egoísmo, de las infames pasiones de la capital, las tradiciones de la santa «familia» del pueblo.

Pero, de día en día, Gabriel cambiaba de alma. Estaba cada vez más triste. Súbitas cavilaciones le tomaban, tan sombrías y hondas, que le tenían postrado en abatimiento largos días. Su madre, en estas oca-

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

siones, redoblaba su esmero, sus ternezas; ponía, bajo los pies cansados del hijo, alfombras de flores. ¡En vano! Su indiferencia glacial á todo lo que no llevaba dentro de su espíritu, resbalaba sobre los mimos maternos. Doña Marta adivinaba el mal de su hijo, mal incurable por ella. Para sanarle de él le hubiera dado á beber su sangre; mas no podía, naturalmente, acercar á su boca, sedienta de felicidad, la ambrosía de la mujer, elegida para esposa.

—¿Por qué no te casas?...—le preguntaba á veces.

Un gesto de desaliento, terrible, angustioso, de náufrago que desespera de la playa, era su respuesta. No la necesitaba su madre, en verdad. Gabriel había tomado el pulso á la vida. Había asistido, merced á su profesion, á todas las escenas que ponen de manifiesto, sin telones ni afeites, los grandes dramas de las familias. Había metido la sonda, al par que en las llagas de la carne, en las úlceras del alma. Cierta repugnancia moral se había pegado á su espíritu, privándole de apetitos. El médico es un confesor á quien la pecadora, la Naturaleza, no engaña. Todo esto lo sabía doña Marta, desconociendo el medio de volver á la fe perdida á su hijo—un gran pesimista después de un gran creyente.

Es que él tenía miedo á creer. Temblaba ante toda mujer hermosa, como se tiembla ante un abismo. No concebía el amor fácil, el amor revoloteador, llegando con sonrisas y alejándose con bostezos. Quería lo clavado para siempre en un corazón, como la raíz de una encina. No entraba en su cabeza que el talle femenino, que se aprisionó una vez entre los brazos, pudiera escapar de ellos. Su lealtad, su rectitud, su candor quizás, se resistía á compaginar en un solo ser estos dos sentimientos: «amor y odio». Prefería,

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

si la realidad le faltaba, devorar su ilusión antes que el desengaño le devorara.

Luego, escudriñando en otros repliegues de su conciencia, se tocaba, como gruesa verruga, un germen de orgullo, un pecho hinchado de deseos de áureas venturas. Meditaba una venganza contra su destino. Soñaba con la hartura de todas las cosas, con una borrachera de gigantes en un banquete de dioses; tener por mujer una hada; por casa un palacio; por asiento un pedestal. Pero anhelaba poseer todo esto, sin ambición, sin que el mundo lo supiera, sibarita solitario de un egoísmo salvaje.

La vida había sido para él una maestra durísima, despiadada, dando la lección con el castigo. Siempre tenía presente su rudo aprendizaje. Dotado de epidermis sensible, todo golpe producíale herida. Sufrió lo que no es decible mientras duraron sus estudios.

Eran un secreto, para la rigidez de su carácter, todas esas flexibilidades con que la frivolidad se amolda, como carátula carnavalesca, á las trágicas situaciones de la existencia. Le exasperaba hasta la ira la ley de injusticia que parece regir las acciones humanas. Su imaginación, pletórica de riquezas, no había cabido nunca en la estrechez de su miseria.

Reíase, á veces, con amarga ironía, de esa idealidad celestial, de ese cuento de niños, en que suele ser pintada la vida del estudiante. Según la benévola leyenda, todo en ella es noble, grande, risueño, con un cielo abierto á un porvenir de gloria, de bienestar, de consideración y poder. Los crímenes de amor más enormes, cometidos entonces, son después perdonados, como pecados veniales. Hasta los punzantes aguijones de la pobreza son recibidos

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

como caricias de flores, como perfumados besos de violeta.

¡Oh!, sí. Gabriel recordaba sus interminables noches de tortura intelectual, sus días afanosos de aula en aula, vaciando su cerebro para henchirlo de nuevo. No le fué posible dar, en tal época, culto á la ciencia. Teníala por tirana más que por diosa; por una fiera rebelde que era preciso domar, cortar las zarpas, atravesarle un freno en la boca, cabalgar en ella y espolearla por el camino de la fortuna. Toda distracción, era un abismo. Le fué forzoso realizar la caminata sin descanso, sin tropiezo, sin paradas á la sombra de los afectos de un día, sin tragos en los ventorrillos del placer.

Gabriel vivió durante este tiempo en viudedad de felicidades terrenas. Siempre estuvo sediento de dicha. Cada pesar muerto, cada contrariedad vencida, cada loco deseo extinguido, traíale penas, dificultades y anhelos mayores, de más imposible allanamiento. No era tanto la laceria de su situación, de su vida estudiantil, recogida en el nido horrible de un cuarto obscuro y asqueroso de casa de huéspedes, como el desasosiego, la rebeldía indómita, la vaguedad tediosa del pensamiento, lo que le volvía desgraciado. En ocasiones, cada latido de su corazón era un suspiro.

Ciertas lecturas, entretenidas primero, delectables después, absorbedoras al fin, hubieron de infundirle como otra alma. Era ésta un alma que parecía toda hecha de fuego. Un alma que era un mundo, con hondísimos abismos de negrura y elevadísimas cumbres de claridad. Un alma con alas inmensas, pero inmobles. Mirábasele como abrumado por un peso invisible. Dijérase que estaba hechizado. Y en efecto, había mordido en la manzana encantada de la poe-

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

sía. Los poetas le hundieron en el maravilloso infierno de sus sueños celestiales.

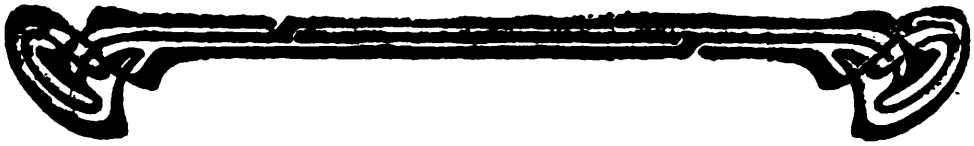
Ahora, Dorotea, ¿iba á ser su hada real, su amada divina, la copa que aplaca la sed y la mano que teje guirnaldas? Muchas veces, después del árido y fatigoso caminar de la ciencia, quedábase Gabriel como recobrando las fuerzas, suspenso y meditativo, con la mirada flotando sobre los libros y objetos, diseminados en su mesa de estudio. Pensaba... pensaba... ¿en qué puede pensar un joven?

—¡Si la encontrara! ¡Si la encontrara!

Exclamaba de repente el estudiante, con el rostro transfigurado.

Y caía sollozando, con los brazos cruzados, sobre el libro abierto.

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY



IV

No pudo cerrar los ojos. Las rápidas y vivas escenas del día, la variada sucesión de emociones, ya gustosas, ya desapacibles, habían puesto en alerta su ánimo, atirantando, con el desvelo, los párpados, sacudido de ellos el sueño. Ante su vista, esparcida en la atmósfera negra de la habitación de la posada, pasaron una y mil veces los cuadros de los lugares, las siluetas de las personas, presenciados la víspera. Oyó sonar una hora, otra, otra, todas las de la madrugada, con vibración solemne y acompasada, con una lentitud de andar de viejo. Contó despierto muchas campanadas, sin que detrás apareciera rayado el horizonte con las primeras luces del alba.

Habíase echado vestido sobre el lecho, comprendiendo la imposibilidad de dormirse. El placer, no alcanzado, hacíale más huella que el dolor sentido. Tendido de espaldas, con las manos colocadas bajo la nuca, á manera de almohada, estirazado el pensamiento, como la cuerda de un arco de flechero, tanteaba con ardor y con miedo el plan de batalla que había de librar á otro día. ¿Mostraríase jovial, galante, decidor, prudente, grave, misterioso? No lo sabía. Iba á luchar con una mujer, esto es, con una esfinge. Si al primer encuentro salía derrotado, ya podría el sepulturero abrirle la fosa. No se mataría,

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

no se clavaría un puñal, como un héroe novelesco; pero sí, se rompería el resorte de su vida espontáneamente, sin ruido, como se quiebra un hierro gastado por la lima.

—Soy un jugador que pone todo el capital que le queda á una carta—decía mentalmente Gabriel, después de sondear su situación.

Pared en medio, dormía patriarcalmente Bonifacio Mulas. La sorda y prolongada música de sus ronquidos llegaba hasta la habitación del amante desvelado, como diabólico eco de carcajadas burlonas. Era la vida repleta, la saciedad carnal, el estómago que digería y se regocijaba con canto de resoplidos, mofándose de la cabeza calneturienta, del alma loca que soñaba imposibles é inventaba infortunios. Al cabo, se le hizo insoportable aquella expresión estruendosa é insolente de la perfecta beatitud de su vecino. Levantóse, encendió la bujía, y tomó un libro.

Tampoco le fué posible la lectura. Las letras parecían bailotear, retorcerse, huir como humo. Un velo de bruma, cada vez más espeso, se interponía entre el rostro de Gabriel y las páginas. La luz, expuesta á una corriente de aire, procedente de un cristal roto de la ventana, oscilaba, tumbándose é irguiéndose con juguetona porfía. El distraído lector experimentó amagos de mareo. Sopló la bujía, arrojó el volumen sobre una silla, y, en cortos pasos, con las manos en los bolsillos del pantalón, sorteando en la sombra los muebles para no tropezar, recorrió repetidas veces su aposento.

Animada musiquilla de guitarra se oía, en tal punto, por la calle; primero, vaga y confusa, perceptible sólo la cadencia, bien marcada, del acompañamiento; hízose más distinta á poco, conforme se

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

fué acercando. De pronto, al doblar una esquina, creyérase haber sido tragada por una ola de viento. Ya no se oyó más; sí, únicamente, á lo lejos, hería de cuando en cuando el silencio de la noche la voz destemplada y gangosa del mozo que cantaba una copla.

Gabriel, desde la ventana, que abrió, penetrando en la habitación un bufido de helado aliento matinal, puso atento oído á aquella armonía callejera que evocaba las noches de su pueblo. Se le mojaron los ojos con aquel recuerdo. Para contrarrestar esta nueva invasión de tristezas, decidió salir á la calle, esperar la llegada del día, la hora de la cita, fortalecido y refrescado, con la mente despejada de toda enervante quimera.

A la escasa claridad que ya empezaba á desprenderse del cielo, miróse á un espejo que, frontero á la ventana, se inclinaba sobre una consola. Estaba pálido, desencajado, con los ojos empequeñecidos, sangrientos y hondos, con curvas violáceas debajo. Los labios aparecían más delgados y sin color. En la frente se delineaban pliegues de seniles arrugas. Palpóse las manos, y las halló temblonas y secas. ¿Envejeció aquella noche? Era simplemente que no había dormido. La Naturaleza se vengaba de que la había despreciado.

Despojóse de americana y camisa y zambulló la cabeza en el agua de la jofaina. Con fuertes abluciones fustigó su sangre, qus subió á enrojecer su demacrado rostro. Vistióse y bajó la escalera de tabla que, á cada paso, crujía lastimosamente. Sintió algo de vergüenza, de despecho, de orgullo humillado, cuando, por el trayecto, examinó la casa en que se alojaba. Cromos deplorables se suspendían, con una profusión irritante, detrás de sus cristales

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

emporcados, dentro de sus marcos de madera achocolatada, á lo largo de las paredes. Las sillas ostentaban con descaro sus asientos de enea sucia, descascarada y rota. De palo blanco eran las mesas, sobre las cuales se arrebujaba todavía, desde la cena anterior, un mantel deshilado, zurcido y pringoso. Ningún papel cubría los muros, blanqueados en fecha remota, llenos de burujones de yeso y desconchaduras de cal. Formaban el piso mal encajados ladrillos, mellados en los ángulos, raídos en los bordes, con costras fangosas, con hoyos terrosos en el centro. Por último, se respiraba por todas partes, en corredores y salas, un olor acre y nauseabendo de cuadra.

Esta miseria, que hasta allí le perseguía, con la que había tropezado siempre, en medio de la cual se agitaba, puso de manifiesto la diferencia de su condición y la de su amada. Admirábase de su irresistible inclinación hacia las cosas grandes, hacia los esplendores de la vida. ¿Sería un iluso? ¿Le juzgaría el mundo con fallo imparcial, concienzudo, basado en la solidez y la sinceridad de su conducta? ¿O le tendría por un loco, un fatuo, un quijote del amor y de la dicha? Dedujo, lealmente, al verse en aquella venta, donde había pasado una noche forjando sueños de trovador hospedado en feudal castillo, que le andaba muy cerca al héroe manchego...

Ya era avanzada la mañana cuando, después de vagar por la población y dar vueltas al hotel de Dorotea, hotel separado de su posada por sola una calle, dirigióse al monasterio. Cuatro altísimas murallas de piedra negruzca le cerraban. Imponente puerta, chapada de hierro, reforzada de clavos de saliente cabeza, abríase en la mitad de la fachada, sobre ancha gradería. Tres hileras de cuadradas

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

ventanas corrían, simétricamente, alrededor de los muros. La luz rosada de la aurora brillaba suavemente en los vidrios, velados algunos por dentro de cortinillas rojas.

No estaba, pues, deshabitado. La irreligión, durante su época de tempestades furiosas, había proscrito de sus celdas á los monjes, sus genuinos moradores. Ellos huyeron asustados, como aves lanzadas de sus nidos de rocas. Unos, los de vocación más frágil, pidieron asilo al mundo que habían rechazado. Otros, los más pertinaces, escaparon á extrañas tierras, muriendo en el olvido. Pero llegaron otras generaciones, con menores odios y mayores desengaños, y restituyeron, aunque con parsimonia, según la medida marcada en la opinión del siglo, las conventuales mansiones, que iban desmoronándose átomo á átomo, como los granos de un reloj de arena, á sus solitarios inquilinos.

Ahora se había establecido en él un seminario. Desde las horas primeras del día hasta después de anochecido, un esquilón tocaba sin descanso á rezo, á lecciones, indicando puntualmente las diversas tareas del colegio semimonacal. La juventud que se educaba allí para el sacerdocio, recibía una doctrina pura y un ejemplo severo. La cortedad del número de escolares que se perdían en los largos claustros y multiplicadas celditas; la augusta majestad del edificio, verdadera maravilla de arte; y la situación del mismo, al pie de una cordillera; obligaban al alma á subirse á las alturas, á cernerse en perpetuo éxtasis. Aquella era una gran escuela de misticismo.

En la iglesia todo era misas, cantos y funciones sagradas. Pero casi siempre estaba desierta. El vecindario, compuesto, en su mayoría, de leñadores y

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

carboneros, de empleados de fincas rústicas, más el contingente de viajeros trashumantes, á quienes convenía quedarse allí algún tiempo más de lo pensado; de gente, en fin, que tenía su pensamiento en cosas profanas; visitaba muy de tarde en tarde el santo recinto. Además, estaba algo mohino con la supresión de ciertas academias militares y agrícolas que, hasta entonces, fueron fuente de vida para el comercio, el consumo, el trato social. Los tenderos se tiraban de las greñas, apuntando las flechas de sus furores al monasterio.

Este, considerado como fábrica grandiosa de piedra, era un monumento. De luengas comarcas acudían á verle artistas famosos, hombres ilustres, turistas ricos, personas curiosas. Cuando Gabriel se encontró en sus naves, elevadísimas y anchas, en que vagaba una atmósfera sombría y serena, impregnada de vapor de incienso y de humedad de lugar desierto, sufrió una impresión desagradable. Frialdad sepulcral se internó en sus huesos. ¿Dónde estaba aquella magnificencia, ponderada por el entusiasmo creciente de la tradición? Gustóle, sin embargo, como condición gemela de su carácter, la sencillez arquitectónica de la construcción del templo. En aquella sucesión de bloques, formando columnas y muros, la línea recta parecía buscar el camino de lo infinito.

Una luz, como mancha de oro pálido, ardía en la lámpara argentina, suspensa entre el altar mayor y el coro. Mujeres arrodilladas se percibían, aquí y allá, en los rincones de las capillas obscuras, en la alfombra, extendida delante de los retablos. Silencio universal dominaba en el espacio todo. La petición quejumbrosa de los mendigos, estacionados en la puerta, se oía, con prolongaciones retumbantes,

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

allí dentro. En algún confesonario, un sacerdote cuchicheaba con su penitente.

Nada de esto hacía fuerza mayor para arrancar de su memoria lo que le traía al monasterio. A medida que avanzaba la hora de la cita, crecía su zozobra; cierto sudorcillo pegajoso se adhería á su camisa, la cual, efecto sin duda de la impaciencia, semejaba tejida de cardos espinosos. Adoptó como sitio de espera la base ventruda de una columna, donde tomó asiento. Apoyó el dorso en el pétreo respaldo, cuyas placas de mugre, á la altura de la cabeza, delataban que no era Gabriel el primero que le tomaba por sillón. La calma, la inmovilidad, la frescura, la modorra, en suma, que gravitaba en aquel ámbito monótono y tranquilo, empezaron á hacer su oficio sobre el flúido nervioso, no recuperado por el sueño, del amante trasnochador. Primero fué una acariciadora presión que bajaba los párpados, luego se convirtió en una como mano de hierro que estrujara el cerebro, volatilizando las ideas. Muy vagamente comprendió Gabriel su situación. Y entonces, una lucha titánica á muerte se estableció entre su voluntad y su naturaleza. Pudo más la última en un instante en que aquélla, desalentada, en el postrero baluarte de su resistencia, parece que dijo:

—Pues bien, que se vaya todo á paseo. Es preciso dormir un rato.

Abierta la boca, aspirando con toda la dilatación de los pulmones el ambiente, la cabeza echada atrás, el sombrero caído en el suelo, los brazos abandonados, sólo mantenido el cuerpo en equilibrio, Gabriel dejó deslizarse el tiempo con la suprema indiferencia de un cadáver. No tuvo sueños. Durmió de un tirón, sin preparativos, sin excitantes, sin sobresaltos. Su organismo desempeñaba una función fatal,

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

enérgica, ciega. Su masa encefálica bebía de nuevo substancia de ideas, fermento en locuras; combinaba la argamasa del palacio de los encantos. Pero estas operaciones desarrollábanse pacíficamente, en silencio, con un dedo puesto en los labios, como compadecidas de la pobre materia torturada.

Como trompetería de juicio final, despertaron al durmiente las sordinas del órgano. Celebrábase la misa cantada. Dió un respingo, púsose en pie, restregóse los ojos, y miró á todos lados. Algunas más luces y algunas más personas, denotaban únicamente la alta ceremonia. Gabriel creyó ver, sin embargo, toda la iglesia atestada de gente, iluminada de cirios. Maldijo su debilidad, montó en cólera; el bochorno llevóle casi al punto de abandonar el templo. La idea de que podía haber sido visto por Dorotea le mortificaba extraordinariamente. El que hubiera querido ofrecerse á los ojos de Dorotea en la actitud gloriosa de un héroe, podía habérsele mostrado en el abandono anterior, tan parecido al brutal letargo de un alcoholizado.

Y es lo más fuerte que allí estaba, no lejos de él, aunque volviéndole la espalda, atenta al examen del cuadro de un altar, Dorotea, acompañada de su doncella. Viólas él y se dirigió al amable grupo. Detúvose á dos pasos de ellas. La doncella tornó el rostro y le sonrió con malicia. ¿Le habían visto? Iba ya á poner en sus palabras acentos de súplica, cuando los ojos chispeantes, fascinadores de la mujer adorada, en un movimiento lateral de cabeza, se encontraron con los suyos.

—¿Usted aquí?—dijo Dorotea, fingiéndose sorprendida.

—Donde esté usted allí estaré—repuso Gabriel, adelantándose hacia ella.

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

Nada contestó Dorotea, y continuó examinando el cuadro. El amante pudo, por primera vez, contemplar de cerca á su amada. Sin sombrero ahora, su cabello se alisaba sobre las sienes en dos bandas, recogiéndose por detrás en una trenza doblada, exhalando todo él un olorcillo delicioso. Tenía el cuello corto y ancho, la oreja carnosa y sonrosada. De estrecha y redonda cintura, se engrosaba con curvas hermosísimas en el seno y cuerpo. Los brazos aparecían, bajo la ceñida tela, perfectamente modelados. Era bajita, viva en sus ademanes, de poderosa expresión en la fisonomía. Cuando respiraba, las ventanillas de la nariz se abrían como para sorberse el mundo. Robusta y saludable, graciosa é inteligente, imponía con su vigor oculto al par que seducía con sus transparentes hechizos.

Una sensación nueva, más detallada y más fuerte empuñó, como tenaza férrea, á Gabriel. Pensó que nada había dicho á Dorotea, y prosiguió, esta vez más valeroso, la declaración de su pasión, cada instante más ardiente.

—Sí, mi amor es la sombra de su hermosura: la sigue á todas partes. ¿Qué? ¿No lo ve usted siempre? Es que los pasos del amor suelen darse con el pensamiento.

—Jesús, ¡qué romántico es usted!—exclamó Dorotea, soltando una carcajada.

—Si romántico es estar loco de amor, lo soy.

—¿Loco?

—Hasta morir.

—Todos me han dicho lo mismo, y ninguno se ha muerto.

—Yo, no quisiera haberlo dicho, y morirme. ¿Me creería usted entonces?

—Nada adelantaba en tal caso, con creerlo.

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

—También es cierto.

La conversación se cerró. No estaba habituado Gabriel á hablar en tono de discreteo. Por lo demás, el descubrimiento que verificaba con la proximidad de los encantos de Dorotea, teníale absorto. Comparó sus primitivas impresiones, envueltas algún tanto en vaporosa idealidad, con las que experimentaba en tal instante. En dos ocasiones no más la había visto con mediano detenimiento. En el Conservatorio, oponiéndose á un premio de piano, y ganándole por su exquisita sensibilidad musical; y en el Museo del Prado, suspensa, como en adoración, delante de la *Concepción* de Murillo. De estas dos apariciones, en que el arte parecía haber rodeado de aureolas de luz la cabeza de Dorotea, conservaba Gabriel recuerdos que tenían poco de terrestres. Ahora, en Dorotea, veía, sentía, respiraba la mujer con todos sus atractivos, con todos sus lazos de delicias mortales.

—¿Qué le parece este lienzo?—dijo ella, rompiendo el silencio, y con cierta coquetería familiar.

Varios monjes, amarillos como cirios, con hábitos blancos, rígidos y sin pliegues, cual si por mano tosca hubieran sido vaciados en escayola, se arrodillaban delante de un crucifijo. La expresión de sus rostros era extrema; agrupábanse con admirable perspectiva. El color general del cuadro estaba impregnado de verdad. En la composición total habíase ignorado tal vez los procedimientos artísticos; pero respiraba en ella un alma. Podía ser muy bien obra de un asceta de ardorosa fe, sincero, maestro en la oración, máximo en el sentimiento divino, aunque algo minúsculo en pintura.

La opinión de Gabriel ajustóse á este examen. Dedujo que el cuadro no carecía de notoriedad.

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

—Yo no soy pintora—dijo Dorotea, poniendo un mohín en sus labios—; pero dibujo... Algo se me alcanza de cuadros, y lo que es éste, puedo asegurar que es detestable... ¿Dónde tiene usted los ojos? Así son ustedes los hombres; se creen sabios, y son unos ignorantes... ¡Ah! los detesto á todos.

Quiso rectificar Gabriel; ya era tarde. Con rápido paso se alejó Dorotea, internándose en la nave central. Siguióla cabizbajo, taciturno, con súbitos arranques de cólera contra sí mismo, Gabriel. Estaba convencido del acierto de su juicio. Era imposible defender lo contrario. En aquella obra se veía, si bien deslucido por las injurias del polvo, el genio inspirado de las edades antiguas. ¿Era efecto de pedantismo, de sistemática oposición, ardid en que se complacía su carácter, la réplica violenta de Dorotea? ¿Podía esperar amor de una mujer que empezaba á tratarle con formas de desprecio?

Hallábanse en medio de la iglesia. Era el momento en que el oficiante eleva la hostia. Jirones grises de incienso quemado se desparramaban á un lado y otro del altar sin formar nubes. Resonó, en manos del acólito, una campanilla que vibraba cascada. El órgano, hasta entonces casi callado, estalló en un estruendo de acordes desentonados, quebrados, retorcidos, inarmónicos, que pretendían, sin embargo, componer una sinfonía. Las verjas de las capillas, las imágenes sagradas, los candeleros, las lámparas, las vidrieras, se estremecieron como con espanto entre aquel estrépito de notas gangosas, de resoplidos sonoros que salían del órgano.

Evidentemente, el que le tocaba no tenía nada de Mozart.

Gabriel llevóse las manos á los oídos con sonrisa de cómico asombro.

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

—¿Por qué hace usted eso?—le preguntó Dorotea sumamente seria.

—¡Si es insufrible esta música! ¿Puede usted resistirla?

—No lo haría usted mejor—repuso ella, dando una vuelta y alejándose en dirección á la calle.

Vióla con angustia desaparecer bajo la cancela tallada, monumental, que servía de dosel á la puerta. Clavados los ojos en aquel sitio, estuvo largo rato inmóvil, como petrificado, cual si la artística arcada, bajo la que había pasado Dorotea al salir, le sugiriera la explicación de la enigmática mujer. Pero ninguna luz salió de la vetusta fábrica de madera. Antes creyó percibir que sus grifos, sus dragones, sus figuras de nogal, hacíanle muecas mofadoras, arqueando las cejas sobre la frente lustrosa y estirando la lengua encorvada hasta tocar la barba picuda.

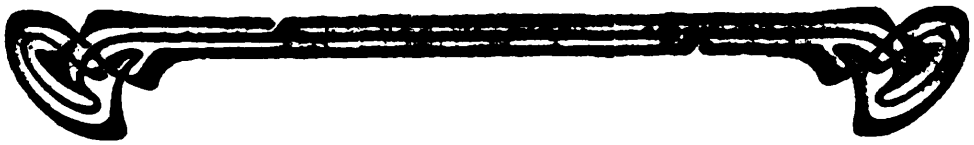
Tambaleándose como un hombre ebrio, con pesados pies, salió Gabriel del monasterio. Se retiró á su posada y encerróse en su cuarto. A la hora del almuerzo vino por él el simpático Mulas para acompañarle al comedor. Gracias á la inagotable y jacarandosa verbosidad del viajante, desarrugó el ceño de sus obscuras cavilaciones Gabriel, quien, empezando por probar los primeros platos, concluyó comiéndose todos los postres. Parecióle al fin este abuso un desacato, una profanación de su pena, y tornó á sumirse en un abismo de melancolías. No quiso pasear por la tarde. Llegó hasta dar por terminada su expedición. Era necesario olvidar aquella triste aventura.

A otro día saldría para Madrid. Mas, llegó la noche y no pudo permanecer en su habitación. Se ahogaba; el techo parecía aplastarle el cráneo. Y va-

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

gando por las calles, sin otra compañía que la de los perros errantes y de los borrachos sin casa, estuvo toda la noche. Cuando en esta correría nocturna se acercaba al hotel de Dorotea, se detenía, miraba con ojos extraviados las cerradas ventanas del edificio, dormido y silencioso á aquellas horas, y lloraba como un chiquillo.

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY



V

—Le digo á usted que conozco á la tal familia... ¡Si sabré yo!... He viajado mucho... he rodado bastante por esos mundos. En Londres, por más señas, trabé conocimiento con el padre de la dichosa señorita que le ha sorbido el seso. Era hombre de gran trastienda, de diabólico pesqui, de pasmosa actividad, de una mirada que abarcaba en todos sus pormenores el negocio más complicado. Allí se hizo rico. ¿Cómo? De varias maneras; pero lo que le produjo más pingües resultados, fué la reventa de acciones de minas, que se decían halladas en terreno de España, pero que, en realidad, sólo se encontraron escritas en impostores documentos. Tenía en la punta de los dedos todas las triquiñuelas de la ley; por eso pudo salvarse de las garras de la justicia. Cuando reunió millones, se casó con una inglesa, sosa y fea, pero dueña de muchos miles de libras esterlinas. Dorotea es hija de aquella tarasca con oro y de aquel bribón con billetes de Banco...

No otro que Bonifacio Mulas era quien enderezó á Gabriel el anterior discurso. En mangas de camisa, desabotonada ésta por el cuello, sujetos los descomunales pantalones, muy parecidos á dos disformes embudos, por cruzados tirantes, medio calzados los pies juanetudos en amplias zapatillas, iba y ve-

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

nía el viajante, mientras peroraba, por la habitación de Gabriel, al día siguiente de la entrevista desdichada de los dos amantes en el monasterio. Era la hora de la siesta, y el calor sofocante que se sentía hasta dentro de las viviendas excusaba la ligereza de ropa del grandioso obeso D. Bonifacio.

Gabriel parecía no prestar atención muy decidida á lo que le decía el huésped. Sentado en la orilla de su cama, no más arropado que el amigo Mulas, con las manos entre las rodillas é imprimiendo á sus piernas, imperceptible, sutilísimo balanceo, meditaba, fijos los ojos en los ladrillos polvorientos del piso. A veces, maquinalmente, seguía con la vista los avances ó retrocesos de las pesadas babuchas de D. Bonifacio. Si sus melancolías le hubieran dejado tranquilo un momento, buena ocasión se le presentaba de risa. Porque era cosa chistosísima ver cómo aquellas abarcas de boca lánuda se escapaban á cada paso, dejando al que las montaba con las sudorosas plantas en tierra.

—Respecto á la prima—continuó el viajante—es una alhaja... Tendrá ahora como treinta y cinco años, y habrá tenido sus treinta y cinco mil galanteos... Inglesa, como la madre de Dorotea, con su cara de inocencia, ha inspirado furibundas pasiones. Un tonto se mató por ella. Sus galanteadores más discretos pudieron sacar de entre sus manos el pellejo, pero no así la fortuna... Es una mujer terrible, sin entrañas, fría y dura como el mármol. Hija de un país mercantil, todo en ella es positivo, todo se sujeta á un precio... No es avara, con todo... Sus *soirées*, sus fiestas, su modo de vivir, son famosos por el derroche... Por lo demás, nada digo de Dorotea; sé poco de la vida y milagros de esa señorita. Ignoro qué influjo habrá ejercido la prima sobre

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

ella. No tengo otros datos sino que es huérfana; que su padre murió de un berrinche y su madre de histerismo, y que vive en compañía de una aya británica, larga y negra como un fusil...

Quedóse atrás una de las chanclas, porque D. Bonifacio, á largos pasos, bruscamente se dirigió á Gabriel. Dándole una palmada en el hombro, cuadrándosele delante, díjole en el acento más solemne que podía dar su voz gutural y crasa:

—Huya usted... Corra, salga de aquí pronto; póngase á cien leguas de distancia de estas falsas sirenas, que tratan de perderle con su astucia aparentemente angelical. Olvide á esa mujer que vive en mundo distinto al de usted... Aunque á usted se le destrozara el corazón por ella, no le comprendería... Estas damiselas gustan de lo superficial, de lo bonito, de lo agradable, de lo que entretiene... No es Dorotea la mujer que usted necesita para ser feliz. Humilde, sencilla, pacífica, amorosa, modesta, sin exaltaciones ni aburrimientos, sino de genio natural, de humor sereno y plácido debe ser la mujer que elija usted por esposa. . Según me ha contado no es usted rico; tiene usted una madre que adora y á la que no querrá abandonar nunca... ¿Imagina usted que Dorotea se avendrá á vivir al lado de esa pobre anciana? ¿Qué dolor será el de usted cuando se vea obligado á separarse de ella, á avergonzarse, quizás, de la santa mujer que le tuvo en su seno?... Luego, usted no adivina las mil humillaciones á que se expone casándose con una hembra de esa clase. En ustedes no hay más que diferencias: fortuna, educación, gustos, inclinaciones, carácter, relaciones de sociedad, vida y alma; todo esto es antagónico; las cualidades del uno riñen con las de la otra, se excluyen, se aniquilan, como el día y la noche... Eche

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

tierra sobre este amor, hijo mío, Gabriel querido. Se lo aconseja un viejo que parece estrafalario, grotesco, incapaz de sentir cosas hondas; pero que le quiere bien, que ve claro en su asunto, que se duele de su inexperiencia, caminando á ciegas hacia una catástrofe...

Gabriel, arrancado de su meditación solitaria, había concluído por escuchar con sumo recogimiento las últimas razones de D. Bonifacio. Este, cuando terminó su perorata, limpióse con la manga el sudor de la frente, volvió á meter el pie descalzo en la reacia zapatilla y prosiguió majestuosamente su paseo. El buen hombre rebosaba de gozo. Acababa de despacharse á su gusto en magnífica charla, con la cual era posible que se evitara un desafuero. En su concepto, había realizado una gran acción. Gabriel estaba perplejo. Conocíase que las palabras de Mulas habían penetrado en su conciencia y agitábanse allí barriendo los rastros, todavía visibles, de la pasión malhadada.

El viajante observábale de vez en cuando, y, con loca satisfacción, murmuraba entre dientes:

—Le he convencido... Con otro golpecito, remacho el clavo... y ¡adiós, Dorotea!

No el golpe metafórico á que se refería D. Bonifacio, sino otro, real y efectivo, sonó en la puerta. Siguióle una vocecilla argentina y fresca, que preguntó:

—¿Se puede entrar?

Gabriel dió un salto de la cama al oirla.

—¡Adelante! — gritó, encaminándose hacia la puerta.

Abrióse ésta, y apareció en su hueco, lleno de la luz canicular que reverberaba sobre el corredor la blanca pared del patio, una muchacha de aspecto

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

gracioso, de actitud algo confusa, pero de rostro irradiando maliciosa alegría.

Era Ricarda, la doncella de Dorotea, la diligente tercera de los amores de Gabriel.

Traía un papel doblado en las manos. Avanzó algunos pasos.

—Lea usted—le dijo, alargándoselo y echando una ojeada á D. Bonifacio.

El hombre gordo dió un ronquido de inteligencia.

—Estorbo—balbució para sí—. Y disparando una mirada furiosa á la doncella, sin mirar á Gabriel, salió de la habitación, cerrando la puerta. Iba murmurando por el pasillo. Se le oyó entrar en su aposento dando puntapiés á los muebles. Al fin no pudo contenerse, y, aporreando con las palmas de las manos el tabique medianero, dijo á Gabriel con voz de trueno:

—Que no olvide lo que le he dicho... Nada, firme... Eche usted tierra y más tierra... ¡Qué diantre!... ¡Pues no faltaba más!...

Después que Gabriel hubo leído el papel por segunda vez, dejó caer las manos, miró beatíficamente á Ricarda, y suspirando y sosteniéndose en el respaldo de una silla, por no caer al suelo desvanecido con el súbito contento que experimentaba:

—¡Ay! Ricarda... Yo muero de felicidad—dijo, abriendo los brazos y moviendo á un lado y otro la cabeza.

—Jesús, hombre, no es para tanto. ¿No le decía yo á usted?... ¡Si es muy buena mi señorita! Si le quiere... ¡Pero estamos las mujeres tan escarmentadas!

—Oye, oye lo que me dice... ¡Ah! sentémonos.

Ricarda tomó asiento en una fementida butaca de chillones muelles y de borra mal mullida, único ob-

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

jeto blando que recordara allí las comodidades del lujo.

Gabriel se reclinó, apoyando el codo en un arca vieja y vacía, armatoste tal vez de algún huésped que se marchó sin pagar, dejándola en caución perpetua.

—«Amigo Gabriel — leyó el amante. — No haga caso de mis rabietas de ayer. Me puse enfurecida al verle dormido. ¿Era así como se esperaba á una mujer que se adora? Ya aquello pasó. Bástele saber que, como usted, creo que el cuadro del altar es una joya, y que la música del órgano era una cencerrada. Esta tarde voy de merienda con mi prima al prado de las Arenillas. Vaya por allí, acérquese y hablaremos. Es su amiga,

DOROTEA CARDENAL.»

—¿Qué te parece, muchacha? ¿Me vuelvo loco?— dijo Gabriel, después de la lectura de la carta, quedándose embobado.

Su transformación había sido repentina, radical, completa. Todas las tiranteces de su rostro, sombrío minutos antes, se habían aflojado. Su cara toda era una sonrisa. Sus ojos, medio cerrados por la tristeza, estaban ahora abiertos grandemente, dando paso á la luz, que jugaba y rielaba en ellos produciendo mariposeos de estrellas. Sus labios querían hablar sin descanso, pronunciar palabras hermosas que sonaran á notas. Sus manos estaban convulsas, deseosas de dar fuertes apretones. En su mente no existía sombra alguna. Todas las nubes de la tormentosa angustia pasada se habían rasgado, dispersado, disuelto con la carta de Dorotea.

—Hablemos con formalidad—repuso Ricarda, tomando aire grave—.Las locuras no conducen sino á

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

una casa de orates... Yo, señor, soy hermana de leche de la señorita. Nos hemos criado juntas. Siempre he estado al corriente de todos sus secretos. Afirmo, así, que la conozco y comprendo con que sólo pestañee... A decir verdad, no está muy enamorada de usted; pero sí que le ocupa el magín... Tiene ideas raras sobre el matrimonio. Mas, es lo que yo digo: «hasta que le entre uno por el derecho...» Como es rica, piensa, y no piensa mal, que sus pretendientes van nada más que por su dinero. Esta suposición la hace ser circunspecta, prudente, recelosa... Bien sé yo, porque le conocí á usted desde luego, que es usted un alma de Dios; que maldito si se acuerda para nada del vil interés... Por esta boquita que se han de comer los gusanos, sabe mi señorita lo que usted vale, su posición, su honradez, la afición colosal que la tiene... No se figure usted que le desdeñaría por pobre, no señor. Al contrario; siente ella cierta piedad hacia usted precisamente por eso... Algo se rió cuando le veía pasar por su casa en aquellos jamelgos, con aquellos claveles de á cuarta en el ojal, haciendo el oso tan sin ton ni son. Es enemiga de todas estas fanfarronadas. Tomóle por un cursi, por un necio, por un tontainas qué con el cimbel de diez céntimos de flores quería cazar una dote de millones... Yo le quitaba de la cabeza sus malas interpretaciones. «Miré usted—le decía—que todo eso lo hace por simple, porque cree que le gustará á usted...» En fin, ya se van á conocer, á tratar, á estudiarse. Ponga usted de su parte lo que pueda. Procure no contrariarla. Está acostumbrada á que se la obedezca. Si le dice que se tire á un pozo, tírese usted; ya le sacará ella aunque fuera tirándose luego... Yo, señorito Gabriel, la verdad, aquí ni entro ni salgo. Si le he preferido á

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

otros, es porque me parece humilde; porque merece premio su desgracia, su pobreza; porque al ser mi amo, me tratará bien; porque, en fin, es usted de mi tierra.

—¡Bendita tú mil veces, que me das con tus palabras la gloria!—exclamó Gabriel levantándose frenético de entusiasmo.

—Espera—la dijo—acercándose á una mesa raquítica, donde se veía la negra bola de cristal de un tintero, sobre cuya boca se apoyaba de través una pluma.

De pie, sacando un pliego de papel de su cartera, encorvándose sobre el mísero escritorio, rasgueó de prisa, con la rechinante pluma que tenía á mano, estas frases: «Alma de mi alma. Seré puntual. Nos veremos donde indica.»

Plegó el papel y se lo entregó á Ricarda. Al mismo tiempo registró en la cartera y sustrajo un billete de Banco de veinticinco pesetas.

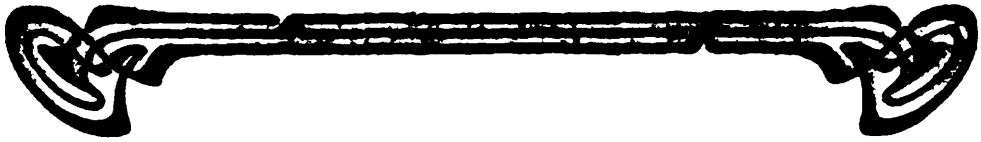
—Toma—dijo á la doncella. La carta para tu señorita; el billete para ti.

Ricarda se puso hecha una leona. No quería aceptar nada. Se debatió encarnizadamente. Fué acorralada, cejando en sus sinceras y nobles negativas contra la pared. El billete fuéle metido en el pecho, no sin que el pañuelo que le cubría dejara de sufrir algunos estrujones. Por fin, dió las gracias y salió corriendo avergonzada.

—Vamos, no seas niña, ¿qué son cinco duros? le objetaba Gabriel para convencerla.

No sabía, no, ciertamente Ricarda, lo que valían aquellos cinco duros; significaban la compra de cinco días de felicidad al lado de Dorotea, de que se privaba en un arrebato de generosidad el pobre médico, el heroico amante.

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google



VI

Dos horas antes de que acabara el día, cuando la sombra de los árboles era más dilatada y más fresca, púsose en marcha Gabriel hacia el prado de las Arenillas. Informóse detenidamente de la situación de este paraje, y ataviado con gran sencillez, aunque con estudiada elegancia, tomó la senda que á aquel lugar de recreo conducía. Andaba con brío y desenfado. Su sombrero sevillano, de ala extendida, derribábase atrás, ofreciendo la frente sin obstáculo alguno á los besos aromosos de la tarde.

Las caricias del céfiro producíanle sensación agradabilísima. Sentía que su sangre circulaba con mayor fluidez; que sus pensamientos nacían espontáneamente, vigorosos y coloreados; que la máquina toda de su organismo maniobraba con facilidad extraordinaria. Aquella especie de resurrección de su naturaleza recordóle las inefables delicias en que pareció su cuerpo como bañado, al florecer su edad juvenil. El mismo ardor, la misma vehemencia, el mismo purísimo anhelo de los quince años, experimentaba ahora, en medio del agreste paisaje que iba á servir de escenario á la cita primera de su última amada. El campo aquel lo rejuvenecía; respirábalo el amante por todos sus poros.

El camino era una irregular franja de tierra,

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

abierta entre la maleza por el continuo tránsito. A trechos, matas de hierbas resistentes se acampaban, coronadas de florecillas. Zumbaban en torno las abejas. Volteaban, de ramita en ramita, las mariposas. Negros cordones de hormigas se enroscaban incesantemente á sus pies, colándose en los resquicios de los terrones ó por las junturas de las piedras. Todo esto constituía un mundo frágil, aislado en el polvo de la senda. Los caminantes no paraban mientes en semejante mundo; destruíanlo sin piedad, aplastando tallos y despachurrando insectos. Gabriel lo respetó; siempre que se abocaba con uno de estos pequeños oasis, saltábalos cuidadosamente, se apartaba á derecha ó izquierda, pasaba con cariño sus manos sobre las pintadas corolas, que, agradecidas, se inclinaban á un lado y otro, saludándole largo rato.

Aunque caminaba con el pensamiento fijo en Dorotea, desarrollando anticipadamente las escenas á que daría lugar su inmediata amorosa entrevista, y murmurando las réplicas que ocasionaría el diálogo con la adorada mujer, no pudo menos de admirar el magnífico panorama que á cada giro del camino se presentaba á su vista. Insensiblemente ascendía por la falda de una montaña, cuyas crestas, heridas por los rayos del sol poniente, se erguían á lo lejos en prolongada carrera, confundiendo sus cimas doradas con las nubes azules, que, como fantasmas, surgían de los valles á la aproximación del crepúsculo. Troncos corpulentos, cargados de hojarasca tupida y verde, formaban, á alguna distancia de la senda, alta muralla de movibles columnas, por entre las cuales susurraba, agitando las hojas, el viento, ó se divisaba, en recortados pedazos, el profundo horizonte. Aquí y allá, en el retiro de las hondonadas, en las

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

quiebras del terreno, bullían con hervor sonoro los manantiales, bailoteando en las peñas ó describiendo caprichosos surcos cristalinos entre los juncos y las adelfas. Piaban los pájaros en demanda de un asilo, donde resguardarse en la noche, cruzando en bandadas, al través de los grupos de árboles. La soledad, únicamente alterada de vez en cuando por algunas familias que iban también de merienda; el misterio que reina donde quiera que un bosque establece sus santuarios de verdura; la melancolía de la hora vespertina, en que el día al morir parece que se envuelve en un manto solemne; la propia situación espiritual de Gabriel; lo que veía, lo que esperaba, la creación entera, derramaban en su alma augusta paz é inexplicable dulzura.

En él no existía en aquel momento ningún átomo de maldad. Sonreía á los muchachos que pasaban jugando á su lado. Dábanle ganas de ayudar á soportar la carga de las enormes cestas con comida á las fámulas que seguían renqueando, caladas de sudor, quebrantadas de fatiga, á sus amos. No concebía que, al encontrarse dos seres humanos, por desconocidos que fueran uno de otro, no se saludaran, abrazándose como dos antiguos amigos. En sus varios encuentros con gente, tuvo muchas veces qne sujetarse, que llamar al orden sus tumultuosas expansiones de afecto.

Probaba, con todo, trabar conversación.

—¿Está muy lejos el prado de las Arenillas?

—Ya poco queda para llegar á él.

—Y ¿qué tal? ¿Es buen sitio?

—Hermosísimo. ¿No ha estado usted en él nunca?

—No; he venido por primera vez hace unos días y no he salido de la población... ¿Y ese prado ó paraíso, es muy grande?

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

—¡Oh! Sí.

—De suerte que si contiene mucha gente merendando, ¿no se podrá ver allí á nadie?

—Al principio, no.

—Y desde el prado, ¿verán al que viene?

—¡Ah! Eso sí.

—¿De veras?

—Seguramente.

—«¡Me verá! y saldrá á mi encuentro!»—decía para sí, echando una carrerita.

—¿Qué?

—Nada; es que me dan conatos de pegar brincos.

Y danzaba en un pie, y besuqueaba en las mismas mocosas narices á los niños.

Apretaba el paso; volvíase á sus interlocutores cuando los adelantaba, y manifestábales, casi pidiéndoles perdón por no acompañarles, que quería llegar pronto.

Cuando se hallaba algo distante é iba á perderlos de vista, les gritaba, señalando la línea blanquizca de la senda:

—¿Por aquí, eh?

—Por ahí... Todo adelante—contestaban, poniéndose en la boca las manos, á modo de bocina.

Después de interpelar y sonreir, de alcanzar y dejar á la espalda á diferentes paseantes, llegó por fin á un punto en que parecía tener principio el prado. Acomodadas sobre el herboso suelo veíanse, diseminadas por todos lados, agrupaciones de personas, entregadas á la saludable ocupación del yantar. Ya por parejas de hombre y mujer, ya por numerosas tribus de familia, ya por parvadas de chicuelos regentados por nodrizas, los merendantes, así reunidos y disgregados, formaban el simulacro de singular campamento. Pero si aquello era un ejér-

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

cito, era el ejército de la alegría que combatía la pena disparando los tapones de las botellas del vino y engulléndose gordas bolas de pechuga de pavo.

La vereda por donde marchaba Gabriel cortaba por medio el campamento. Muy cerca iba ya de su término, cuando en una de las miradas que lanzaba de soslayo, vió que, saltando en una cuerda, caminaba hacia él, como para cerrarle el paso, una señorita.

¡Era Dorotea!

Detúvoso trémulo, y esperó á la hermosa saltarina.

—¿No es verdad que no pensaba usted verme jugando como una niña?—dijo Dorotea, acercándose á Gabriel, y haciendo todavía girar la cuerda.

—Cuanto usted haga está bien hecho, señorita—repuso Gabriel, quitándose respetuosamente el sombrero.

Dorotea estaba encantadora. Recogida la falda en un pliegue alrededor de la cintura, para entregarse más libremente á su ejercicio infantil, á cada salto veíanse revolotear sus pies entre la nube blanca que formaba el encaje de sus enaguas. El crujir de la ropa, el vestido ceñido por delante sobre sus piernas á causa del viento de la carrera, jadeante el pecho, entrecortada la voz por los brincos, empurpuradas las mejillas, brillantes los ojos, los labios abiertos al placer de la sonrisa, el ligero perfume de limpieza, de refinado tocador que se exhalaba de ella, todos los misteriosos efluvios que emanan de la mujer querida, abismaron á Gabriel en íntima y exquisita voluptuosidad.

No concluía de hacerse cargo, por más que conservaba clavados los ojos en Dorotea, que ahora tenía delante á la hechicera joven. Creía que soñaba. Como fascinado por aquel sueño visible, seguía

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

á la saltadora, estúpidamente arrastrado por no sé qué poder mágico, por cierta fuerza temerosa, invencible, como la que ejercen algunas serpientes sobre los pajarillos.

Pronto se encontraron fuera del prado, en una plazoletilla de árboles, que los ocultaba de la inspección de los merendantes. Cuando Gabriel se halló solo con su amada, tuvo necesidad de palparse, de preguntarse si dormía, si él era el mismo que allí estaba.

Detúvose de repente Dorotea, y mirándole con fijeza, le dijo:

—Nos hemos separado mucho de la gente. Pero, nada me importa—añadió, alzando los hombros, con brusco ademán—. No temo lo que de mí diga el mundo.

Gabriel, que era quien sentía en esta ocasión más temor, pensó decir qne podían, si el alejamiento le afligía á ella, volverse al prado, Pero comprendió que era necedad desaprovechar una circunstancia tan propicia al libre esparcimiento de su pasión sofocada. Aproximóse á Dorotea, y con voz trémula repuso:

—La murmuración no la perjudicaría. Su honra estaría siempre salvada con mi amor legítimo, santo, bendecido y fortificado con el matrimonio.

—¿El matrimonio?—expresó Dorotea con mohín de disgusto—. Me asusta sólo la idea. ¿Quién piensa en casarse? ¡Oh! nada de casorio. ¿Hay esclavitud mayor que la de la esposa? Quiero vivir independiente toda mi vida. Quiero ser dueña absoluta de mis acciones, de mis gustos, de mis caprichos, de...

—¿Y un marido que la adorara la privaría de nada de eso?—interrumpió Gabriel, con acento desesperado.

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

Había puesto en esta objeción toda su alma. Había lanzado en sus palabras como un cable á la felicidad que se le escapaba, que naufragaba y se hundía ante su vista.

Luego, en tono de adoración, prosiguió:

—No, Dorotea. Cuando se ama como amo yo, todos esos escrúpulos son cosas livianas, tenues nubecillas que arrebata el huracán de la pasión. ¿Esclava dijo usted? Reina y señora mía, dijera más bien. Yo el esclavo, yo el sometido á su voluntad. ¡Si esa sería mi ventura! ¿Temía usted por sus caprichos? Pues sepa el alma de mi alma que yo los adivinaría, los inventaría, los querría como otros tantos encantos de la mujer amada... Vamos, oponga usted otras murallas más fuertes, si ello le place, á mi amor; porque eso es una sombra, de qué se ríe el queama como yo amo.

Hubo una breve pausa. Dorotea estaba pensativa, con los ojos bajos pisando la cuerda, que colgaba, enroscada por un extremo, en una de sus manos.

—¿Luego me ama tanto?—dijo alzando la vista.

Gabriel no supo qué contestar. La plenitud de su afecto desbordaba en su alma, ahogando toda frase en sus labios. Erale imposible concretar en sílabas del lenguaje humano, todos sus sufrimientos anteriores, todos sus goces presentes, todas sus esperanzas venideras, todas las ilusiones y realidades nacidas en su pecho, desde que en él dió albergue á su amor por Dorotea. Al buscar una contestación, no vió en sí, sino un ansia inmensa, un encendido volcán que pugnaba por abrirse salida, y no podía. Experimentó como una impotencia de gigante. No pudo, al fin, satisfacer la pregunta de Dorotea, más que expulsando un gemido.

Dorotea le contemplaba, y casi se gozaba en su

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

perplejidad. No necesitaba ella de palabra alguna para cerciorarse de la pasión de que era objeto. Pero quiso tal vez procurarse la satisfacción de escuchar los lamentos de su víctima. Su pregunta velaba coquetamente una duda. Sin embargo, fué dicha con cierto candor, con cierta sorpresa, hasta con cierta alegría de verse amada de modo tan apasionado.

Nunca, hasta entonces, se había visto cara á cara del amor verdadero. Jamás, en unos ojos que se extasiaban mirándola, había sorprendido el llanto. No se figuró, ni una sola vez, este sentimiento, engendrando dolores, apretando, como expirante paloma, el corazón, arrojando, por paletadas, fuego devorador en las entrañas. Habíanle, sí, sus pretendientes ponderado el amor, mas siempre entre sonrisas y galanteos; un amor inagotable en palabras bonitas, en floridos madrigales, que discutía y razonaba, que valsaba con elegancia y conversaba en calma. Este amor habíale sólo acariciado la epidermis; el de Gabriel penetraba más adentro, causándole una sensación de herida.

No sin esfuerzo se arrancó de aquella situación nueva para ella. No supo si ponerse seria ó alegre, si continuar al lado de Gabriel, ó alejarse. Turbada, sin saber qué hacer, llevóse la mano al pelo para arreglarse un ricillo. Cayó al suelo una horquilla y se agachó á recogerla. Diósela Gabriel, que prontamente le evitó aquel trabajo. Los dos se contemplaron un momento, mudos, pálidos, temblorosos. Dijérase que se odiaban, y se disponían á matarse.

—Parecemos tontos—dijo por fin Dorotea, rompiendo el silencio y simulando una sonrisa.

Luego, como viera pasar dos mariposas, exclamó, palmoteando:

—¡Ay! cójame usted una.

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

Gabriel las tiró el sombrero sin alcanzarlas.

Dorotea soltó una carcajada sonorísima, nerviosa, prolongada, como si con ella quisiera borrar su zozobra.

Gabriel prosiguió la caza de mariposas, arrojándolas con desdichado tino cuanto hallaba á mano. Al rebullicio que hacía en las hojas, nuevas mariposas que libaban en paz la miel de los cálices sacudían sus alas, jaspeadas de negro y blanco. Cada vez que el cazador improvisado erraba el tiro, sonaban las carcajadas de Dorotea, que pareció entretenidísima con aquella singular fiesta. Volvía á su carácter, abierto á toda impresión plácida. Gabriel se congratulaba de ello, se complacía en divertir á su amada, en mostrarle prácticamente que era partidario y fervoroso obedecedor de sus caprichos, y redoblaba su ardor venatorio.

Pero pocas veces había sido tan torpe. Él mismo comprendía su inhabilidad, se enfurecía, golpeaba, siempre en balde, los hierbajos floridos, excitando más en cada derrota la hilaridad de Dorotea. Tuvo, al fin, vaga conciencia de su ridiculidez, y púsose serio. Trató de recordar sus mañas de muchacho, correteador de campos. Y más formalizado, fermentando en su magín una gran dosis de astucia, dispuso un plan de verdadero combatiente, acechando con mirada feroz, con afán cruel, una de las paradas de los inocentes animalillos.

¡A qué pruebas le sometía el amor! Mucho antes de dar el asalto temblaba por la carcajada que había de seguirle. Andando en las puntas de los pies, maldiciendo el crujido de las hojas caídas, embebido el aliento iba de aquí para allá, con el sombrero en alto, amenazador, bien ahuecado su forro de seda roja. Donde quiera que vibraba un aleteo, allí caía,

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

con su arma de trapo; pero siempre se fugaban entre precipitados volteos, los inofensivos seres, sobre los que pensaba hacer presa.

Desesperado, con la salvaje fiereza de un verdugo que no logra acabar con su víctima, empezó á blandir el bastón, dando tajos, mandobles y cuchilladas al aire, á las ramas, á los rastrojos, descabezando flores y desgajando tallos. Una vez sonó un golpe seco, débil, triste y algo así como un suspiro ternísimo. Acababa de chocar el junco con una mariposa. Con el frágil cuerpecillo truncado, cayó al suelo, pataleando, convulsas las alas por la agonía. Otra mariposa, su compañera, vino á posarse á su lado, quedóse como pensativa, luego, súbitamente, se lanzó en disparado vuelo hacia las umbrías, perdiéndose en la sombra. ¡El único momento de su vida, consagrado al amor, había sido interrumpido por la muerte!

Dorotea continuaba sus carcajadas. Gabriel sintió la conciencia nublada del criminal. Ningún juez le condenaría en la tierra por aquel asesinato; pero el remordimiento tomó en su interior proporciones gigantescas. Confesóse con terror que lo mismo que á un insecto hubiera matado un hombre, á una sola indicación de su amada.

Trató de serenarse, de celebrar su fechoría. Levantó en triunfo, cogido de las gasas de nieve con que cruzó el espacio en vida, el cadáver de la mariposa, quedando impregnados sus dedos de polvo diamantino. Dorotea miró con curiosidad el primoroso animal, esmaltado de arabescos de ébano, bordeado de encaje de oro, bañado de brillantes tornasoles. Deleitóse pasando las yemas de sus dedos por las sedosas alitas. Mostróse sorprendida agradablemente ante aquella delicada caza; pero siempre con

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

los labios entreabiertos por la risa, sin un rayo de piedad en los ojos.

Una niña que se llegó á ellos apresurada y llorosa, sacólos de esta situación. Era la dueña de la cuerda con que había saltado Dorotea.

—¡Creí que te habías marchado!—dijo la muchacha á la señorita, ya más tranquila.

Dorotea la dió un beso, la entregó la cuerda, y, como regalo, le obsequió con la mariposa. Gabriel sintió como una bofetada, no, como una plancha ardiendo, aplicada á su rostro.

—¡Ah! es verdad—dijo Dorotea—. Es recuerdo de usted... Pero ¡bah! ya tendré de usted otros.

Y lanzó á Gabriel una mirada llena de dulces esperanzas. Alargándole una mano, mientras que acariciaba con la otra el cabello de la niña, le dijo:

—Vaya, adiós, amigo mío.

—¿Y se va sin contestarme?

—¿Qué quiere usted que le diga?

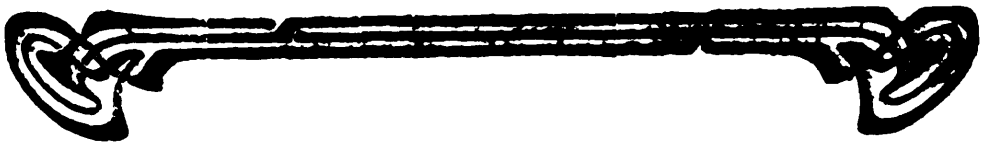
—Que me ama, que está convencida de mi amor, que, a lo menos, me consiente amarla.

Calló Dorotea, pensó un momento, y de repente murmuró en ternísimo acento:

—Sea usted constante... Y allá veremos.

Y se alejó corriendo con la niña, jugueteando, riendo á carcajadas.

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google



VII

Ya era entrada la noche cuando Gabriel abandonó el campo. Su entrevista con Dorotea ensanchóle el alma, inspiróle deseos de vagar al aire libre, descubierta la cabeza, bajo el techo azulado del cielo que empezaba á llenarse de estrellas. Vió huir á su amada, desaparecer entre la gente que se disponía á partir con la soñolienta laxitud de una fiesta terminada. Inmóvil, como petrificado, cual si un movimiento, el más ligero de su cuerpo, espantara la encantadora visión de que estaba poseído, permaneció largo rato fijos los ojos en un punto imaginario, situado, más que en el espacio, dentro de su espíritu.

Al cabo se encontró solo, rodeado de las sombras del bosque, obscurecido confusamente por la clara negrura de la noche de estío. Dió algunos pasos por el prado, ahora desierto, sembrado de envolturas de fiambres, de papeles manchados, de cortezas de frutas, de fragmentos de botellas. Eran los despojos del combate de la alegría, los residuos del banquete campestre organizado por la gula de los demás, y divinizado por ellos, por los dos amantes.

Gabriel experimentó algo así como hambre, como un desusado apetito que le cosquilleaba el estómago de improviso, ante aquel espectáculo de refectorio. Rióse del intempestivo llamamiento que hacía á sus idealidades la voz de la carne. Este fenómeno le dejó

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

asombrado. ¿Era él mismo? ¿Habían acabado sus sueños de torturas, sus ansias insaciables, sus desconfianzas, desdenes y odios hacia las cosas naturales? ¿Podría ya aspirar á la dicha, gozada por el más insignificante de los hombres?

Su amada le reconciliaba con la vida. La mujer, durante tantos años esperada, había llegado, no del todo decidida, ni con el paso franco y los brazos tendidos, pero circundada de la luminosa apoteosis de la belleza y empuñando el cetro mágico de la seducción. En tales momentos sintió Gabriel como una irradiación clarísima en su inteligencia, como una pujanza gigantesca en sus nervios, ante cuyas luces y potencias las montañas de la existencia se desmoronaban, dejando ver su centro exento de obstáculos y libre de misterios.

Volvió el amante sobre sus pasos; y allí, en la plazoletilla, donde vió y habló á Dorotea, detúvose de nuevo antes de marcharse al pueblo. Su pecho se agrandaba respirando el ambiente en que aún creía percibir el perfume de los cabellos, de las ropas de su amada. El murmullo de las hojas figurábasele su voz, todavía flotante en los ruidos de las ramas. Todo aquel lugar parecía á Gabriel que había sido consagrado por la presencia momentánea del ídolo suyo. Permanecía en él casi encantado, subyugado, con la atracción de un culto y la embriaguez de una voluptuosidad. Un rayo de luna que vino á filtrarse oblicuamente al través del follaje, penetrando en aquel santuario de verdura, distrajo al amante de su contemplación causándole una emoción vivísima y dulce.

—Aquí, contra esta mata, rozó su vestido—dijo, señalando las compactas briznas de un penacho de romero.

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

Y doblando las rodillas en tierra besó las olorosas hierbas pisadas por Dorotea.

Hizo el camino de regreso cantando, fumando, pronunciando palabras de contento en voz alta. En la colilla de un cigarro encendía el siguiente; tras el estribillo de una canción empezaba otra copla. Dábase palmadas de satisfacción en el pecho, fuertes porrazos á veces que hacían latir su corazón más de prisa. Dijérase que quería entablar conversación con él, darle la enhorabuena por su felicidad, saludarle con un cariñoso apretón de manos.

Aquella noche devoró la comida con verdadera furia. Su amigo el viajante estaba alelado viéndole tan risueño, tan brioso, tan conforme con la realidad. «Así debían ser los hombres. Lo demás eran niñadas.» Después de comer, dieron varias vueltas por el paseo de las Acacias. El amante dichoso no lo encontró esta vez tan sombrío, tan solitario. Antes bien, no recordaba haber paseado nunca con tanto gusto por una calle de árboles, cuyo olor y frescura impregnaban de delicias tan dulcemente así el cuerpo como el espíritu. ¡Con qué grato movimiento balanceaba la brisa los vegetales! ¡Qué luz tan dorada la de los faroles! El Erial, aquel pueblo sumido entre rocas volvía á ser el paraíso que había soñado.

En el hotelito de Julia, la prima de Dorotea, no se descubría persona alguna. El patio, cruzado en todos sentidos y con artística simetría de arbustos y plantas exóticos, estaba sumergido en la sombra. La aérea silueta de una mecedora, la nívea blancura de la fuente de mármol que se erguía en el centro, un banco rústico, veladorcillos aquí y allá, destacábanse en la obscuridad, solos, abandonados. Unicamente, si se perdía la vista en el interior del edificio, allá en lo hondo, detrás de multiplicadas

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

puertas de cristales, percibíase la dudosa claridad de una lámpara colgada del techo. En los pisos altos los balcones abiertos ostentaban los cuadros de negrura de sus habitaciones sin luz.

Todo esto fué observado por Gabriel con una tranquilidad á que no estaba acostumbrado. Aunque no halló á Dorotea, ninguna ansiedad subió á oprimirle la garganta. Parecía satisfecho de sí mismo, seguro de su amor, poseedor del éxito de su empresa. Casi casi no deseaba cosa alguna. Aquel estado de confiada esperanza, no ajena, sin embargo de cierto temor de no alcanzar lo deseado, mantenían su ser en equilibrio admirable, en un fiel de balanza de goces y penas.

Gabriel y su amigo entraron en el café. Constituíanlo dos salas de diversa capacidad con mesas de piedra la una y juegos de billar la otra. Esta, que era la más pequeña, era la más concurrida. Banquetas forradas de lienzo gris se alineaban al pie de las paredes, cubiertas de papel claro, rameado, interrumpido á trechos por festones de áurea caña. Espejos con gasas verdes se empotraban en el muro frente á cada puerta y cada ventana. En los rincones agrupábanse macetas de boj, cuya verdura brillaba como recién barnizada bajo las bruscas llamaradas de las luces, oscilantes en las arañas de hierro bronceado. Formaban el público en su mayoría jóvenes bulliciosos. Algún uniforme militar se mezclaba con ellos, resaltando entre los abigarados trajes veraniegos sus intensos colores azul y rojo. En medio del café había una mesa grande con periódicos.

—Junto á esta ventana. ¿No le parece á usted?—dijo Mulas á Gabriel, con ademán de sentarse.

—Divinamente—contestó el amante de Dorotea, apretándole una mano.

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

Tomaron asiento al lado de una mesa y pidieron café.

Veo que es usted un amigo incomparable. Adivina usted los pensamientos de sus camaradas—dijo Gabriel, poniendo los codos sobre la mesa y cruzando las manos bajo su barba.

—¿Lo dice usted porque he escogido este sitio?

—Por eso lo digo.

—Se siente aquí más fresco.

—Y se puede ver la gente que pasa.

Echóse atrás don Bonifacio, y, dando un resoplido, exclamó con fingido acento de enfado:

—Pues... no ha sido por eso, no señor. ¡No faltaba más! Y como no quiero ser cómplice, en lo más mínimo, de esa locura funesta que así le hace llorar como reir, pero que al cabo le hará derramar llanto de sangre, me levanto y abur...

—Eso no—replicó Gabriel, sujetándole por un brazo.—Vamos, no me entristezca usted, ya que es la única persona con quien aquí puedo hablar de mi amor, de mi alegría, de mi dicha suprema.

—¡Tonterías!

—¿Y si se equivoca?

—Veamos, veamos, hable usted. Por última vez trataré de convencerle.

Trajo el mozo el servicio. Cayeron en los vasos los chorros del café hirviente, disolviendo los terrones de azucar. El fondo de las copas recibió la dedada de ron suplementario. Un grueso diamante de hielo se zambulló en la botella de agua. Y las cucharillas de ambos amigos revolvieron en silencio los líquidos, mezclándolos y azucarándolos en dosis proporcionales, como si se tratara de un brebaje medicinal. Uno y otro parecían retardar aquella especie de preparación química, temerosos de tomar la palabra.

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

Finalmente, don Bonifacio sacó la cucharilla, colocóla goteando perlas de rubíes en el plato, y prolongando los acanutados labios sorbió en el americano néctar. Repitió el sorbo, sin interrupción varias veces. Gabriel enfriaba, soplando su café, más preocupado, más taciturno, más impaciente, con enfado, con la boca casi pegada al vaso.

De repente alzó la cabeza el viajante.

—Ante todo, dijo—refiérame usted sus proezas.

Gabriel, plácidamente, poniendo en su voz persuasivas inflexiones de oratoria, contó las escenas de la tarde. En el relato, ni se mostró exagerado ni indiscreto. Acompañó los hechos de reflexiones que tácitamente querían decir: «¿Cómo dudar del amor de esa mujer?»

—Pues yo dudo de que eso sea amor—repuso don Bonifacio, adivinando la implícita consecuencia que Gabriel suspendía al fin de sus declaraciones—.No nos enojemos. Usted me ha hecho su amigo y confidente, y débole cariño y verdad. Ningún interés persigo en este asunto. Y si en algún momento la indignación sube el tono de mis palabras acalorando mis frases, es porque comparo la sencillez de usted con la perfidia de la mujer que ama.

—¿Sabe usted señor de Mulas que vamos á concluir mal?—dijo Gabriel nerviosamente.

—No importa. Mañana me voy de aquí, donde he terminado por ahora mis negocios. Me marcharé tal vez con su odio ó su desprecio. Mas á la vuelta de algunos meses posible es que nos encontremos en Madrid. Allí entonces estoy seguro de merecer su estima, cuando ya el dolor del desengaño le haya despejado la razón.

Volvieron á los sorbos y guardaron silencio.

De rato en rato se oía en la sala del billar el cho-

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

que seco de las bolas de marfil, el ruido sordo de su rodaje por el paño, sus topetazos en las bandas y el grito gangoso del que pregonaba las carambolas. En los corros, formados en torno de las mesas, las conversaciones se desarrollaban en voz baja, en tono vivo, aunque ahogado, inclinándose el que hablaba al oído del que escuchaba. Detrás del mostrador, el dueño, en mangas de camisa, dormitaba de pie, paseando vagas miradas sobre su libro de cuentas. No era pesada ni fumosa la atmósfera, pero de ella parecía desprenderse cierta grave tristeza.

Como para sacudirla, Gabriel, levantando con movimiento brusco los hombros y encarándose con don Bonifacio, exclamó:

—Diga usted lo que quiera, Dorotea me ama.

—Concluyamos—replicó el viajante, haciendo gestos con la mano—; Dorotea se burla.

—¿Qué se burla?

—No hace otra cosa. ¿Qué significación tiene, si no, esa ridícula cacería de mariposas? ¿Qué explicación dar á ese teje-maneje, á ese tira y afloja, puestos en práctica por ella y su criada? La una incita, y la otra rechaza. Yo no veo en ese juego ni aun siquiera coquetería. Si usted ha despertado algún interés en Dorotea, es el interés de la curiosidad. Para ella es usted un bicho raro; un espectáculo divertido. Yo no conocía á la Dulcinea de usted, pero sí á su prima Julia. Esta es una de esas mujeres que nacieron para tormento de los hombres. Si Dorotea se le parece, y voy viendo que sí, está usted fresco. Y no sólo usted, sino todos los que pongan sus pensamientos en esas mujeres, son mártires de una religión infame. No sienten, ni pueden sentir ellas, el amor. Antes de que éste abriera las alas en su pecho, se posó en su corazón el gu-

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

sano del hastío. La vida de tales mujeres es muy compleja, muy enredada, muy gustosa de disfraces, misterios y laberintos, donde el sencillo y ciego amor se pierde. Dióles, la Naturaleza, hermosura; el mundo, encantos; la sociedad, adoración; la fortuna, riqueza y esplendor. Supremas egoístas, no saben sacrificarse á una pasión. Sería, para ellas, como entregar la vida. No son malas por cálculo ni por placer. Obedecen ciegamente á su condición, á su índole de dama distinguida, á su sexo, en último término. En toda mujer, poco más, poco menos, hay una gran seductora. No todas alcanzan el ejercicio dulce y terrible de su tiranía. Pero, cuando alguna de ellas, como Dorotea, dispone de recursos, son los ángeles rebeldes y diabólicos de la tierra. Palabras vanas suenan en sus oídos la constancia, la fidelidad, la abnegación, el amor eterno y único, los lazos de familia, los deberes conyugales, la ley de la conveniencia, la sensatez y la cordura. No se ofenden porque las llamen locas. Al contrario: complácense en sus temerarias osadías, en los riesgos de la virtud, en apariencias de vicio, en los desórdenes sublimes de la imaginación. Casi todas tienen algo de artistas. Profesan la pintura, la música ó la poesía, sin tocar, claro está, á las cumbres del genio. El pincel, la nota ó el verso, es, en sus espíritus, no más que otra seducción. Del arte sólo prueban la miel. De la vida sólo cogen las flores. Del amor sólo aspiran los besos. Del mundo sólo reciben el aplauso, el culto, el rumor que han producido sus pasos escandalosos. Son bellas, pero impasibles. Son estatuas de nieve. ¿Es ésa la mujer que usted hasoñado?

Nada contestó Gabriel. En efecto; no era precisamente aquella la esposa que había soñado; pero, con íntima delectación, confesó que una mujer así

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

le gustaba extraordinariamente. El también había pensado muchas veces en romper todas las trabas que estorban el libre vuelo de la fantasía. Pero, su precaria situación, las miserias diarias con que se codeaba, habíanle tenido siempre como amarrado á una cadena. Casi se congratuló de que Dorotea fuera tal y como la pintaba don Bonifacio: grandiosa en sus quimeras, fascinadora en sus hechizos. Lo que no aprobaba era la tacha de ligereza, aquel cambio perpetuo de amores, el hastío antes que el goce.

Llegó el momento de levantarse, y Gabriel echó mano al bolsillo para pagar. Un fuerte llamamiento á la realidad sufrió entonces. Vió cuán escurrida se hallaba su bolsa. Sacó, en breve puñado, las últimas monedas que le quedaban. El cobre y la plata andaban mezclados, estando en mayoría el primer metal. La contracción de su rostro, que no pudo disimular su angustia, fué advertida por el viajante. Rápidamente comprendió toda la agonía del pobre joven. Sus entrañas parecieron ablandársele. Quiso limar, con un acto generoso, la dureza de sus palabras anteriores.

—No pague usted—dijo á Gabriel—. Y si usted paga—añadió, abriendo su cartera y entregándole un billete de cien pesetas—, pague usted con esto. Puede quedarse además con lo que sobra.

Gabriel intentó, con un ademán, rehusar el dinero; pero vió en la acción de don Bonifacio, en su mirada profunda y tierna, algo así como el arrebato divino del corazón de un padre. El no le tenía ó, lo que es peor, no le conocía. Era pobre; estaba enamorado tal vez de un imposible; iba en pos de lo que creía su dicha... Y aquel hombre le ofrecía todo esto en un instante... No supo resistir..., saltáronsele las lágrimas.

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

—¡Es la primera deuda que contraigo en mi vida!—murmuró con voz entrecortada.

—Puede usted todavía afirmar que no ha hecho ninguna—dijo don Bonifacio sonriendo y metiéndole entre los dedos el billete.

Se levantaron, pagaron y dirigiéronse á la posada.

Iba Gabriel cabizbajo. Su carácter experimentaba una conmoción que tendía á desfigurarlo. Hasta entonces había girado en un círculo de pequeñas necesidades, de reducidas aspiraciones, de estrechas miras, sin traspasar nunca la línea. Mientras no conoció á Dorotea fué como un niño crecido que, después del trabajo que le procuraba el pan, y después del estudio que alimentaba su alma, reposaba la cabeza en las faldas de su madre. Vivió en absoluta castidad carnal, en completa pureza de ambiciones mundanas. Apenas frecuentó tertulias. La virginidad de su espíritu no había sido manchada por el fango de ninguna tempestuosa pasión. Había permanecido digno y puro, candoroso y sencillo. Pero Dorotea era la maga que le abría la puerta de un mundo ignorado, lleno de perípecias, de sorpresas, de emociones contrarias, de combates y victorias.

La deuda que acababa de contraer le hubiera mortificado en otro tiempo. Ahora sentía que con ella penetraba en la edad de hombre. A un niño no se le presta dinero. Poco á poco aquietó su conciencia, y cobró valor para sus futuras empresas. Inexplicable complacencia se derramaba por el fondo de su ser, en aquel nuevo estado. Todo esto pensó y sintió en tanto caminaba á la posada.

En la puerta, que ya estaba cerrada, mientras la abrían, cambió con don Bonifacio frases de gratitud y promesas de reembolso. Su voz había tomado una entonación seria de hombre de negocios. Deseóle

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

feliz viaje, asegurándole que sus advertencias eran muy justas, que las había oído con recogimiento, y que le servirían de aviso en sus amores.

La noche estaba obscura. Los faroles de la calle, apagados. La luna plateaba débilmente los tejados, ya próxima á desaparecer. Frente á la puerta de la posada, en el hotel, había un balcón abierto. Sobre su baranda se diseñaba, inclinada, una sombra. Gabriel la vió, miró atentamente, y creyó distinguir la forma seductora de Dorotea.

El y el viajante, que también observaba, se preguntaron con la mirada.

—No hay duda—dijo don Bonifacio—; es ella. Ese aposento, que es uno de los más lujosos del hotel, debe ser su vivienda.

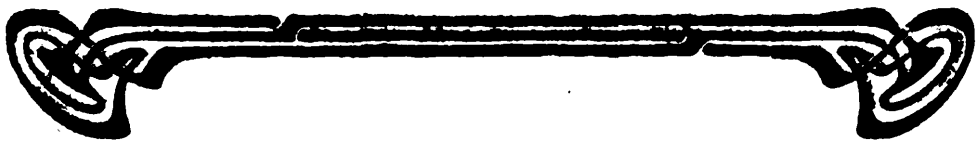
Rechinó agriamente la puerta de la posada, tornando para adentro una de sus hojas.

—Yo me quedo—balbució Gabriel.

—Adiós, amigo mío—repuso D. Bonifacio tristemente—. Adiós.

Se estrecharon fuertemente las manos y se separaron, Mulas, colándose con presteza como si se arrojara á un pozo en el tenebroso zaguán, Gabriel, permaneciendo inmóvil, ardoroso, sombrío, como negra estatua de lava, en medio de la acera desierta.

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google



VIII

—¿Por quién me tomará usted permitiéndole que haya subido al balcón?—dijo Dorotea con voz trémula á su amante.

—Yo no sé decirla sino que la amo—contestó Gabriel—. Que cualquier favor que me concede me enardece y me pasma; y que la poesía más bella no puede compararse con esta realidad tan hermosa, con que usted me brinda la dicha, poniéndola á mi alcance, como en copa de néctar.

—Indudablemente soy una loca. Pero, no sé enmendarme. Si me quiere, ha de ser así.

—Y así la querré siempre.

—¿Siempre...? Es palabra que me desagrada... La juzgo, además, un imposible.

—Veo que es usted tal y como me la habían pintado.

—¡Hola! ¿Ha pedido informes? Pues estoy segura que se los habrán dado malísimos... Vamos, cuénteme, ¿qué le han dicho?

—Los obtuve sin buscarlos. Mas no les dí fe.

—Mal hecho. Créalos, amigo mío, créalos. Mire que no es murmuración. ¿Le hablaron de mi inconstancia?

—Eso.

—Nada más cierto.

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

—Yo no alcanzo á comprender sino el amor exclusivo, completo, inacabable; la entrega absoluta y total de un ser. Es imposible amar pensando en que se dejará de amar algún día. Su amor de usted no es amor, no lo ha sentido nunca.

—También es verdad, pero doy lo que tengo.

—¿Y qué me da á cambio de esta pasión mía?

—No digo que no sea capaz de amar, sólo que todavía no he experimentado ese sentimiento tan furibundo de que me habla. Y no crea usted, muchas veces he soñado con esa sublime quimera.

—No lo es, sino realidad, realidad, con tal que dos corazones la quieran.

—En vano trata de convencerme. Un amor así es esclavitud, y en la esclavitud no hay felicidad. ¡Ser libre! esa es la dicha suprema. Correr aquí y allá, sin trabas, sin consultar la voluntad ajena. ¿Se apetece hoy esto? Pues, esto. ¿Se desea lo otro? Pues, lo otro. No tener nadie al lado que analice nuestros actos; nadie que con la posesión, con la familiaridad, descubra los defectos, las debilidades, inherentes á toda humana criatura. Vivir siempre una vida nueva. ¿Estaría usted aquí si hubiera dado oídos al que primero que se me declaró?

—De suerte que antes que usted me pertenezca, ¿tengo que pensar que he de perderla?

¡Quién lo duda!

Gabriel cubrió el rostro con sus manos, dejándose caer sobre la baranda, cual si temiera caer al suelo. Volvióle aquella ansia estranguladora, aquella inmensa falta de aire que le dejaba sin respiración. Estuvo así largo rato sollozando en silencio. ¿Había subido para oir aquello al balcón? Su voz, desde la calle, llegaba distinta y perceptible á Dorotea. No había motivo para semejante aventura. Aquel esca-

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

lamiento no tenía explicación. Luego, lo que creyó favor especial, extraordinario, no era más que un capricho. Bien sonaban todavía en su oído las carcajadas de su amada, mientras él volteaba por la reja del piso bajo hasta donde ella estaba. Aquella mujer se divertía.

—¡Está usted jugando con mi corazón!—exclamó el amante, irguiéndose con dolor.

—No, no juego. Soy franca; digo lo que siento. ¿Sufre usted? Buen remedio, olvídeme. Todavía es tiempo.

—¿Que es tiempo todavía, cuando estoy loco por ti, cuando me muero si no me amas!—dijo Gabriel fuera de sí, tuteándola, tomándola las manos, y arrodillándose á sus pies.

Con la cabeza echada atrás, con los ojos clavados en su ídolo, continuó en acento ternísimo, como el de un niño que pide perdón:

—Sé que no te merezco, Dorotea. Sé que en el mundo brillante en que resplandeces, no puedo figurar á tu lado. ¿Qué papel haría el feo gusano junto á la hermosa paloma? Pero, en secreto, escondidos los dos en un hogar tranquilo, obscuro, que yo animaría y llenaría con la luz de mi alma y las expansiones de mi corazón, seríamos venturosos. Mi humildad no contrastaría con tu grandeza, porque allí sería yo también grande. Tú ignoras que en un cuerpo pequeño, raquítico, hasta horrible, puede albergarse un espíritu gigante que lo ilumine y lo domine todo. ¿Sabes tú lo que es mi amor por ti? Pues, lo infinito, encerrado en un beso de tu boca.

—Sí, no lo dudo—dijo Dorotea con cierto disgusto—. Pero, me da pena oir eso. ¡Es ese un amor tan triste!

—¿Cuándo el verdadero, el profundo amor fué jo-

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

vial?—replicó Gabriel—. ¡Nunca! con él vienen todas las delicias celestes y todas las torturas infernales. Se goza, del paraíso un momento cuando el amante y la amada forman un ser solo; cuando se funden bajo un calor igual sus voluntades, sus pensamientos, sus corazones; cuando ninguna impresión extraña llega á borrar la huella de las caricias. Pero, se sufre como en un infierno, si los celos ó el hastío de uno de los dos que amaron, si la duda ó el temor de perder el tesoro que se poseyó, abren brecha en el alma. Ya no hay paz, no hay consuelo, no hay vida para el amante que sobrevive al amor muerto. No quisiera pasar por esta desdicha. Sin embargo, ¿qué no haría por tocar aquella ventura?

—Tú razonas... digo... usted razona...

—No, dijiste bien: *tú*... *tú*. ¿Por qué no me tuteas?

—Esas razones—murmuró Dorotea, rehuyendo el tratamiento familiar que le exigía Gabriel—están basadas sobre una locura. Yo discurro con mejor buen sentido. Perdóneseme la inmodestia. También de usted me habían hablado. Dijéronme que era usted un niño. No tuve inconveniente en creerlo, casi me alegré de ello. Figuréme que sería su pasión un capricho. Ahora veo que es usted más niño de lo que me habían ponderado. Aunque más joven que usted, tengo más experiencia, más frialdad, más conocimiento de esta materia. ¡Si yo pienso como usted! ¡Si, el amor así sentido, debe ser cosa terrible! Por eso lo huyo, lo rechazo con todas mis fuerzas; hasta diría que lo odio.

Púsose de pie Gabriel. Soltó las manos de su amada, que las había tenido estrechadas entre las suyas sin poderlas comunicar su ardor, y se preparó para el descenso. Con violento salto montó sobre la baranda, echando rápidamente todo el cuerpo fuera.

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

Su actitud era de desesperación. En todos sus miembros vibraba una energía siniestra.

—¡Cuidado con caerse!—dijo Dorotea cogiéndole de un brazo, inclinándose hacia la calle y contrabalanceando con su peso el de su amante—. Eso sería peor—añadió con cariñoso acento—. Nosotras las mujeres cambiamos de parecer. Lo último que debe morir es la esperanza. Nada le prometo; pero, espere, hombre de Dios, espere.

Quedóse mirándola Gabriel. Una sonrisa de ángel brillaba en el hermoso semblante de Dorotea, más pálido, más idealizado por la sombra y frescura de la noche. El amplio peinador blanco que la cubría se plegaba en bullones por el seno, que casi rozaba con la cabeza del amante. El sano olor de su carne limpia y perfumada era respirado con fruición por Gabriel. Este se vió otra vez vencido. Agarró convulsivamente la mano que le sujetaba el brazo y estampó en ella un beso. Sus labios experimentaron como una quemadura.

—¿Nos volveremos á ver?—preguntó angustiosamente.

—¿Y por qué no?—replicó ella con aquella voz, tan rica en inflexiones y sonoridades que con tanta maestría manejaba.—Yo no le prohibo que me ame... Mañana, es decir, hoy, porque ya clarea el alba, voy al campo á dibujar. Venga usted y me llevará el álbum.

Despidióse de ella Gabriel tiernamente y se metió en su posada. Desnudóse, acostóse, y no pudiendo conciliar el sueño, tomó un libro. Las alondras cantaban en los balcones saludando las primeras luces de la aurora. Los gallos trompeteaban gloriosamente en los corrales su diana. Un vientecillo juguetón penetraba por la entreabierta ventana del apo-

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

sento, ya hinchando, ya rizando, ya agitando las cortinas, dándoles gallardía de banderas. Era un despertar sereno y grato; el alegre nacer de un día, hijo de una noche de amor.

Con un tomo de Shakespeare, abierto por el drama de *Romeo y Julieta*, quedóse Gabriel dormido. Fué su descanso tranquilo y reposado. En su cerebro se desarrollaron magníficas escenas de poesía y bellos episodios de la vida real. Todas las negras siluetas de los dolores, que le habían atormentado en su juventud, se doraron ó se desvanecieron en aquella explosión de resplandores que se verificaba en su alma, entregada á las encantadoras quimeras del amor de Dorotea. Ya no hubo arideces en su pasado. En su frente, recostada sobre la dura almohada de un lecho de albergue pobre, no se clavaban espinas. Dijérase que dormía entre flores. El arrullo de la poesía y las caricias de la Naturaleza habíanle cerrado los ojos para aquel sueño, en que sonreían sus labios, su corazón latía con compás profundo, sus pulmones respiraban suave y noblemente.

Gabriel volvía á sus sueños de niño. Desde su cuna no había disfrutado de un sueño parecido.

Cuando despertó, y vistióse, y consultó el reloj, y bajó á tomar el almuerzo, y habló con la gente, y se internó, en fin, en el trajín humano, decreció, al contacto de la realidad áspera y mezquina, de sus soñados optimismos. Una carta de su madre, que le trajo en aquellos momentos el cartero, dirigió sus ideas hacia consideraciones más tristes. En la carta, contestación á la larguísima suya, le decía doña Marta que no pensara en ella, que se divirtiera, que fuera feliz, que amara á Dorotea, si era esto su felicidad; pero que no se dejara engañar, que no se prestara á un fútil pasatiempo.

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

Sí; era necesario decidirse, reclamar la palabra apetecida. Y ninguna que fuera como la llave de oro del paraíso imaginado había pronunciado hasta entonces Dorotea. Todas las horas de los días transcurridos sonaron en el solemne reloj del Monasterio como otros tantos plazos de muerte y otros tantos lapsos de esperanza á los oídos de Gabriel. Ancha y tupida venda de amor cubría sus ojos. ¿Cómo ver los infinitos, los impenetrables misterios que escondía sin duda el corazón de su amada? Sólo sabía amarla, con esa fuerza ciega, impetuosa, avasalladora, irreflexiva, que une entre sí las cosas de la naturaleza. ¿Era amado? Su deseada felicidad se mostraba candorosamente crédula en esto. Cuando contemplaba de cerca á su ídolo; cuando clavaba con ansiedad é inquietud febril su ardorosa mirada en las luminosas pupilas de Dorotea; cuando impulsado por el vigor de las entusiastas declaraciones de su pasión había acercado su boca á los labios de la mujer adorada, y sentía, y bebía y sepultaba en su pecho el embriagado calorcillo del aliento de ella; cuando estrujaba frenéticamente sus manos; cuando su garganta se apretaba como en un nudo de asfixia; cuando pensaba, en suma, que todo aquel ser amado podía ser suyo, casi era dichoso, casi ponía un pie en los linderos rosados de la gloria amorosa.

Pero no pasaba adelante.

Cuantas pesarosas incertidumbres gravitan sobre el pensamiento, cruzado de luces y sombras, del preso que aguarda el fallo terrible ó la salvadora absolución de un tribunal, agitaban el alma de Gabriel. El amor de Dorotea era su última ilusión, y de todas las realidades amorosas vislumbradas, la más completa, la única que no dejaba hueco alguno en los abismos, nunca colmados hasta ese día, del que-

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

rer. Si al fin tantas dulces imaginaciones habían de ser sueño, ¿era preferible despertar ó seguir siempre durmiendo?

Gabriel no se contentó con fantasmas. Quiso estrechar la realidad entre sus brazos. La noche anterior ¡habíala tenido tan cerca!

Corrió á la fonda de Dorotea y halló á ésta ya dispuesta. Vestía un traje de mañana, de fino percal, de tinte azulado, salpicado de corolas doradas, en cuyo centro se redondeaba una gota perlina. Era como si el rocío matinal hubiera bordado las flores del traje. Algo del perfume ligeramente acre, húmedo, sensual, que despiden los sembrados en las primeras horas del día, se desprendía de la persona de Dorotea. Los encantos parecían haberse multiplicado en ella. Estaba más risueña que nunca, más seductora. Sus mejillas rosáceas tomaban cambiantes nacarados á trechos. La piel de sus párpados se plegaba, al pestañear, con mayor languidez. Debajo de sus ojos brillantísimos se extendía un arco de sombra voluptuosa. Creyérasela una niña enferma.

Tomó Gabriel el álbum, y pusiéronse en marcha. Era aquél un primor. Encuadernado en rico y oloroso cuero, cerrado por artísticos broches, grande y grueso, indicaba sin más revelaciones la opulencia y gusto exquisito de su dueña. En sus páginas, doradas por los cantos, conservábanse maravillosos dibujos. Ora representaban muros derruídos, campiñas decoradas con restos de monumentos, trozos de arcaicas abadías, nichos de Madonas, líneas de acueductos; eran recuerdos de Roma. Ora se trazaban balcones calados con festones de enredaderas, rejas afiligranadas, frondosos cármenes, dilatadas vegas surcadas por serpeantes ríos, torres moriscas, pare-

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

dones alicatados de arábigos alcázares; eran reminiscencias de Granada. Y en pintoresca procesión, de hoja en hoja, aquí y allá, mostrábanse las figuras castizas de los tipos que caracterizan una región, con su popular vestimenta, sus monteras y jubones, sus calzas y zamarras, sus basquiñas y mantas de madroños.

Iba Gabriel examinando el álbum. Cada página le arrancaba una exclamación de entusiasmo. Dorotea sonreía en silencio. Al final del volumen, sin embargo, apuntábanse en borrosos garabatos, varios bosquejos de paisajes, no tan hermosos como los primeros dibujos. Enmudeció entonces Gabriel. Dorotea se puso seria.

—¿No le parecen esos tan bonitos?—le dijo con fría cautela.

—¿Habrá pique?—la preguntó Gabriel humildemente—. Pues no me lo parecen.

—Porque no lo son—repuso una voz nasal que sonó detrás de ellos—. Los dibujos del principio débense á grandes maestros. Los últimos son de la señorita, quien, por más que la reprendo, apenas adelanta, ni estudia, ni pone cuidado en ese arte tan *comm'il faut*, tan *chic*... Pásanse los años sin que tome un lápiz en sus dedos.

Había vuelto la cara Gabriel, y mirando alternativamente á Dorotea, que no podía tener la risa, y al estafermo con faldas que hablaba de aquel modo, estaba como alelado.

—Es mi institutriz, miss Sofía Riffle—dijo la señorita á Gabriel—. Habrá visto que salíamos solos, y nos ha seguido. Es el perro que me guarda, que me hace compañía. ¿Verdad?

—Sí, miss Dorotea—contestó la inglesa, simulando una genuflexión de cortesía.

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

—Bien, retírate á un lado. El señor es amigo de confianza.

Obedeció la miss. Abrió un libro religioso, y rígida, tropezando en todos los pedruscos y hierbajos del camino, empezó fervientemente su lectura. De cuando en cuando, sin dejar de leer, hundía la mano en el bolsillo que se rasgaba á lo largo de su vestido, de lana negra, liso, tieso y pulcramente acepillado, y de él sacaba una tabaquera de plata. Entornaba su tapa, apresaba entre el pulgar y el índice un polvito de rapé, volvía á cerrar y esconder la caja, y allá sumía por las negruzcas narices, con deleitoso regodeo, el tabaco molido.

Esta mujer desempeñaba, con efecto, cerca de Dorotea, el oficio de espantajo. No tenía autoridad alguna sobre su ama. Dorotea la llevaba á su lado como un vivo contraste entre su propia hermosura y la fealdad de la miss. Larga, delgada y negra como una espingarda, Sofía Rifle no era en casa de la hija de Cardenal otra cosa que un objeto de lujo. Acaso revivía con su desgarbada personalidad la memoria de una tumba. Fué sirvienta de la madre de Dorotea. Criada ésta en orfandad, túvola siempre ante su vista, en el lugar materno, sufriéndola sin amor, olvidándola en sus planes de libertad, en sus antojos, en sus correrías, manteniéndola constantemente suspensa de sus mandatos. La miss, empero, refunfuñaba á veces, á pesar suyo, no pudiendo desechar del todo los doctorales resabios de su cargo de directora.

Pero su inspección pasiva y estúpida no molestaba en nada á Dorotea. La amada de Gabriel era libre en todas partes. Teniendo en El Erial una prima, habitadora de suntuosa y elegante morada, había preferido alojarse en un hotel, donde toda inco-

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

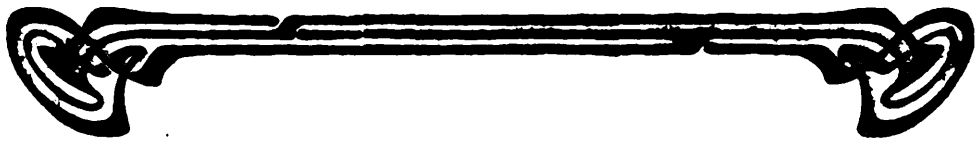
modidad y todo ruido tienen hospedaje, mas donde cada individuo es conductor de sus pasos.

Andando, andando, llegaron Dorotea y Gabriel, seguidos á larga distancia por la miss, á un paraje que ofrecía adecuado punto de vista para ser copiado por el carbón. El sol, cayendo casi perpendicularmente sobre la tierra, penetraba hasta los rincones más obscuros de las umbrías. Los árboles se agrupaban en bello desorden. Por último, una fuente de piedra se destacaba con calientes tonos parduscos, sobre las manchas de verdura que se extendían á un lado y otro. Había sombra fresca y claridadades de oro.

—¿No le parece que hagamos alto aquí?—dijo Dorotea.

—Me parece muy bien, hagamos alto—contestó Gabriel, buscando por el suelo un asiento.

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY



IX

Acomodáronse lo mejor que pudieron en las ondulaciones del terreno, tapizadas de algodonado musgo. Dejó caer Dorotea sobre sus rodillas el album, abierto por una página en blanco. Afiló el lápiz, y siguiendo en el papel los contornos del paisaje que traía en sus miradas, de rato en rato, después de intensa contemplación, guardaba silencio. Casi echado sobre la hierba mirábala Gabriel con ojos pensativos. Hubiérase dicho que él también trabajaba en un cuadro, del que el principal personaje era Dorotea el hermoso modelo.

Dejando vagar suelta su imaginación, figurábase que aquella mujer era suya, que el lamentable pasado habíase convertido en un presente risueño. Dorotea era su esposa. Y él, confiado, tranquilo, dichoso, estaba allí á sus pies, los cuales, en tal momento, se veían descubiertos bajo la falda, levemente recogida, embutidos en monísimos zapatitos. Todo aquello que soñaba, ¿no podía ser realidad? ¿Qué invencibles obstáculos se oponían á que se realizara aquel sueño? Sola la voluntad de su amada. Menos que su voluntad: sus preocupaciones, la extravagancia de su carácter, el miedo de su corazón, que le presentaban el amor como un horroroso monstruo.

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

El sol tocaba á la mitad de su carrera. El día había llegado á su hora de calor máximo. Todo el bosque parecía abrumado de modorra, de pesada somnolencia. El susurro de los insectos en los matorrales era menos estridente. Los pájaros piaban por lo bajo. La fuente alejaba discretamente sus rumores con sus ondas. Unicamente la cigarra cantaba sin interrupción, redoblando á cada instante su ardor músico. Sobre los árboles pesaba el cielo como caldeada bóveda de oro.

No obstante, ¡qué bien se sentía allí Gabriel! Bajo aquellos infinitos y puros horizontes se dilataba, acrisolándose, su pasión. Cuanto de criminal hubiera en ella evaporábase en la atmósfera enardecida de su espíritu. Insensiblemente, sus manos se cruzaban como para la plegaria; sus labios reclamaban la necesidad de un himno, de un canto de poeta, breve y sonoro, en que la palabra fuera una nota y la nota un alma. En sus pupilas, humedecidas por el lloro contenido del goce mudo, había el esplendor del éxtasis. Vibraba todo su ser con la emoción que había deseado tanto tiempo. Brillaba, al fin, para él el día luminoso y alegre de sus largas noches de soledad y tristeza.

Tal vez, sin darse cuenta de ello, hubiera querido que aquel día fuera eterno, sin cambio alguno, sin otra felicidad que la alcanzada. Fácilmente saltaba, con su fantasía, sobre todas las rutinas, las costumbres, las exigencias del mundo. ¡El mundo! Este era su encarnizado enemigo; el traidor adversario que tendía lazos, preparaba asechanzas, aguzaba puñales, disparaba flechas al corazón incauto, desnudo en su inocencia, heroico y débil como un gladiador niño. La Naturaleza era más sencilla, más buena, más franca. Cada voz en ella tiene un eco fiel; cada

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

beso, en las ondas, en las ramas, en la luz, es respondido por otro beso...

En estas reflexiones estaba el amante cuando se oyó, no lejos, jubiloso murmullo de voces infantiles. Fué aquél acercándose, hasta que con él desembocaron por un sendero un chiquituelo y una muchacha. Venía el primero cargado de retama, siguiéndole ó adelantándosele la segunda, que no traía otro bagaje que una hachuela. Descalzos, con piernas y brazos al aire, mal revestidos de andrajos, jugaban y brincaban, ágiles y desenvueltos, como dos cabritillos. Ella era de más edad que él, aunque de cuerpo más canijo.

Soltó el ramaje en el brocal de la fuente el muchacho, y su compañera el instrumento de leñador de que iba armada. Ambos fregotearon brazos y rostro en el agua. Luego, ladeando el cuello, ajustaron el moreno hociquillo al caño. Mil chispas cristalinas eran espurreadas alrededor en el choque de los labios y el raudal. Rebotaban en los ojos, en el pecho, en los hombros, haciéndoles cosquillas, provocándoles á risueña algazara. Finalmente, se enjugaron con el delantal de la mocita, y ésta depositó un beso en el rojizo semblante del rapaz.

Dorotea había interrumpido su ocupación. Gabriel se había alzado sobre los codos, contemplando entrambos aquella escena. La infantil pareja no reparó en los dos amantes sino después de prodigarse recíprocas caricias. Estaban absorbidos en sus descuidados jugueteos. Se miraban en el cristal líquido, se empinaban en la punta de los pies hasta llegar con la mano á la orilla opuesta, sacando enredadas en los dedos verdes madejas de ovas, que peinaban y tejían en forma de barbas y cabelleras.

—Voy á ponerlos en mi dibujo—declaró Dorotea.

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

—¡Eh! chicos, estáos quietos—dijo Gabriel en tono de mando.

Volviéronse los muchachos, poniéndose ella levemente encendida. Quiso el pequeñuelo recoger la retama y marcharse. Pero Gabriel, con claras y prolijas razones, y aun con argumentos más eficaces, pues que les dió dinero, pudo conseguir que permanecieran en el mismo sitio, no sin haberlos colocado convenientemente para el objeto requerido. Se tranquilizaron al fin, y hasta trabaron conversación con los señoritos.

—¿Es ese tu hermano?—preguntó Dorotea á la chiquilla, refiriéndose al niño, sin dejar de copiarlos.

—No, señora—respondió la de la hachuela.

—Pues ¿qué es?

No hubo contestación. La interpelada se mordía un dedo, bajos los ojos, coloreadas las mejillas.

—¡Soy su novio!—repuso el rapazuelo con orgullo.

—¡Hola!—dijo Gabriel—. ¿Y andáis solos, así, por el campo?

—Y eso ¿qué tiene de malo?—replicó la muchacha—. ¿No andan ustedes lo mismo?

Dorotea rompió en estrepitosa carcajada.

—Nos han *achantado*—dijo mirando á Gabriel.

—Sí—objetó éste—. Pero ellos son más felices que nosotros. Se aman, se lo dicen, se comprenden y se lo prueban sin rodeos.

—Vamos—exclamó Dorotea burlonamente—. Parece usted arrepentido de amarme á mí y no á esa muchacha. Es usted poco galante. Aunque bien considerado, no soy yo quien más le contrariara esos gustos por las cosas naturales... Casi estoy yo por querer á ese mocoso.

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

—¡Tendría que ver!—dijo con coraje la leñadora—. Lo mataba.

Gabriel aplaudió esta resolución, de lo cual Dorotea se mostró admirada. No comprendía que nadie matara á nadie por amor. Creíalo ilógico, ó cuando menos tonto. El olvido ó el desprecio era lo que en su corazón encontraba para el desamor ajeno. Mas no juzgaba posible que una pasión no compartida se exaltara hasta el crimen, cobrara impulsos para esgrimir un arma homicida. Era Gabriel del parecer contrario; y no sólo calificaba de posible aquella acción desesperada, sino de inevitable, de fatal necesidad. Desplegó tal energía explicando su opinión, que causó terror á Dorotea.

Fueron despedidos los muchachos, quienes continuaron alegremente su camino. Dorotea cerró el álbum, terminado su dibujo, que elogió fríamente Gabriel. Pusiéronse de pie y emprendieron también su marcha. Iban callados, como reñidos, evitando mirarse. Dijérase que se estorbaban. Avanzó Dorotea delante, quedando rezagado Gabriel. No sentía ahora éste aquellas blanduras que le acometían siempre que se veía desdeñado por su amada. Antes, el arranque varonil de la celosa y amante muchacha presentábasele como ejemplo que imitar, como acicate con que espolear sus lacias energías. Pensamientos de violencia cruzaron, á guisa de furiosos relámpagos, por su mente. Recordó, al propio tiempo, las exhortaciones de su madre. Era forzoso decidirse, manifestarse hombre, hacer doblar ante él, como frágil caña, la soberbia de aquella mujer de incomprensible rebeldía.

Llegóse á ella, y echóle con fuerza los brazos al cuello.

Sus dos rostros se juntaron.

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

—Quite usted... quite usted— gritó Dorotea, rechazándole vigorosamente.

Forcejearon y, en la lucha, los labios de Gabriel rozaron la boca de Dorotea.

—¡Uf!—exclamó ésta con repugnancia, lanzándolo á un lado—. Huele usted á tabaco que apesta. ¿Por qué no se limpia, además, un poco los dientes?

Gabriel se encontró vencido. Avergonzado por tal reproche y por su evidente falta de resistencia, menor que la de su amada, dejóla escapar. Ella corrió, llamando á voces á su institutriz. Pronto se unió á la inglesa, que, á la sombra de un murallón derrumbado, proseguía la lectura de su libro sorbiendo rapé. Gabriel regresó, taciturno, desconcertado, irresoluto, lleno de pensamientos varios, á su posada Habíase quedado frío como un cadáver. El lugar de su pecho, en que latía el corazón, sentíalo vacío.

Toda la tarde estuvo encerrado en su cuarto, medio hundido en una butaca, con la cabeza entre las manos. En su cerebro las ideas se eslabonaban premiosamente. Creyérase que estaba bajo la impresión de un golpe rudo é inesperado. Experimentaba el aturdimiento de una caída desde muy alto; hasta le dolían los huesos como si se los hubiera roto. Su estupor mismo semejaba la insensibilidad subsiguiente á un paroxismo de dolor físico. En medio, sin embargo, de la vaga penumbra de sus ideas, percibía algunos datos menos obscuros que iluminaban con tristes verdades su alma.

Aquellas acusadoras claridades ponían de relieve su imprudencia, su brutal comportamiento. Ciertatamente que no fué dueño de sí; que su pasión, su impaciencia, su despecho, su sangre, que ardía, sus nervios, que le fustigaban, pusiéronse súbitamente

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

de acuerdo para cometer el atentado. Por esta parte, le absolvía su conciencia. Resultaba irresponsable, como un niño ó un demente. No había habido conjuración de bastardos instintos; ni el interés ni la astucia fueron el móvil de su desatinado arrebato.

Pero ¿de qué le servía esta como ejecutoria de nobleza de sus actos si Dorotea le odiaba? Quiso tratar á su amada como mujer liviana, cuando no era sino una joven caprichosa, osada, de independiente carácter. Pensaba que ella creería ahora que no había sido bien comprendida, fielmente interpretada por él. Buscó un medio de llegar pronto á su felicidad y perdió todo el terreno ganado. Habíala ofendido villanamente. ¿Qué menos podía esperar que su odio? Y esto, antes aún de que hubiera estado asegurado su amor. Soportaba, no obstante, el odio. ¡Quién sabe si sería perdonado! Lo que le quitaba toda confianza era aquella honda repugnancia que había visto retratada en los labios de Dorotea, al aproximar á ellos los suyos. No había, pues, salvación. Era inútil y ridículo intentar, después de semejante derrota, una nueva batalla.

Dorotea, entretanto, en casa de Julia se defendía, ya grave, ya cómicamente, de las bromas que sobre sus relaciones con Gabriel le daba su prima. Cumplimentábala por su plebeya elección, por su generosa simpatía, por su desinteresada correspondencia con un amante pobre. Las otras personas que formaban la tertulia, á saber: un militar teniente de húsares, una señora insignificante y un pollo dandy, acentuaban humorísticamente sus beneplácitos, irritando más agriamente la ira de Dorotea.

—Os lo voy á presentar—dijo ésta, como última defensa—. Verán ustedes si es posible que yo me enamore de un mozo de tal jaez. No es mal mucha-

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

cho. Su alma no deja de tener encantos; pero su cuerpo, su porte, son una desilusión. Me quiere con idolatría, mas me quiere para esposa. ¿Comprenden ustedes un despropósito igual?

Convinieron todos en que Gabriel debía ser presentado, para lo cual enviaron á buscarle. El criado de Julia—un gallegazo—, que fué el encargado de esta misión, volvió al poco rato diciendo que el *señoritu* quedaba vistiéndose. No corto *trabaju* le había costado el convencerle. ¡Estaba tan *mohinu!*— En efecto, Gabriel no acertó á explicarse aquella invitación. A pesar suyo sentía recelos de todo lo que se refiriera á Dorotea. Pero iba á verla otra vez, y ahora, en medio de su esfera, en el círculo de una tertulia distinguida. Vistióse de levita, acicalóse, y se dirigió al hotel de Julia, no sin experimentar cierto placer viéndose camino de aquel mundo, para él nuevo, que sólo conocía por referencia en novelas y periódicos.

Era ya noche cuando entró en el salón donde se reunían los tertulianos. No había en él muchas luces, cosa que Gabriel había creído indispensable en toda sala aristocrática. En cambio, estaba decorado con gusto, con lujo, con infinito esmero. En amplia y rápida ojeada observó los diminutos cuadros, encerrados en anchos y floreados marcos de oro, que ornaban las paredes. Rica sillería campeaba por el saloncito, sorteándose con ella maqueados veladores, cargados de *bibelots*, de álbums y primorosas cajitas. Un piano de artístico tallado mostraba en el rincón inmediato á la ventana, levantada su tapa, su larga dentadura de marfil engastada en la hilera de teclas negras como en unas encías de ébano.

Dorotea, esforzándose por disimular una maliciosa sonrisilla, presentó á Gabriel á la tertulia como

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

uno de sus mejores amigos. Hubo las cortesías y saludos de rigor, á las que contestó el intruso con triste embarazo. Sentía opresión en el pecho y, al par, deseos de respirar aquella atmósfera. Se le iban los ojos tras las riquezas atesoradas en el aposento, y refrenábalos, poniéndolos en el suelo, ó sobre la persona que le hablaba. Al principio tartamudeó su voz; cada palabra dicha parecíale un absurdo, que corregía azoradamente al momento. Siendo él todo pasión, encontrábase estrecho, amarrado, inerme, en los casos, como aquél, en que se requería delicadeza é ingenio, corrección y estudio, cualidades frías que no tenían cabida en su alma de fuego.

No pudo, en su turbación, advertir que era examinado sin piedad, de pies á cabeza, el corte y calidad de su traje, sus gestos, sus frases, sus miradas. Estas concluían siempre por buscar á Dorotea. En ella se fijaban con amorosa angustia. Entonces sonreía. Su timidez se envalentonaba, volvían á respirar desahogadamente sus pulmones, encontraba para su naufragio en medio de aquella sociedad elegante que desconocía, un faro, en la luz que irradiaba en su alma el rostro adorado de Dorotea. Estaba humilde y melancólico. Aunque había sido llamado, casi pedía perdón por haber ido, por hallarse allí, rodeado de los amigos de su amada. En ellos despertó más lástima que burla. Supo al fin vencer su primitiva cautela, inspirándoles un poquito de simpatía.

El militar, principalmente, se declaró, desde luego, su amigo. Era el húsar un joven arrogante, un Adonis vestido de Marte. De ingénita bondad, acrecentada por una conducta intachable, y gobernado por una ley de honor que tomaba raíz en su noble cuna, no había pervertido su corazón en los torci-

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

dos vericuetos de las aventuras de mocedad. Por su guapeza, discreción y buen tono había sido el favorito de muchas damas hermosas. Pero de tales mieles no había sacado ningún acíbar. Su nombre (Valentín Bello) era respetado; nunca intervino en acciones deshonrosas. Por esto, y por la amable mansedumbre de Gabriel, en quien vió al punto un hombre serio, si bien obcecado en una pasión desastrosa, indignóse de la farsa que se le jugaba al pretendiente de Dorotea. Probó á mostrarle su inclinación; mas Gabriel recibióle con despego.

Sin saber por qué, hacíale daño la vista del brillante joven. Sin duda tuvo celos de él, celos no razonados, sin causa existente; celos remotos, en una palabra. Comparándose con él, deducía con horrible encono su inferioridad en lo exterior, que es lo que más ven las mujeres. Admiraba, contra su voluntad, la fácil palabra del húsar, la elegancia de sus modales, la gallardía de su persona. En suma, teníale por rival temible que le derrotaría cuando quisiera. El mismo continente compasivo con que se le presentaba Valentín, humillábale, crispándole los nervios, haciendo fermentar en su pecho inquina rabiosa.

No sospechó de los otros, de los que realmente acechaban una ocasión para aprovecharla en su mofa. Inmediatamente diputó á Julia, la dueña de la casa, por una señorita incomparable, afable y cortés, graciosa é indulgente. Juzgóla digna prima de su Dorotea. ¡Con qué atención le miraba! ¡Qué sonrisa tan singular le dirigía! ¡Cuán largamente le hablaba! ¡Qué de preguntas le hacía! ¡Cómo celebraba sus respuestas! Dijérase que eran antiguos conocidos. Indolentemente reclinada en una mecedora; jugando con gracia suma con su abanico, que

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

cerraba, abría y golpeaba á cada segundo; lánguidos sus ojos azules; ligeramente desordenados sus cabellos blondos; sacudido su flexible cuerpo por airosos movimientos; visible su garganta alabastrina, era, para él como la personificación de la hospitalidad sin reserva, ganosa de conquistar al transeunte, obligándole á que aceptase sus favores.

Improvisóse una *soirée*. Como Gabriel no sabía bailar, arregláronse en parejas Julia con el húsar, y la señora insignificante con el *dandy*. Dorotea se sentó al piano. Gabriel aventuróse á colocarse á su lado. Ya no distinguía á nadie; ya no le devoraba rencor alguno. Tomó asiento en una butaquita, junto á un extremo del instrumento, contemplando de este modo, casi de frente, á Dorotea. Veíala erguida en el taburete, con todas las líneas de sus formas ostensibles, ofreciéndose á sus miradas. Cuando ella puso las manos sobre el teclado y lo recorrió en un arpegio, sintió Gabriel como una ráfaga de nieve por la espalda.

¿Qué era aquello que tocaba? Un vals, el inspirado vals de Kaulich, *En la montaña*. Gorjeos de pájaros imitaban las notas de la introducción. Luego, empezando en suspiros sus diferentes temas, terminaban enronqueciéndose, ensanchándose, agigantándose en acordes sonoros, estruendosos, para comenzar de nuevo suavemente, tras una suspensión que parecía un sollozo ahogado. Gabriel siguió aquella armonía, ya risueña y juguetona, ya solemne y majestuosa, con toda su alma. En los *crescendos* estiraba su cuerpo, acortándolo, achicándolo, suspendiendo el aliento en los *rallentatos*. Su espíritu cantaba, adivinaba aquellas notas. Aquel vals que principiaba á cada motivo con la flauta del idilio, y finalizaba con la trompeta de un campo de

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

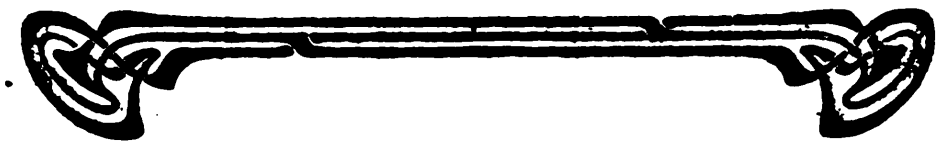
batalla, parecía ser la expresión de su amor que, de dulce, iba convirtiéndose en terrible.

Cuando sonaron los dos fortísimos acordes finales, Gabriel estaba de pie, ebrio de delirio. Extendió los brazos, como para estrechar en ellos á Dorotea. Había perdido la razón. Quiso arrodillarse, expulsar de algún modo, de su pecho, la emoción que le dominaba. ¿Cómo no amar, adorar, volverse loco por aquella mujer?...

—¡O amarla ó matarla!

Así pensó el amante, al retirarse de la tertulia.

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY



X

Era á primeros de Septiembre. Dos días habían transcurrido sin que Gabriel viera á Dorotea. Sus últimas emociones que le volvieron un instante á la adoración de su ídolo, aunque fuertes y vivas, no dejaban de estar desvirtuadas por otros sentimientos extraños, nuevos en el alma del amante. Confundíanse ahora, con el amor, el resentimiento, el orgullo ofendido, cierta necesidad de vencer á todo trance. Necesidad, y no otra cosa, había llegado á ser para él aquella pasión, en la cual se asfixiaba, se moría, se desorientaba de su ideal, pero en la cual no podía menos de continuar viviendo extraviado.

—¡Qué tristes están el cielo y mi alma!—exclamaba, mirando el espacio, ya velado por las nubes precursoras del otoño, y tornando los ojos hacia su espíritu, tan lleno igualmente de sombras.

La ausencia de dos días, por breve que fuera, parecióle infinita. Comprendió entonces que Dorotea, tal y como la había presentido, era la mujer que decidiría más despóticamente de su destino. No supo de qué modo entretener aquel tiempo que discurrió tan pausadamente, lejos él de su amada. Pensó repetidas veces ir á casa de ella, arrojarse á sus pies, ponerse á su disposición, realizar un supremo

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

esfuerzo para librarse de una vez de su tormento, ó para perecer en él de un golpe.

—¿Quieres mi vida? Tómala, tuya es. ¿De qué puede servirme en adelante, sin tu amor?

Esto imaginaba Gabriel que la diría, cuando, solo en su aposento, ausente de su amada, perdía conciencia de todo lo que le rodeaba, como si el mundo no existiera. Ya para él no había placer alguno. Soñó una mujer, acaso con mayores perfecciones que Dorotea, pero que, en su quimérica vaguedad, ofrecíale menos encantos que la que había encontrado á su paso. La realidad de su amor, como todas las realidades, era triste y amarga. Mas, aquella realidad era carne, como carne era él también. De ella guardaba rastros, contactos, suspiros, caricias, olores, formas queridas de la existencia. Podía haberse equivocado. Podía haber desconocido los resortes con que mover hacia el amor un corazón. El no era práctico en los usos galantes. Hasta entonces había amado con la inteligencia. Y hasta entonces había deseado una mujer de superiores prendas, con medios mezquinos á su alcance, sin el brillo de la gloria, sin el prestigio de la riqueza, sin los atractivos siquiera de la corporal hermosura.

En todo caso, aquella mujer era su castigo. El, sin embargo, habíale convertido en áspero, en profundísimo goce.

—¡Basta ya de indecisión!—decía—. He sido hasta hoy un niño. Me he contentado con fruslerías.

En el número de las nonadas de que renegaba ahora, debió contar sin duda los libros. Esparcidos por los muebles, fuélos recogiendo, y en montón, sepultólos en la maleta. Abrióse, en cambio, desde aquel momento, para sus ansiedades de hombre, otro libro, conteniendo fascinadores misterios: el

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

libro de la vida, el drama de las grandes pasiones. Su lectura fué comenzada con terribles congojas. Signos cabalísticos de brujería había escritos en sus páginas negras. Virtud y crimen aparecían confundidos, representados bajo un símbolo mismo.

Durante las cuarenta y ocho horas que pasó encerrado en su cuarto, no se le ocurrió un instante mirar, desde su balcón, el del aposento de Dorotea. Metamorfoseado ya, virilizado, pronto á arrebatar por los cabellos toda ocasión, alzó, no sin algún sigilo, los visillos de los cristales, y miró al frente. Las maderas del balcón de su amada estaban abiertas, pero nadie había en la habitación. En el fondo descubríanse los reflejos dorados de espejos y cuadros, y los sedosos matices de la sillería. Todo se mostraba en orden, simétricamente, sin denotar, con el más leve indicio, que ocupara nadie aquella vivienda. Mostrábase con el frío empaque de un cuarto de hotel que espera dueño.

—¿Dónde estará Dorotea?—se preguntó Gabriel con vivísima angustia—. ¿Me habrá abandonado? ¿Seguiré yo aquí haciendo la guardia á una sombra?

Ruido de caballos se oyó, al extremo de la calle, en tal momento. Asomóse á verlos Gabriel. Dorotea, Julia y el húsar disponíanse á partir, quizás para alguna jira campestre, montados en magníficos y bien enjaezados corceles. La tarde, aunque nublosa y ligeramente huracanada, convidaba con su frescura y relativa serenidad á pasear por el campo. Los expedicionarios manifestábanse alegres. Un círculo de pilluelos les rodeaba, admirando la excelente estampa de los animales y la noble gallardía de los jinetes.

Sintió Gabriel clavarse en su alma el dardo de la envidia.

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

—¿Y no habré de acompañarlos?—exclamó con rencoroso coraje—. ¿He de ser siempre el hombre que sufre? ¿No seré alguna vez el hombre que goza? ¿Tendré valor nada más que para ganarme el pan? ¿Por qué no he de servir también para disfrutar de la vida?

Acababa de formular casi en alta voz las anteriores reflexiones, cuando vió que una de las amazonas, la más gentil y airosa, venía hacia él en gracioso trotecillo sobre su caballo. Era Dorotea. Flotaba en el aire su velillo blanco; moldeábase su cuerpo en ajustado vestido; su mano, enguantada, regía primorosamente las riendas. Aparecía como la más seductora tentación que buscara al pecado.

Detúvose delante del balcón en que permanecía embobado Gabriel, é irguiendo el talle, para ponerse á mayor altura:

—Pero, ¿se ha muerto usted?—dijo al médico, sonriendo.

—Ya ve que no—contestó éste.

—¿Qué hace? ¿Por qué no viene con nosotros?

—Si usted lo permite... Mas no tengo caballo.

—Búsquelo... Vamos á un pueblecito inmediato... Iremos despacio. Ya nos alcanzará por el camino... ¡Nos divertiremos tanto!...

Balanceábase Dorotea en su fogoso caballo que no quería estarse quieto. Gabriel, la contemplaba extasiado.

—¿Vendrá?—dijo ella, volviéndose hacia sus acompañantes.

—¡Al momento!—repuso Gabriel, arrancándose súbitamente de su anonadamiento embelesador.

Bajó con prestreza la escalera y llamó á gritos al posadero.

—¡Un caballo! ¡Necesito un caballo al instante!

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

¡Mi vida por un caballo!—le dijo, parodiando una frase célebre.

Mas no le había. En las cuadras de la posada sólo se hospedaban humildísimos asnos, famosos andadores, eso sí, muy á propósito para trepar por los riscos de la montaña.

—¿Usted sabe lo que son estos animales?—le decía el posadero, ponderando sus bestias—. Ya verá usted dónde se quedan esos caballos tan pintureros, cuando tengan que plantar las herraduras sobre las peñas.

Accedió á regañadientes, Gabriel. Montó en un asno, y aguijándole con puntiaguda vara, lanzóse á la carrera, en seguimiento de la lucida cabalgata. Divisóla en breve. Cuando comparó los briosos animales, desenvueltos y espumajeantes, con el plebeyo cuadrúpedo en que iba caballero, estuvo por volverse. Debieron reparar en él á todo esto. Una carcajada estrepitosa de Dorotea, detenida en mitad del camino, fué señal inequívoca de que le habían descubierto.

—Tomó él también á risa la triste figura que hiciera, y avanzando en grotesco galope, llegó á ellos diciendo jocosamente:

—Como Cristo entrando en Jerusalén. No menospreciemos, señores, al animal que condujo á un Dios en sus lomos.

El asno, agradecido sin duda de aquel divino piropo, dió varios corcovos que pusieron en gran aprieto la pésima equitación de Gabriel. A poco no viene al suelo. Gabriel, con inusitada habilidad, sacó partido de su situación desfavorable. Bromeó sobre su bufona catadura. Al lado de Dorotea, desechaba toda reserva. Fiábase á ella como á su ángel bueno.

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

Mortificábale, con todo, la presencia del húsar, quien se le mostró desde luego grave, aunque cortés y atento. Marchar en su compañía, hízosele en breve insufrible. Cada vez fué acortando el paso, deseoso de imposibilitar la caminata, andando todos juntos.

—Veo que se queda usted atrás—dijo Dorotea—. Seré compasiva; refrenaré mi caballo. Mi prima y Valentín pueden seguir adelante.

Pronto los dos amantes perdieron de vista al militar y á Julia.

—No dirá usted que le desatiendo—murmuró Dorotea, mirando amorosamente á Gabriel.

Este exhaló un suspiro.

—Si es cierto que va cobrándome usted cariño—repuso Gabriel, volviendo al tratamiento respetuoso usado antes de la escena del balcón—y lo expresa como lo siente, en hora buena. Pensaré que hay una divinidad que me protege, que se duele al fin de mis lástimas. Pero si eso que me dice se reduce á palabras, sin encubrir sentimientos, tenga usted piedad, Dorotea, tenga usted piedad, ya que de amor es usted para mí tan avara.

Dorotea pareció meditar la respuesta. Tal vez temió haber dicho demasiado. Estaba acostumbrada á que sus frases no fueran profundizadas, tomadas en serio, guardadas cuidadosamente en el alma. Brotaban de sus labios como un primor de su ingenio. Todos sus adoradores habíanlas festejado, aplaudido como una obra de arte, contestándolas con lisonjas, con galanterías, con otras flores de la imaginación. Para ninguno habían sido como la hoja acerada que hiere ó el bálsamo que cura la herida.

Escudriñó Dorotea en la intimidad de su pensamiento, para cerciorarse, antes de enunciar una de-

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

claración comprometedora, de si, con efecto, sentía amor por Gabriel. No se explicaba, sin embargo, claramente, cómo había nacido aquel afecto, si realmente existía. El rendido homenaje de un joven obscuro no podía haber engreído su vanagloria. Como había referido Ricarda, personas de las más altas categorías sociales tuvo á sus pies, pidieron su mano, pudieron deslumbrarla con el brillo de sus títulos nobiliarios, de su fortuna, de su celebridad mundana. Ella divirtióse de todos. Algo de curiosidad, primero, no poco de entretenimiento, después, moviéronla á consentir en la pasión de Gabriel. No dejó de interesarle su ingenuidad, su sencillez, su inexperiencia, su ignorancia misma de los usos sociales.

—Y ¿por qué no he de amarle?—dijo, de repente, encarándose con Gabriel.

—Bien hace en reflexionarlo—replicó éste—. ¿Qué le ofrezco yo? Un corazón. Cierto que es poca cosa.

—¡Oh! ¿Lo tienen todos acaso?

Y se inmergió de nuevo en sus cavilaciones. Dorotea era una niña que había pasado á vieja. Tenía de la niñez, la alegría; de la ancianidad, el cálculo razonador. No desdeñaba al amante; representaba con él regocijadamente una comedia. Pero consideraba al hombre como un ser por extremo ridículo, grosero, brutal, cuando, depuesto el disfraz de la educación, muéstrase al desnudo, reclamando, como soberano, de la mujer, los imperiosos derechos de su naturaleza.

Aquella joven que frisaría, á lo sumo, en los veintidós años, era menos virginal que Gabriel, ya entrado en los treinta. En esas confesiones que las mujeres se hacen en sus horas de expansión, en voz baja, con el carmín del pecado declarado en las me-

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

jillas, había desflorado su inocencia Dorotea, resultando de todo ello un encantador monstruo. Luego la mezcolanza de educaciones, adoptada modernamente, como supremo refinamiento de una doncella, hubo de completar la creación de esta mujer, fútil y perversa, cambiando de sensaciones como de vestidos, sintiendo con la cabeza y no con el corazón, rehuyendo la ocasión de la maternidad, y formándose, á medida que el alma masculina se ha hecho más soñadora, un alma femenina, llena de las realidades más terribles y de los positivismos más horrorosos.

Gabriel caminaba á su lado, también pensativo. A veces, sacábanle momentáneamente del devanar de sus sesos los latigazos que sobre su rostro aplicaban las ramas de la orilla del camino. Sobre este sencillo hecho levantaba complicados refinamientos. Veía la guerra en que están todas las cosas en la tierra. La abnegación absoluta era un absurdo. Una ley de egoísmo imperaba en el universo.

—Yo sufro horriblemente—se decía—sabe una mujer que ella es la causa de mi tormento. ¿Qué hace para consolarme? Acerbar más mi dolor, apretar más el dogal que me ahoga... Y me dejaría morir; y acaso en mi muerte hallaría motivo de burla. ¡Cómo se alzaría ufana su vanidad sobre mi cadáver!

Fosco, huraño, lúgubremente sombrío, púsose su semblante con estos pensamientos.

En el ínterin, iba ennegreciéndose el horizonte. Descendía á su ocaso el sol, entre nubes obscuras que se espesaban, se apiñaban, se superponían á cada momento. De súbito, una línea de luz cárdena, rayó la masa de vapores. Un vientecillo cruzó rápidamente por el bosque. Los jinetes sintieron salpicada de puntitos de frescura la cara. Grue-

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

sas gotas cayeron aquí y allá. Y un olor de humedad iuundó toda la atmósfera.

—¡Parece que tenemos tempestad!—exclamó Dorotea algo sobresaltada.

Otra cinta de llama, más rojiza, se deslió velozmente por el cielo ensombrecido, y el estrépito del trueno retumbó, rodando en el espacio. Despeñóse entonces recia y repentina lluvia. Caballo y asno se espantaron, y á duras penas obedecían á la espuela y al aguijón. A cada relámpago encabritábase, relinchando, el hermoso corcel de Dorotea. La mansa cabalgadura de Gabriel no protestaba del temporal con tan briosa manera; mas, agachando las orejas, y escondiendo la cabezs entre los temblones remos delanteros, ponía en peligro la estabilidad y equilibrio de su jinete.

—Será forzoso guarecernos en cualquier escondrijo—declaró Gabriel.

—Sí; el pueblecito está aún distante—repuso Dorotea—. Aunque conozco el camino, pues he visitado el lugarejo, estos dos días últimos, creo preferible que nos volvamos. Mero recreo nos llevaba allí. La aldehuela nada de particular ofrece. Mi prima posee, en su término, algunas fincas, trata á varias personas; pero, fuera de esto, la estancia en él carece de objeto, es aburridísima.

Recrudecía la tempestad. El agua bajaba á torrentes de las nubes. Las lenguas de fuego lamían sin tregua la enlutada bóveda celeste. En las rocas cóncavas de la montaña repercutíase espantablemente el estruendo de los truenos. Dorotea, que no podía, á causa de la alta talla de su caballo avanzar bajo los árboles, recibía de lleno el aluvión. Sus ropas, ya de por sí ajustadas, ceñíanse sobre su cuerpo, mojadas y lustrosas, como las plumas de un pajarillo.

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

Iba toda acongojada, pálida, sin aliento, parándose con susto siempre que un relámpago hería la cenicienta claridad de la tarde.

Habíase aproximado á Gabriel. Este, que nada tenía de miedoso, que si por algo temblaba era por su amor, sintióse en este trance más varonil que nunca. La electricidad atmosférica parecía haber pasado á sus nervios. La conmoción de la Naturaleza, bajo el choque de los elementos, comunicaba á su alma el vértigo. Encontraba su corazón hermano de la tempestad. Experimentó como un agrandamiento de su ser. Una fuerza incomensurable hinchó sus miembros. Penetróle un afán infinito de estrechar entre sus brazos á Dorotea, de protegerla, de defenderla de todo enemigo.

Menester fué abandonar al cabo el sendero, y buscar un refugio. Dijérase que el mar se volcaba desde arriba. Salvando zanjas, saltando malezas, brincando sobre peñascos, internáronse en lo más intrincado de un bosquecillo, cuyo ramaje se entretejía en lo alto en tupida urdimbre de hojas. Allí, aunque imperfectamente, se hubieran cobijado, síno divisaran, á poca distancia la pardusca techumbre de una chóza. Eralo de pastores. Volaron al rústico albergue, apeáronse á la puerta, ataron las caballerías á un árbol, y entraron en él, hallándolo desierto. Algunas vasijas toscas, un hornillo, que aún conservaba el calor dc los tizones encendidos, denotaban, con todo, que no estaba deshabitado.

—Hénos ya en pleno idilio—dijo Dorotea riendo, ya más serenada.

Nadá contestó Gabriel. Con ojos fulmíneos mirábala á la cara, clavándolos en las pupilas de ella, como si pretendiera agujerearlos, introduciendo por allí su alma entera.

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

—¡Me da usted miedo!—exclamó Dorotea tratando de alejarse un paso.

De pronto, Gabriel la agarró por el talle. Ella dió un grito, pero no huyó. La tempestad continuaba atronando el espacio. La choza se estremecía con la pesadumbre pertinaz del aguacero y el rebotar furioso del vendaval. La mujer se apretó más contra el hombre. Sus pechos, sus rostros, sus alientos se tocaban, se oprimían, se mezclaban, sin resistencia, sin pugna, dócil ella, exigente él. Se diría una corderilla acariciada por un león.

—¡Dorotea! Alma de mi alma, única felicidad mía—murmuró el amante con voz entrecortada, imperceptible casi, como el ternísimo soplo de un suspiro.—¿Es posible que te tenga en mis brazos? ¿Quién te arrancará ya de ellos? ¡Ah! puedo morirme ahora. Mío es el ángel puro con que soñé toda mi vida.

El rasgueo de una sonrisa diabólica se dibujó, á estas palabras, en la boca de Dorotea.

En tono todavía más bajo que en el que le habló Gabriel, con seductora confianza, en intimidad naturalísima, repuso:

—No tan puro como tú te figuras.

Gabriel aflojó los brazos. Quedóse helado. Vaciló como un beodo. Lanzó una mirada escrutadora sobre Dorotea. Ira, llanto, desesperación, locura se reconcentró en su cerebro.

—Y ¿qué importa?—prorrumpió delirante, abalanzándose á su amada—. Te querré como eres, ya que no eres como te he querido.

Dorotea le rechazó, esta vez, con energía. Puso oído atento á un rumorcillo metálico que apresuradamente se acercaba. Eran los esquilones de un rebaño. Los pastores regresaban á la choza.

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

Púsose rabioso Gabriel.

Dorotea, repuesta del todo de sus temores, de sus debilidades, de su flaqueza de niña medrosa y mimada, soltó entonces una carcajada prolongadísima, ardiente, que parecía salida de lo más profundo de su seno.

Sonó, para el amante, como una carcajada de Lucifer.

Cogió con furia de una mano á Dorotea, sacudiéndole violentamente el brazo.

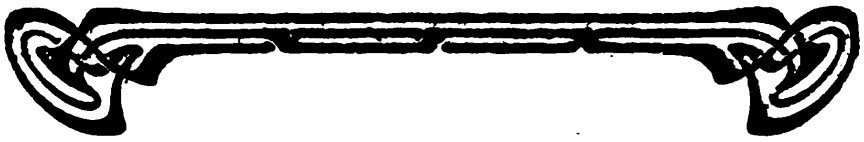
—¡He sido burlado!—dijo con acento rencoroso—. No me amaba usted... Cedió por necesidad, por antojo, hostigada de las circunstancias... Me he engañado... Pensé haber dado mi corazón á una mujer; se lo dí á una serpiente.

Soltó la mano de Dorotea como se arroja un reptil.

La joven, sin replicar, sin mirar á Gabriel, salió á la puerta, saludó á los pastores que ya habían llegado; excusóse de haber recurrido á su morada durante el chubasco, y prestamente, sin ayuda de nadie, montando en su caballo, que desató ella misma, partió á galope.

No la siguió con la vista Gabriel en esta ocasión. Subió en su borriquillo, y tristemente volvió á su posada. A su regreso, aunque la tempestad se había aplacado, lloviznaba aún. No se sabe si lo que bañaba su rostro eran lágrimas ó lluvia.

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY



XI

Pasó Gabriel la noche en continuo desasosiego. A la mañana siguiente se encontró abatidísimo. Dijérase que se había roto el resorte de su vida. No acertaba á dar un paso, no sabía qué hacer, su voluntad estaba como muerta. Ni pensaba ni se movía. Ya nada esperaba, ningún anhelo agitaba su espíritu. No tenía plan alguno. Glacial indiferencia hacia todas las cosas había invadido su alma, helándola con frío de muerte. Parecía ignorar que existía.

—Yo voy á volverme loco—dijo por fin, saliendo de su estupor. Luego, recordando su último desengaño, añadió:

—¿De qué me extraño? ¿No es condición de la mujer el ser falsa?

Pero, súbita ternura se derramó, como suave ola, por su ser, reblandeciendo la rigidez de sus ideas.

—¡Ah! ¿por qué la he querido tanto?—exclamó en tono de sollozo—. Quizás porque ella no me quiso. Amárame y odiárala yo... ¿Amor y odio?... Ya, ya comprendo que pueden caber juntos, en un corazón, el paraíso y el infierno... Antes no mel o explicaba. ¡Era que no había amado!

Todas las rutas que tomaba su pensamiento iban á parar á Dorotea. ¿Dudaba, amaba, aborrecía, confiaba, perdía esperanza? Pues todo esto tenía por

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

término su amada. Confesábase, allá en sus adentros, no sin cierto pavor, que aquella mujer se había apoderado por completo de su vida. Sobre ella había modelado sus ilusiones. Ninguna otra mujer le disputaría en adelante su dominio. En su pecho, solo cabía Dorotea, tal y como la seguía soñando, incomprensible y franca, bella y desdeñosa, burlándose del amor é inspirándolo. Sabía que sus torturas no tendrían fin. No era él el seductor Don Juan, intrépido y activo, cauteloso y sagaz que podría vencer á Dorotea. Su alma era tímida ó terrible. No atinaría nunca á hacerse agradable. Su amor, en todas las Doroteas que encontrara por el mundo, ó produciría risa ó infundiría espanto.

Dejó su aposento, donde sus ideas parecían girar siempre alrededor de una vorágine de negrísimo fondo, y, cruzando la calle, entró en el café, que en el piso bajo del hotel de Dorotea había. Sentóse junto á la ancha mesa, en que se extendían y amontonaban los diarios políticos y las revistas con grabados. Hojeábalos distraídamente, puesto su pensamiento en otra parte, en el interior de la fonda, en la habitación de su amada. De repente oyó una carcajada, muy cerca de él, que le era bien conocida.

En el patio, techado de cristales, separado del café por una sola puerta, estaba instalado el comedor. Dorotea almorzaba en compañía del húsar y de otros huépedes. Se hallaban en los postres, y charlábase más que se comía. La joven mostrábase exaltadísima.

—Señorita—dijo el húsar brindándole con una copa de vino—. A la salud de su Robinson.

—¡Bravo!—gritó Dorotea palmoteando—. Ese es el nombre... ¡Si nos hubiera usted visto en la choza!

—¿Para qué? ¿para que me hubiera muerto de en-

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

vidia?— repuso el militar con cierta galantería picante.

—Quite usted allá—dijo Dorotea—. ¡Si no he visto en mi vida un hombre más tonto!... No sabe hacer más que llorar...

Y sonó otra carcajada.

Gabriel, que todo lo oyó, sintió también impulsos de reir. Pero, su risa iba á causar terror. Venía acompañada de aullidos. Contúvose. Se levantó convulso, con el rostro pálido, la mirada enardecida, temblorosas las piernas, apretados los puños, y se lanzó á la calle.

—Necesito salir de aquí al momento—dijo con sorda voz—. Esta mujer me mata...

Y huyó, como loco, por la población.

Cuando había dado algunos pasos, deteníase, y exclamaba, como si ella pudiera oirle, accionando con ademán feroz:

—¡Infame! ¡infame!... No te reirás más de mí...

Y proseguía su camino, desatentado, veloz, apoyando fuertemente la planta en los talones, como si se le escapara el suelo, como si quisiera hundir las piedras, como si aplastara á cada paso el cráneo de una víbora.

Las viejas casuchas de El Erial, de paredes agrietadas, de puertas roídas, de aspecto ruinoso, se le caían encima. Las tortuosas y angostas calles, empinadísimas y desempedradas, presentábansele inaccesibles, de fatigoso trayecto. El pueblo todo, donde pensó labrar con su fantasía un palacio encantado para su amor, parecíale antro infernal, círculo de abismo, que le tragaba por aquellos tubos de callejuelas, cuya silenciosa soledad y ruin perspectiva llevaban al grado máximo su propio desastre y actual tristeza.

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

Aunque manchado con franjas de ceniza el cielo, y amortecido el verdor de los árboles, en la penumbra fría de la tarde nublosa, llamábale, desde lejos, con cariñosa y melancólica invitación, el campo. Hacia él se dirigió. Atravesólo en todos sentidos, pidiendo arrullos consoladores á las avecillas, fragancia deleitosa á las flores, susurros halagüeños á los arroyos. Pero hasta allí le persiguieron los atormentadores fantasmas de su amor. La fuente que copió Dorotea; el prado de las Arenillas, donde ella se le apareció saltando en una cuerda; el bosquecillo; la choza que los albergó durante la lluvia; todo el campo, en fin, estaba lleno de recuerdos de la mujer amada y perdida. La Naturaleza se manifestaba la misma. Pero la luz radiante del sol, las mariposas revoloteadoras, las florecillas multicolores habían desaparecido en un solo día, en una hora de tempestad.

—¡Duraron lo que mi ventura!—murmuró Gabriel, alejándose apresuradamente de aquellos lugares, tan rientes antes, tan entristecidos ahora.

Resolvió marcharse aquella misma noche, volver á su casa, olvidar en los brazos de su madre la memoria funesta de su amada. ¡Aún le quedaba en el mundo quien le quisiera! Verificóse entonces un retroceso en sus afectos. Vióse, con el pensamiento, en su edad de niño, cuando su madre ponía en sus labios una oración con un beso, cuando su alma parecía vivir en el cielo.

A su paso, halló abierto el monasterio. Entró en él. Sus sueños infantiles abrieron, en el recinto sagrado, las alas de oro, y vinieron á posarse en su cabeza. Creyéraseles pájaros extraviados que volvían á su antiguo nido. Los acogió con amor, les quitó las espinas que en sus plumas habían clavado

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

las zarzas de la duda, de la desgracia, del odio, de las desesperaciones. Besó mentalmente aquellos recuerdos con el mismo delirio que se besaría una mujer adorada y muerta que tornara á la vida. Recogióse con aquellas evocaciones aladas en el rincón más escondido de su conciencia; quiso aprender su arrullo; quiso recordar su canto, aquel canto que, en la cuna, al pasar por sus labios, se convertía en oración.

Sintió entonces palpitar con fuerza su pecho; sintió el terror de lo sublime. Experimentó esa zozobra que produce la sensación de un algo invisible y grande, que nos rodea en cuerpo y alma, y que nos eleva al cielo y al par nos hunde en el abismo. El temblaba en aquel templo; se encontraba pequeño en medio de aquellas naves gigantescas. Estaba confuso y amedrentado como el reo delante de su juez. Era cierto que tenía al lado tumbas de grandes hombres; pero aquellas tumbas no contenían más que polvo. Era cierto que enormes moles de piedra parecían amenazarle, tendidas sobre su cabeza; pero aquellos bloques simétricos y ordenados, estaban sostenidos por la mano del arte, y no podían venir abajo sino con el golpe del rayo. No, no era aquello lo que le estremecía, lo que llevaba y detenía en sus ojos corrientes de llanto.

En tiempos felices, aquel Monasterio hubiera fascinado su alma con el sol de sus maravillas. Hoy, la lámpara de su altar mayor le llenaba las pupilas de sombra; cada sillón labrado del coro parecíale un féretro. Se acercó con miedo á la verja plateresca de una capilla, y los candelabros de los altares se irguieron á sus ojos como fantasmas. Vió que allí era él un extraño, un huésped tardío, á quien las sagradas puertas rechazaban. Las losas mismas que

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

pisaba, al andar, semejaban murmurarle con eco sordo:

—¡Impío! ¡insensato!

Pero, no; no era nada de esto. No era sino una cabeza joven que había envejecido, y que antes de los treinta años cubríase de canas; una frente pálida, surcada de arrugas prematuras; un corazón lleno de heridas, sangrando siempre; un engendro, en fin, de este siglo contradictorio, que odia para luego amar y aborrecer, que destruye para edificar y arruinar de nuevo.

Los hijos de esta generación tempetuosa son como águilas que olvidan sus alas potentes y se arrastran sobre sus pies enanos. Van por el mundo confundidos con los reptiles; pero, una ráfaga de luz les hace mirar al cielo; una nube que cruza el espacio les incita á desear el horizonte sin fin, único campo donde pueden desarrollar su vuelo. El ser que nació para volar recuerda entonces su misión; y un frenesí de infinito se apodera de su espíritu. Subir, subir hasta Dios; esa es la aspiración que se siente después de haberse revolcado sobre los instrumentos de tortura que está constantemente preparando el hombre al hombre en el mundo.

Como de un caos, fué saliendo, en aquel momento, del alma angustiada y tenebrosa de Gabriel, un astro de esperanzas, rodeado de claridades de crepúsculo.

Dejóse caer anonadado en una grada de mármol, y absorto en contemplación hondísima y muda, vió dibujarse, en la atmósfera tranquila y sombrosa del monasterio, dos figuras que parecieron hablarle, exhortarle, recriminarle con la voz misteriosa y temible del sepulcro. Venía una envuelta en túnica de oro; la otra se mostraba enlutada. Era la primera

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

como la imagen del mundo que deslumbra con sus eléctricos resplandores. Dijérase que la otra era la personificación de la soledad que atrae con su mansedumbre dulcísima, inspirando sueños no interrumpidos, brindando goces silenciosos que no acaban nunca. Tenía formas de mujer aquélla; cubría á la última el tosco sayal de un monje.

Decía la mujer:

—Es la hora de declararte la verdad. Dime, ¿qué ha sido de la mariposa irisada que perseguiste por los vergeles de tu fantasía? El polvillo cristalino que esmaltaba sus alas, se quedó pegado en tus dedos. Tú creíste, al estrechar entre tus brazos el amor, abrazar un ángel, y encontraste yerto sobre tu corazón un espectro. Los besos de la soñada mujer envenenaron tu sangre. Las noches que consumiste en ese delirio, que es como la fiebre crónica de la juventud, se han trocado en sombras que obscurecen tu memoria. Antes de apagarse en el cielo de tus ilusiones la estrella de la felicidad engañosa, pediste fulgores al brillante lucero del arte. Sé que nunca pensaste en la gloria. Y no quisiste escribir la poesía, sino sentirla, practicarla, ensanchar tu alma con su soplo. Resonó en tu ser la voz de la armonía; tu corazón palpitó al contacto de las imágenes que venían á prestar radiante ropaje á tus pensamientos, desnudos y fríos, como soldados pobres, en los combates de la vida mezquina. Tú, en noches de atormentador insomnio, te revolviste en tu lecho solitario y sin amor, no pudiendo soportar el peso abrumador de tus pesadillas de poeta, que ahogaba sus cantos. Tu inspiración oculta, como ave tímida, buscó la soledad de los bosques, el recogimiento del gabinete de trabajo. El hogar fué tu templo; tu madre la diosa que adorabas. Pero, al fin, saliste al mundo, reclamaste

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

otros ídolos, y el dardo del desencanto se clavó en tu alma. Herido, caído en el torrente de la desesperación, te abandonabas ahora, indefenso, cortada la raíz de tu vida, como rama desgajada del tronco, á las ondas tumultuosas de tu ya incierto destino. ¡Ay! no esperes hallar puerto, cuando merced á los vientos apocalípticos que soplan furibundos en tu alma, mares, sólo amargos y cenagosos mares cubren, para ti, toda la tierra.

Breves palabras pronunció el monje; pero el sentido de ellas penetró en el espíritu de Gabriel como hoja de acero en la carne.

El ermitaño habló de este modo:

—¡Desgraciado de ti, maldito hijo de una edad en que el proscrito de la esperanza solo encuentra salvación en la muerte! En vano golpearás hoy estos muros para que se abran y te acojan en su seno. No tienes fuerza para hendirlos. Carecerías de constancia una vez dentro. Han separado de ti todo lo que era celestial, y te han dejado solo en el mundo. ¿Solo? no; te has quedado con tu corazón, retorciéndose entre los lazos de las terrenales pasiones. Aún pudieras redimirte; aún pudieras ser feliz; pero te falta la fe: esa ala de llama que elevaba el corazón, antes de haberse éste trocado en péndola fisiológica que marca á compás la circulación de la sangre. ¡Oh, tú! el más desgraciado de los seres; te compadezco porque vives en un infierno anticipado, en el infierno de la indecisión, de la duda, del vacío que se abre con la muerte de un sentimiento.

Esto creyó escuchar Gabriel, sobrecogido, sofocando los sollozos. Miró al crucero del templo, y las sombras que había evocado un instante su exaltación fantástica, se habían ya disipado en el espacio. Otras sombras, éstas ya reales, empezaron á levantarse de

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

los rincones del monasterio. El sol recogía tembloroso de las vidriadas claraboyas un último rayo, pálido, frío, vago como la mirada de un moribundo. El aire trajo notas de campana, dulces y melancólicas. ¡Era el *Angelus!* Todos los recuerdos de niño revolotearon otra vez en la mente del hijo de doña Marta. No pudo resistir; sus rodillas cayeron sobre los mármoles del pavimento.

Oró. Parece que del rezo extrajo algun bálsamo para su herida.

Confusa gritería sonó entonces en la calle arrancando á Gabriel de su místico arrobamiento. Salió á la puerta. Por delante del monasterio atravesaba una aglomeración de gente, hablando alto, gesticulando con violencia, exhalando lamentos. Abrióse un poco el corro, y vió Gabriel que llevaban en brazos de dos hombres á un niño. Larga caterva de pilluelos seguía aquella multitud. Acercóse Gabriel. El vocerío llegó más distinto á su oído.

Una muchacha hablaba, en tono colérico:

—¿Para qué la besó?—decía—. Era mi novio. Yo no miraba á nadie. Yo le era fiel. Nos casaríamos cuando fuéramos mayores. Ya sabía él que tenía yo celos de esa chiquilla. Le dije que le iba á matar si los veía juntos. No me hizo caso. Pues, toma; le encontré abrazado con ella, y le dí con el hacha.

El hombro del traidorzuelo rapaz aparecía bañado en sangre. No se quejaba. Miraba sonriendo á la valiente muchacha. Parecíale aquello simplemente un juego.

Gabriel reconoció, con estupefacción, en los novios pequeñuelos, á los muchachos de la fuente.

—Eso es amar—se dijo—. Ha cumplido su palabra la mujercita. No que yo huyo como un cobarde, sin exigir explicaciones, sin tomar venganza. ¡Oh! ¡qué

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

cosa tan dulce es la venganza cuando se odia! Pero, si no odio á Dorotea... ¿Con qué motivo? ¿Díjome nunca que me amaba? Mas, se ha burlado de mí. Dióme esperanzas, para devolverme desengaños. Si no pensaba en amarme, ¿á qué fin seducirme? ¿Por qué empezó sonriéndome, para terminar despreciándome? ¿Por qué vino á mí entre flores, para dejarme entre espinas?

Tales fueron las reflexiones de Gabriel, mientras, inconscientemente, iba mezclado con la turba que cortejaba al niño herido.

Uno de los pensamientos, que con más obstinación pasaban, volvían y tornaban por su mente, estalló al fin, en sus labios.

—¿Matarla? — balbució reconcentradamente —. ¿Lograría con esto matar mi amor? Muerta ella, mi desesperación no tendría remedio. ¡A no ser que yo perdiera la razón!... ¡Qué felicidad! Dorotea en la tumba; yo en las tinieblas de la demencia... Bajo tierra, convertida ella en esqueleto, nadie la amaría, ningun rival iría á besar sus labios secos, sus mejillas carcomidas, su seno apiltrafado, sus formas reducidas á huesos. Yo, entretanto, recluído en la cárcel inquebrantable de la locura, no me afligiría con su ausencia eterna... ¡No estaría de mí ausente!... Ella viviría, residiría, permanecería siempre fija en mi quimérico soñar... ¡Oh! ¡qué dicha será estar loco y fantasear que es uno amado!

Como desgraciado, extremadamente sensible, todo accidente, por casual que fuera, hacía honda impresión en Gabriel. Momentos antes, recitaba con fervorosa devoción en el templo las plegarias del creyente. Momentos después, en la calle, blasfemaba contra la vida, contra la inteligencia, profesando en el ateísmo del amor, para consagrarse en el sacerdo-

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

cio del crimen. Fuera de su pasión por Dorotea, bien se manifestara esta pasión con el grito de la locura, bien tuviera expresión en el mutismo del éxtasis, todo lo demás era para Gabriel transitorio. Sus rencores, pues, se superpusieron á sus misticismos al cabo de andar largo trecho con aquella gente. Y es de advertir que el rencor de Gabriel no se anidaba en el vacío que deja el cariño evaporado. Era, más que otra cosa, la exasperación del amor no correspondido.

Separóse al fin de la turba que había llamado su curiosidad y dirigido sus ideas por los laberintos de la enajenación. Entró en su posada. Se aproximaba la hora de la salida del tren que volvía á Madrid. No podía perder tiempo. Su marcha, su alejamiento de Dorotea, eran cosa resuelta. Temía flaquear si se encontraba con la ingrata, aunque idolatrada mujer. Ajustó, pues, cuentas con el posadero, pagó, recogió en la maleta sus ropas, cerróla, y, transportándola al coche, que esperaba ya á la puerta, metiéndose él dentro púsose camino de la estación.

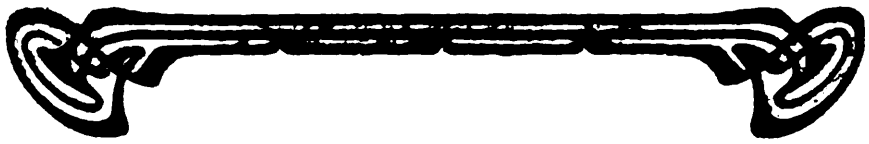
Todavía en el andén tuvo que aguardar algunos minutos. Entretúvolos paseando al lado de la vía, encallejonando las miradas á cada una de sus vueltas por la doble línea de hierro que pasaba, encorvándose por delante de la explanada de asfalto del apeadero, perdiéndose á un lado y otro entre los recodos, arboledas y ondulaciones rocáceas del terreno. Finalmente oyó un silbido prolongado. Los viajeros que como él esperaban el tren, con lentos paseos de reprimida impaciencia, cogieron presurosamente en la mano sus bagajes portátiles apenas se escuchó aquel alarido. Sonaron timbres eléctricos con pertinaz repiqueteo. Por último, un ojo rojizo apareció á lo lejos, en medio de la obscuridad. El

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

ojo caminó rápidamente. Cuando estuvo más cerca se percibieron gigantes resoplidos. Luego ensordecedor rodaje. A poco, larga fila de vagones con suave y decreciente traqueteo empezó á cruzar, parándose al fin pesadamente como clavada en el suelo.

Cuando marchó de nuevo el tren, Gabriel, ya instalado en su coche, asomó la cabeza por la ventanilla. Miró con anhelantes ojos El Erial. Pero ¿qué vió de aquel pueblecillo en que había pasado los días más alegres y los más tristes de su vida? Sólo la negra nube de humo que la locomotora iba dejando á su espalda.

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY



XII

Desmejorado, demacradísimo, como envejecido encontró á su hijo doña Marta. No le esperaba tan pronto. Cuando al sonar la campanilla salió á abrir la puerta y vió quién entraba en su casa, no pudo dominar las emociones contrarias que sintió en tal momento, y que la dejaron como suspensa, sin respiración, indecisa, sin saber qué hacer, paralizada para el abrazo, para el saludo afectuoso, para el amoroso recibimiento á su hijo. Pero esta suspensión y sorpresa duraron tan sólo unos segundos. Doña Marta, recobrándose, dando salida á su cariño, echó los brazos á Gabriel al cuello.

—¿Te has divertido mucho?—le preguntó, fingiendo contento.

Bien veía que no. En el rostro, pálido, seco, marchito de su hijo se descubrían patentemente los estragos del dolor. ¿Había él veraneado para eso? ¿Había ella soportado la ausencia de Gabriel, envejeciendo ella también sólo porque él se rejuveneciera? No necesitó hacerle pregunta alguna respecto á su amor, tocante á la mujer con quien él se había prometido tanta felicidad. Calló sobre esto. Pensó que una vez á su lado, bajo su amantísima guardia, Gabriel se repondría de sus abatimientos. Olvidando sus pesares, borraría de su memoria la imagen de

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

un amor que no sufría comparación con el amor materno. Doña Marta lucharía á brazo partido con aquel aterrador fantasma que llenaba las noches sin sueño de su hijo.

Quiso, desde luego, poner en ejecución sus proyectos. Guardó sus besos en el arca avara de su pecho y empezó á rodear de cuidados, de atenciones, de obras agradables á Gabriel. No bien éste se despojó del traje de camino, y atavióse con ropa cortesana, cuando doña Marta le condujo al comedor, diciéndole que se sentara mientras ella preparaba la comida.

—¿Traes hambre?, ¿eh?—le dijo riendo.—Bueno; te aderezaré los platos que más te gustan.

—No—repuso Gabriel—comeré lo que tú.

—¡Eso sí que no!—exclamó doña Marta.—Vienes enfermo, alicaído... Yo, ya ves; siempre hecha una moza.

Miróla su hijo y vió que mentía. Parecióle su madre una anciana de ochenta años, cuando en realidad sólo contaba cuarenta y cinco. Su ingratitud, su olvido momentáneo hacia aquella heroica mujer, hacia aquella santa madre, mostráronsele con faz acusadora. ¿Con qué pagaba él la abnegación de que era objeto? ¿Cómo correspondía á tan grande, benéfico y delicado amor? Era cierto que él mantenía á su madre. Pero la mano previsora é inteligente de ésta, ¿no centuplicaba diariamente el escaso dinero que él ganaba con su trabajo?

Doña Marta trajinaba en la cocina. Arrastre de cacerolas sobre el fogón, chasquidos de platos en el vasar, chisporroteos de fritanga y hervores de cocción se oían desde el comedor, hasta donde llegaba asimismo un olorcillo apetitoso, gloria de la nariz y regocijo del estómago. Oíase también á doña Marta

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

exhortando en alta voz á su hijo para que la perdonase por su tardanza, indicándole lo que hacía, excitándole á fin de que le fuera referida la excursión á El Erial.

—Mira, hijo,—le decía mientras andaba entre las sartenes—no te impacientes, ya acabo. Ahora mismo frío las patatas... ¿Y es muy bonito ese pueblo? Si que lo será... Otra vez que vayas me llevas contigo. Por supuesto, si no te causo molestia.

Atendía con pena Gabriel al soliloquio de su madre. No era aquello lo que ella pensaba. Otras ideas menos regocijadas, menos superficiales, socavaban la mente de la anciana, sin que ella las diera á luz, por no inferirle daño. Profundamente conmovido, agradecía las esforzadas palabras de su madre, que luchaba dolorosamente entre los verdaderos sentimientos que recataba en su pecho, y el falso lenguaje en que se expresaban sus labios. En esta delicadeza maternal halló algún alivio para sus desdichas de amante infeliz. Desde que puso los pies en su casa experimentó puras y serenas sensaciones.

—Espera un poco, Gabriel—dijo doña Marta, apareciendo en el comedor y echándose sobre la cabeza un mantoncillo—. Tengo que bajar á la tienda. Voy por una cosa que se me había olvidado.

—¿Por qué no mandas á la criada?—replicó Gabriel.

—La despedí el día mismo de tu marcha.

—¿Reñiste con ella?

—No. ¡Pobrecilla! ¡Cuando me dejó, ¡se afligió tanto...!

—Entonces...

—Es un gasto que podemos ahorrarnos.

—¡Ah, madre querida! Tú me recuerdas que somos pobres... Pero no permitiré que me sirvas...

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

Estás achacosa... Las faenas rudas es preciso que las haga una muchacha.

—Aún me encuentro con ánimos para quitar de en medio, en un periquete, cualquiera de los quehaceres domésticos. ¡Son tan sencillos, tan dulces para una madre que tiene al lado á su hijo...!

—No consiento en que me sirvas. ¿Habías de ser tú mi criada? ¿Yo amo tuyo?

—Y ¿por qué no?

—Digo que no lo permito... Vamos, deja ese mantón. ¿Qué necesidad hay de que salgas así á la calle? ¿No tenías, además, para ti, comida preparada?

—Sí; pero era cosa que no es de tu agrado.

—¿Qué era?

—No te respondo... Adiós...

Y antes que Gabriel pudiera sujetarla, ya ella bajaba la escalera. De paso había cogido una cesta.

Registró Gabriel la despensa, el aparador, la cocina, hallándolo todo sobremanera exhausto. Al calor del hornillo humeaba una sopera, con mediana ración de sopas de ajo. Vió que sólo aquello era la comida de su madre. Se le apretó el corazón. Una ola de lágrimos de fuego afluyó á sus ojos.

—¡Soy un loco!—exclamó indignado—. ¡Soy un miserable, un criminal, que deja morir de hambre á su madre!

Visitó su casa, cuarto por cuarto, mueble por mueble, y á cada inspección se condenaba, se maldecía por la pobreza á que sacrificaba á doña Marta. El era un vago, un pernicioso soñador, un para-poco, por no decir para-nada. Su talento era un campo sin frutos, produciendo no más que flores despreciables que nadie quería, que el amor mismo arrojaba al lodo. Su profesión, de la que apenas se había acordado, ni aun en presencia de un niño herido, en sus

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

días de veraneo, ¿dábale otro producto que un jornal? ¿Tenía derecho á hablar su corazón cuando gritaba su estómago?

—¡Sí!—decía con sarcástico desconsuelo—. ¡Los pobres no debemos amar! El amor se ha hecho para los ángeles, cuya ocupación es volar, sonreir, resplandecer en las alturas. Las bestias que trabajan no tienen tiempo siquiera para mirar al cielo.

Comprendió, igualmente, que el trabajo, un trabajo delirante le absorbería de sus otros delirios. Preciso le era, además, recuperar lo gastado, lo que había dejado de ganar. El médico, que le substituyó en su ausencia, quedábase con la mitad de los honorarios, ya de por sí reducidísimos. Era de rigor también obsequiarle con un regalo. De suerte que, echadas cuentas, Gabriel podía considerarse como un menesteroso. Le horrorizó su situación apuradísima. Las matemáticas reemplazaron sus sueños.

Pensaba en esto cuando volvió su madre. Doña Marta, no se sabe con qué dinero, trajo en la cesta medio mercado. Agasajó á su hijo, si no con opípara, con selecta y bien condimentada comida. En la mesa, ella fué quien habló. Gabriel permaneció callado, taciturno, haciendo honor á los platos presentados por su madre, menos aguijado por el apetito que por el deseo de agradar á la buena señora.

Acostóse temprano, pero durmió con sueño interrumpido. En los momentos en que se quedaba despierto, oía á través de la pared que separaba su alcoba de la de su madre, sollozos sofocados bajo las sábanas, lamentos proferidos en voz ahogada, suspiros acompañados de débiles quejidos. ¡Era doña Marta, que lloraba!

—¡Llora por mí!—murmuró al fin Gabriel, cuando comprendió lo que ocurría.

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

Y sin atreverse á ir al lecho de su madre, para secar cada lágrima con un beso, juró, aun á costa de su sangre, calmar en adelante, con un inmenso cariño, aquel inmenso desconsuelo. Trató de expeler de su alma todo resto de su pasión malhadada. Retratóse á Dorotea con todas las fealdades imaginables. Rebuscó en ella las deformidades más monstruosas. Despojóla de toda virtud, de todo prestigio, de toda belleza. ¿Dónde había tenido él los ojos para ver perfecciones en quien sólo había defectos? Ni era bonita, ni era cariñosa, ni atesoraba mérito alguno. Un momento antes de dormirse, Gabriel reconocía en Dorotea las formas y cualidades de una arpía. Bien es verdad que, ya dormido, volvía á soñarla un ángel.

Terminó el verano, transcurrieron los primeros meses del otoño, y Gabriel pareció curado de su mal. Aumentó su clientela. Sus servicios médicos eran elogiados por los enfermos y remunerados con largueza. Entró á formar parte de una asociación benéfica que tenía por objeto el establecimiento de un hospital particular. En el desempeño de su cargo, muy próximo al de director, desplegó una actividad, un celo, una perspicacia inauditos. Emprendió la composición de un libro, el cual, á juzgar por las personas que leyeron algunas de sus páginas, prometía ser un portento. Doña Marta estaba contentísima. Aunque no lo declaraba, atribuíase ella, no sin fundamento, en verdad, no poco de la gloria de su hijo.

Este había dejado de ocuparse de Dorotea. A lo menos así lo creía. Sin embargo, allá en el fondo de su alma, en ese rincón que parece destinado á sepultar en la sombra las cosas que se olvidan, había un pensamiento sobre el que Gabriel no quería de-

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

rramar luz; un nombre que rehusaba pronunciar; la figura de una mujer, que, delineándose siempre con tenaz porfía, era borrada por él al momento, no sin que se recreara instantáneamente en su aparición encantadora.

Una noche, al recogerse tarde, vió algo semejante á esta figura seductora, en una puerta. No era Dorotea, pero sí una muchacha que se le parecía mucho. Era ésta gordezuela y vivaracha, de ojos fulgurantes, bajita, simpática, con cierta altivez en el rostro carnoso y un mohín de picaresco desdén en la boca, no muy roja. Gabriel cruzó por su lado y la miró de soslayo. Dióle un vuelco el corazón. Seguramente que no era aquella moza la mujer que él había amado; pero tenía su misma envoltura. La casa, á cuya puerta hacía ella centinela, ofrecía un aspecto repulsivo, asqueroso. No se detuvo Gabriel aquella noche; pero pasó á la siguiente y á la otra. La tentación fué grande. Sucumbió al fin, pretextando que la grosera realidad en que se hundía iba á desacreditar para en lo sucesivo el ideal de que parecía ser aquélla la copia.

No sucedió así. La imagen de Dorotea volvió á estamparse ahora en su alma, con más fuerza, con más calor que nunca. Le invadió, le abrasó todo. Fué una dominación, un incendio general de todas sus facultades. Hízole el vicio desear el amor. La meretriz inicióle la esposa. No discutió ya contra sí mismo. Desbocóse su pasión, terrible y devastadora, derribando toda consideración, sin respeto á reflexión alguna. Pisoteó cruelmente cualquier sueño, que como florecilla olvidada, podía encontrar en su camino.

Los tres ó cuatro meses que había vivido activo y práctico, infundieron en él la agria, pero pujante le-

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

vadura de la acción. La idea y el hecho en este tiempo fueron para Gabriel como el rayo y el trueno. Las sordas tempestades que anteriormente se desataban en su espíritu sin señales visibles exteriores, tuvieron últimamente pronta, brusca, violentísima salida. Pensó, pues, que Dorotea fuera suya, y su decisión fué irrevocable.

—¿Por qué me quejo?—dijo buscando apoyo á su resolución—. ¿Qué hice para que me amara? ¿La salvé de un peligro? ¿Maté en duelo algún rival? ¿Soporté sus desdenes? ¿Tuve energía en los momentos en que sólo supe verter llanto? ¿Ha pronunciado ella la última palabra que me sentencie á desesperación eterna? ¡Ni siquiera le he dicho adiós! No me he despedido de ella. Acaso en la despedida yo hubiera encontrado, mediante la elocuencia del dolor, frases con que enternecerla. ¡Oh! sí; una despedida puede ser el principio de un amor.

Pasó revista en su mente á todas las escenas que había tenido con Dorotea; trajo á la memoria las palabras de ella; resucitó ante la vista sus gestos; oyó de nuevo sus carcajadas, sin que le sacudiera la ira ó el espanto. Empezó perdonándola y acabó pidiéndola perdón. Echó la culpa de su desgracia á sus sentimientos excesivos, exaltados, que le hacían pasar de un extremo á otro, de la ilusión al desencanto, de la confianza á la desesperación, del frenesí al estupor, de la adoración más fervorosa al odio más sanguinario. Concluyó por abrigar la esperanza de ser querido por Dorotea.

—Una mujer que no ama á un hombre—razonaba Gabriel estudiando el carácter de Dorotea—¿tiene con él aquellas franquezas terribles que ella tuvo conmigo? ¿Nacían de amor ó de indiferencia? ¿Cuándo una mujer confesó con tanta facilidad sus

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

secretos? Sí; encamináronse á probar el temple de mi afecto... A un enemigo no se descubre el pecho... ¿Y qué mayor enemigo que un amante desdeñado?

Tornó á sus cortejos. Volvió á pasear noche y día la calle de Dorotea. Estacionóse largas horas frente á los balcones de ella. Resistió sin incomodidad, inmóvil, con el continente más gallardo que pudiera darle su impermeable de caucho, las pertinaces lluvias de fin de otoño. No sintió nada fuera de Dorotea. Era ella lo único digno de llamar su atención. El mundo todo era como el pedestal de la amada, sobre el que ella se levantaba, absorbiendo las miradas, el alma del amante.

Había empezado el invierno. Los más rezagados veraneantes estaban ya de vuelta. Los salones aristocráticos encendían sus arañas de mil luces y reunían en sus lujosos recintos la sociedad distinguida. Abiertos estaban también todos los teatros. En los estrenes congregábanse las damas más hermosas y los hombres más ilustres. Dorotea debía haber regresado de El Erial. Ya en la casa del noble, ya en en el templo del arte era reclamada indudablemente su presencia. Los palacios estaban cerrados para Gabriel; pero no así los teatros. Hacia este punto dirigió sus investigaciones el amante de Dorotea.

Los nuevos cuidados de su pasión le desviaron lamentablemente de sus ocupaciones. Observó con pena doña Marta el desasosiego, el extravío de su hijo. Comprendió que no era posible arrancarle de aquel amor. Nada hizo entonces en este sentido. Cambió su táctica. Propúsose facilitar ella misma la felicidad de Gabriel. Mas precisaba que su hijo se declarase, le confesara sus agonías, le diera pormenores de aquel amorío tan desastroso.

—Quiero que me digas la verdad—le dijo un día

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

en que le vió tristísimo—. Tú sufres por una mujer. ¿Por qué me lo callas? Cuando creíste ser dichoso, me lo dijiste. Ahora que eres desgraciado, no hablas. ¿Dudas de mí? ¿Recelas de mis consuelos? ¡Cuándo una madre no encontró remedio para el mal de su hijo!

Refirióle Gabriel, entre besos y lágrimas, su desventura.

—¡Iré á verla!—exclamó doña Marta—. Me echaré á sus pies. La suplicaré que te ame... Le lloraré...

—¡Imposible! ¡imposible! — interrumpió Gabriel con desaliento—. Tú no la conoces... se reirá de tu lanto.

—¡Del llanto de una madre no se ríe ni un verdugo!

—Pero sí esa mujer.

Insistió doña Marta. Voló á casa de Dorotea. Vióla, hablóla, la rogó como á un Dios... Por el camino venía llena de congoja. Cuando estuvo delante de su hijo, sonrió diciéndole:

—Ten fe, hijo mío. No desesperes...

Y reía por no llorar, y en cada sonrisa temblaba un sollozo.

Vió Gabriel claramente el mal éxito de la misión de su madre. ¡A qué humillación habían expuesto sus locuras á la pobre anciana! Reprochóse su debilidad, su egoísmo, que sacrificaba impíamente en el altar de su satisfacción propia las cosas más sagradas... Resolvió ir él mismo á casa de Dorotea; ser él quien se postrara á sus plantas ó quien retorciera su cuello.

—¿No quiere ser mía?—exclamaba—. Pues no lo será de nadie.

Su pasión se exacerbaba hasta el crimen. Una fatalidad inexorable le arrastraba en pos de Dorotea.

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

Aquel amor suyo, iluminado por la dicha, arrullado por los besos de la esposa, caminando por los senderos floridos de una vida sencilla, convirtiendo el hogar tranquilo en un nido fecundo lleno de vuelos y cantos, pudo hacer de su alma el alma de un ángel. Pero aquella pasión contrariada, burlada, erizada de espinas, de emboscadas, de engaños, fingiendo felicidades para recompensar con amarguras, elevando hasta el cielo para abrir en sus infinitas regiones abismos insondables, hizo de su espíritu un espíritu infernal. Era como si á un pajarillo lo sacaran de su lecho de plumas, desplegaran sus alas, le pusieran delante el vasto espacio para dejarlo caer en seguida al suelo sobre un montón de zarzas. Con él fué más cruel la suerte; púsole el pie encima.

Una tarde, ofuscado por sus ideas, sacudido por sus desesperaciones, arrostrando con ímpetu salvaje todas las consecuencias de su arrojo, corrió Gabriel á casa de su amada. Llamó á la puerta, y salió á recibirle Ricarda.

Había salido Dorotea.

—¡La esperaré!—dijo el amante en tono de extravío.

Y sin aguardar respuesta pasó á la sala.

La doncella, que fué á hacerle compañía, demostróle la imprudencia de su paso. Nada conseguiría de su ama con recursos violentos, con procedimientos extravagantes. Ella misma se exponía, por haberle dejado entrar, á una reprimenda. ¿Por qué no la escribía? Gabriel quería verla, hablarla, excitarla á una resolución suprema. Una carta carecía de voz, de actitudes, de ojos que miraran y lloraran, de manos que golpearan el pecho ó que acariciaran. Un escrito era cosa ineficaz, futilísima, para el sosiego de sus ansias. Gabriel, con todo, se avino al cabo á

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

razones. Luchaba, además, entre el afán de tenerla delante y el temor de encontrarse con ella. No cedió, sin embargo, sin dirigir un reproche á Ricarda por su oficiosidad antigua y su cautela presente.

—¿Y qué culpa tengo yo de que sea usted un hombre diferente á todos?—declaró la muchacha—. Ninguna mujer le querrá si no cambia de proceder, de naturaleza... ¿Qué puede hacer de usted una mujer?.. En usted no hay término medio. Es usted demasiado estrafalario para marido y demasiado bobo para amante... Vamos, márchese usted. No me comprometa... Si desea ver á la señorita, esta noche va al Real... ¿Por qué no va usted?

—Iré—repuso Gabriel con voz sorda, saliendo para la calle.

Gayarre, el tenor prodigioso, el ruiseñor encontrado en una fragua de Navarra, cantaba aquella noche el *Fausto*. Cuando Gabriel llegó al despacho de billetes, todas las principales localidades estaban vendidas. Tomó una delantera de paraíso, que se hallaba vacante, pagando por ella lo que le pidieron. Y allá se encaramó, apenas sonaron las ocho, en el último círculo de asientos del regio coliseo, desde donde dominaba con la vista palcos y butacas, sala y anfiteatros.

Espió con mirada de lince, con el corazón palpitante, la entrada de todas las damas. El teatro llenóse en breve. La gente lo invadía por pelotones. La mancha rojiza del patio, ocupado por los sillones de terciopelo, fué esmaltándose rápidamente con los rientes y claros colores de los trajes femeninos, con las pecheras blancas de los hombres vestidos de frac. Del fondo obscuro de las plateas destacábanse á cada momento esculturales bustos de mujeres descotadas, de hombros ebúrneos, de garganta de cisne,

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

fulgurantes de pedrería. Por último, apareció Dorotea en uno de los palcos principales. Gabriel, al verla, sintió telarañas en los ojos. Para él llegó como envuelta en una nube.

No venía sola. Detrás tomó asiento, en la misma platea, el militar tan aborrecido de Gabriel, el brillante húsar en quien había adivinado el obscuro médico un temible rival. Pósose ante la cara Gabriel un periódico, simulando leerlo. No quería ser visto por ellos; no quería él tampoco mirarlos. Pero sus manos temblaban, sus ojos saltaban del papel á la platea, quedándose allí como clavados. No perdió ningún gesto, ninguna sonrisa, ninguna mirada de Dorotea y de Valentín Bello. Casi creía oirlos. Como él, no prestaban aquéllos atención á la ópera. En vano la orquesta y los cantantes vertían al espacio raudales de notas. Para los tres el espectáculo estaba en ellos mismos. Cada cual representaba un papel absorbente, principalísimo en un drama vivo, que no dejaba lugar á la tragedia de Goethe, puesta en música por Gounod.

Gabriel, durante toda la representación, no se movió de su sitio. Siempre parapetado tras el periódico, desmenuzaba con saña mortificadora aquella escena tremenda, desarrollada silenciosamente en un palco, sin más público que la comprendiera y á quien interesara que él. Dorotea escuchaba al militar como encantada, suspensa de sus labios, con los ojos llenos de ternura.

—¡A! ¿Conque para ese no tiene carcajadas? ¡Es que le ama! ¡Oh! ¡le ama!...—dijo con enconado despecho, con acento vengativo.

Arrojó el periódico y se levantó, sin que la función hubiera terminado. Ya de pie, cerca de la puerta de salida, ruido de armas en el escenario atrajo

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

su atención. Cruzaban la espada Fausto y el hermano de Margarita. Vió cómo Valentín caía mortalmente herido por el hierro de Mefistófeles.

—¡También el diablo peleará en mi ayuda contra el otro Valentín, mi enemigo—exclamó con sonrisa feroz, abandonando el paraíso.

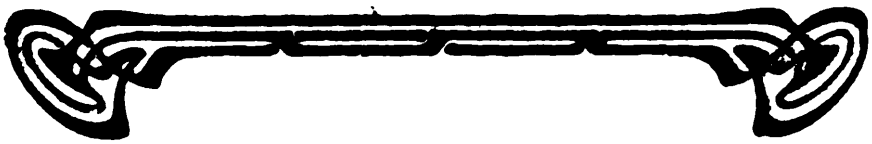
Emboscóse en el vestíbulo. Sin acertar á domar sus nervios, rechinando los dientes, tembloroso todo el cuerpo, esperó la bajada de los espectadores. Estos empezaron á salir en apiñada muchedumbre. Aquel mar de cabezas arreboladas, hinchadas por la atmósfera asfixiante del teatro, prodújole mareo. Una crisis horrible puso en conmoción su organismo. Temió que el vértigo que se posesionó de su cabeza hiciera imposible la venganza. Recurrió á los mayores esfuerzos por no caer rodando al suelo, perdido el conocimiento, impotente en el quebrantamiento de sus energías.

Descubrió, al fin, á Dorotea con su acompañante. Abrióse calle á empellones entre la gente, y agarrando por un brazo á Valentín, gritó como un loco:

—¡Le odio á muerte!

Y su mano cayó, con chasquido fuerte y seco, sobre la mejilla del húsar...

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY



XIII

Con la cabeza vendada, pálido y macilento el rostro, con los ojos vagos del demente y la actitud extenuada del enfermo, yacía Gabriel inmóvil y silencioso, sentado en un viejo sillón de espaldar de cuero y de anchos y pulimentados brazos. Dos meses habían transcurrido desde que se verificó su duelo con el teniente de húsares. El resultado del desafío fué deplorable para Gabriel. A la segunda bala que cambiaron los contendientes cayó al suelo el médico bañado en sangre. El plomo del contrario se incrustó de través en la parte superior del cráneo, conmoviendo la masa encefálica.

Como los periódicos, aunque embozadamente, dieron publicidad al hecho, súpose sin tardanza en Naranjón. El tío Salvador y la prima Isabel se afligieron hasta derramar lágrimas. Doña Marta, como es presumible, creyó perder de dolor la razón. Maldijo á la mujer causa de tanta desventura. Acaloróse con su inmensa pena hasta el punto de querer matar á Dorotea. Pero los cuidados que exigía el estado delicadísimo de su pobre hijo, perentorios y asiduos como nunca, parecieron aplazar para más tarde los vengadores arrebatos de doña Marta. Alguien vino, en su triste y desamparada habitación de Madrid, á compartir con ella su infinito desconsuelo. Fué esta compasiva persona don Bonifacio Mulas.

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

Junto al lecho del paciente pasó en vela algunas noches el viajante, observando, en unión de doña Marta, las mejorías ó los decaimientos del herido. Este daba pocas muestras de caminar hacia la curación completa. Pudieron extraérsele, no sin grave peligro, las retorcidas agujas que el proyectil, deshecho y fraccionado con el choque, introdujo en los huesos del cráneo. La fiebre que tal incidente ocasionó iba también, con alternativas de aumento ó retroceso, perdiendo duración y acerbidad. Mas el pensamiento del convaleciente andaba reacio, dislocado, flojo, con patentes señales de quedarse una vez detenido en los tenebrosos y extraviados senderos de la locura.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamaba doña Marta como enajenada—. ¡He perdido á mi hijo!

—Bastante hice por salvarle—decía don Bonifacio -. Ya que yo fuí víctima en mi juventud de una mujer parecida, no quería que ningún otro joven sufriera igual suerte... Pero ella ha podido más que nosotros, más que usted y yo; es decir, la impostura ha derrotado á la verdad y á la evidencia.

Gabriel, en efecto, parecía no pertenecer ya á este mundo. Su padecimiento físico seguía los trámites naturales de todos los de su especie. Pero el malestar de su alma agravábase sin remisión, sin que los médicos, compañeros de Gabriel, que le asistían con abnegación fraternal, lograran sujetarle en la rápida pendiente por que descendía. Para ello no tenían tisanas ni emplastos, no sabían dictar una receta, eran insuficientes todas las boticas. Había sufrido su ser, ya atormentado y resentido de antiguo, tan tremendo estallido, que su naturaleza había quedado como atontada.

Transcurrían, á veces, dos y tres días, sin que el

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

enfermo pronunciara palabra. No demostraba discernir cosas ni personas. Sumido en interminable silencio, en mortal inmovilidad, sólo manifestaba que existía por la fijeza y fulgor vivísimo de sus ojos, desmesuradamente abiertos, y por los sollozos que de cuando en cuando se escapaban de su pecho. En sus facciones había el gesto de un hombre, terriblemente cansado, que desea un reposo eterno. Ultimamente fué acometido de accesos nerviosos. Sus fuerzas revivían entonces con ímpetu, sus labios emitían con violencia frases incoherentes. Pero se aplanaba en seguida su momentáneo vigor, cayendo todo él en profundo desfallecimiento.

Hacia los días primeros de Abril, recibió doña Marta una carta de su hermano Salvador. Excitábala, en ella, á que abandonara Madrid, y con su hijo, se retirara á Naranjón, donde la bondad del clima, la dulzura de la estación que empezaba, y el calor de la familia, favorecerían el restablecimiento de Gabriel. Doña Marta, que hubo de agotar todos sus recursos, durante la enfermedad de su hijo, y á la que ya nada retenía en la corte, aceptó la invitación de su hermano. Y haciendo restauradoras paradas en las principales estaciones del tránsito, ambos llegaron á Naranjón, cuando los almendros abrían sus albas flores.

Respiró libremente doña Marta, no bien estuvo lejos de la capital odiada. En ella quedaban sus rencores; la mujer que sedujo á su hijo y el hombre que pudo darle muerte. Enfurecíase, con todo, al recordar el desafío. La fué imposible evitarlo. Nada supo hasta después de consumado. Su hijo buscó reservadamente los padrinos la noche misma de su provocación. Levantóse, antes del día, y achacando la urgencia de una visita, acudió al campo del honor,

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

sin que la madre sospechara el horrible suceso que se preparaba. Cuando su hijo volvió, en un coche, exánime, con la cabeza ensangrentada, no alcanzó tampoco doña Marta averiguar lo ocurrido. Díjosele que aquel deplorable accidente era obra del azar, de un golpe, de algo que le había caído encima.

Descubrió, al fin, el hecho.

—Y ¿hay quien consienta estos crímenes?—decía en el colmo del furor—. ¿Hay quien ponga un cordero frente á un tigre? Mi hijo, que nunca había tomado en las manos una pistola, ¿sirvió de blanco á un hombre que tiene por profesión las armas?... Y ¿á eso llaman valor?... ¡Crimen! ¡asesinato!... Ese, ese es su nombre.

No distaba mucho de este parecer Dorotea. ¡Ah! la impasible señorita estaba transformada. Opúsose con todas sus fuerzas al duelo. Pero como la ley de honor había sido violada, ultrajada en público, fué inevitable que no permaneciera impune su infracción y su ofensa. Dorotea acató con rabia esta bárbara ordenanza que hubiera hecho trizas con sus dientes. Anhelante, llena de indecible zozobra, estuvo mientras duró el combate entre Valentín y Gabriel. Cuando supo el resultado, frunció el entrecejo, mordióse los labios, parpadeó repetidas veces, sintió que le subía por el pecho una ola de angustia enorme, y rompió á llorar.

—¡Pobre Gabriel! ¡pobre Gabriel!—exclamaba sin poder decir otra cosa.

Diariamente se informó del estado del enfermo. Mandaba á la doncella á preguntar en la portería. Ella misma hubiera ido, le hubiera cuidado, habría lavado las heridas de él con sus lágrimas. Pero si no temía arrostrar todo el enojo de la desconsolada madre, no se atrevía á exasperar, con su presencia, el

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

tormento, ya sobrado inaguantable de la anciana. Lamentábase de su imprevisión, de su ligereza, de su frivolidad. Ella había jugado con una pasión como con una muñeca.

No conservaba ningún recuerdo tangible de Gabriel. No tenía disecados, entre las páginas de la novela predilecta ó del poema más leído, los pétalos desprendidos é incoloros de la flor que despidió más penetrante perfume, la flor regalada con un beso. Estaba desposeída de toda reliquia de amor. En los baulitos de cartón, con bullones de seda á los extremos, con cromos rientes en la tapa, que contuvieron dulces, no guardaba ella todas esas adorables chucherías, que son el encanto de los novios.

Erale forsoso, pues, reconstruir de memoria, sin detalles visibles, la fugitiva imagen del amor que ahora le asediaba, se levantaba imponente á su lado, la miraba con ojos bañados de sangre. Por un fenómeno inexplicable, sintió, entonces, la impresión de las caricias de su amante, que meses atrás había recibido impávida. Creyó escuchar sus frases apasionadas; creyó verle de rodillas á sus pies, suplicándole aceptara una felicidad, no comprendida por ella en aquel momento. No amaba mientras confió en ser amada; amó cuando pensó que podía faltarle para siempre, morirse de veras, el hombre que la quería.

Un día volvió Ricarda con la noticia de que Gabriel había marchado á su país natal. Dorotea quiso cerciorarse, por sí misma, de que era esto cierto. Fué á casa de su amante. Miró desde la calle y vió papeles en los balcones. No le satisfizo esta indicación. Pidió la llave del cuarto á la portera, y subió pretextando que deseaba alquilarlo. Cuando se encontró en la habitación desierta, fría, obscura, que

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

había sido morada de Gabriel, tuvo una congoja de muerte. Rehízose un poco, y recorrió todas sus salas. En una pared, á la altura de una mesa, había gotas de tinta. En el techo, un círculo de humo.

—¡Este era su despacho!—dijo lenta y tristemente!—Aquí escribía, aquí soñaba, aquí pensaba en mí entre sus libros. En este sitio consumía sus noches, á la luz de su lámpara.

Se sintió indispuesta. Salió á toda prisa. En su casa tomó una resolución.

—¡Necesito verle!—gritó en tono de locura, retorciéndose los brazos, corriendo agitadísima por su gabinete, desplomándose en una butaca—. ¡Necesito verle! ¡Quiero morir con él si se muere!

Hizo venir al húsar.

—Acompáñeme usted á su pueblo—dijo al militar después de participarle su deseo ardentísimo de ver á Gabriel.

Valentín Bello no opuso resistencia á este deseo. El no odió nunca al desdichado joven. Experto en el manejo de las armas, conocedor de la impericia de su contrario, le había repugnado aquel duelo. Hubiérale satisfecho una explicación, expuesta noblemente, eso sí, que pusiera á salvo su honra. Pero, la obstinación inconsiderada de Gabriel, forzóle á ir al terreno. Aun allí, trató de evitar una catástrofe. Su primera bala fué disparada al aire. Pero al propio tiempo cruzó silbando por sus oídos la de su contendiente. Gabriel le apuntaba con decisión, firme el pulso, clavada la mirada en él. Valentín tuvo que defenderse. No se perdonaba, con todo, que muriera un hombre por su mano.

—¡Iremos!—exclamó Dorotea.—Este viaje será la expiacion de nuestra culpa.

Y la amada, en busca ahora del amante moribun-

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

do, dió órdenes á sus criados para disponer su marcha á Naranjón.

A las puertas del caserío de este lugarejo tenía el tío Gabriel una finquilla, una huertuela, en cuyo reducido terreno había edificado su dueño una casita de recreo. En ella fué instalado el sobrino. Rodeando los cuadrados plantíos de hortaliza, se alineaban árboles frutales, esbeltos naranjos, opulentas higueras, frondosos albaricoqueros. Principiaban á llenarse las ramas de punzoncillos verdes, purpúreos, violaceos. Capullos de flores, botones de frutos esmaltaban la pálida esmeralda del naciente follaje. Y bordeando un costado de la huerta, deslizábase, sobre arenas finísimas, el río azul, sin otro rumor que el suave rebullicio con que rasgaban las mimbreras y los cañaverales de sus orillas su tenue superficie de ágata. Allí, hasta el ladrido del perro sonaba menos áspero.

La atmósfera, de una pureza y transparencia de cristal, parecía impregnada de serenas ideas, de dulces sentimientos. Gabriel, sin embargo, permanecía ajeno á todo esto. No eran tan desaforados en verdad sus ataques de nervios, aquellas bruscas resurrecciones de su pensamiento amortecido. Sentado en cómodo sillón frailuno, con la mirada errante y calenturienta, solía pasar los días enteros, sin despegar los labios, sin mover parte alguna de su cuerpo, bajo el emparrado que servía como de dosel á la entrada de la granjita. Desde tal punto, situado en un altillo del suelo, abarcaba la vista dilatado horizonte, el pueblo cercano, los conos, terminados en cruz, de las torres. Pero aquel risueño panorama, iluminado por la claridad de un cielo alegre y tranquilo, esfumábase borroso é incomprensible en los ojos del enfermo, llenos de las sombras de su alma.

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

Luchaba la familia por sacarle de aquella especie de idiotismo. Su prima Isabel, especialmente, apelaba para ello á todos los medios que le sugería su amor, no olvidado, y su piedad, nunca agotada. Isabel, en el progreso de su edad, había embarnecido, estaba en la madurez de su desarrollada hermosura. Ante aquella forma de cadáver de su primo, mudo, inerte, insensible, perdía la joven su natural timidez, y charlaba y se desvivía, y le ponía delante su belleza, su gracia, su hechizo, capaz, cualquiera de estas cosas, de volver la vida á un muerto.

—¿No te acuérdas—le decía, sentada á su lado, con las manos puestas en sus rodillas—cuando íbamos juntos á coger nidos? Pues, ¿y cuando jugábamos en las eras, mientras que el trillo surcaba las mieses que parecían un mar de oro?

Pero nada recordaba Gabriel; á nadie conocía. En vano la prima le atraía á su persona; en vano le hablaba con el timbre de voz más sonoro que podía salir de su bien torneada garganta. Él apartaba los ojos, cerraba los oídos á todo lo que no fuera aquello que miraba y que oía sin cesar, extático, ensimismado, abstraído, como ligado con ello por fuerza magnética. Si á lo menos hubiera tenido conciencia de su estado, podría ser feliz. Habríase cumplido su aspiración. Su razón yacería en la obscuridad. Su inteligencia habría muerto. Pero viviría Dorotea. Y allá, en los abismos del alma del amante, pasaría la imagen de la mujer adorada, arrojando todavía espinas bajo las plantas del loco.

Entretanto, dos viajeros habían llegado á Naranjón. Eran hombre y mujer, jóvenes ambos. En la casa donde tomaron hospedaje creyéronlos hermanos. Durmieron en habitación aparte. Pero aquellos hermanos ¿estaban reñidos? Apenas conversaban

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

entre sí. Cada úno se encerraba en su cuarto sin ocuparse del otro. ¿Qué motivo les llevaba á Naranjón? Se ignoraba. Ellos, en cambio, sin necesidad de preguntar, supieron cuanto deseaban saber: dónde Gabriel vivía, la gente que le rodeaba y el estado tristísimo de ánimo en que el enfermo se hallaba sumido. En el pueblo todo no se hablaba de otra cosa. La venida de Gabriel medio muerto en desafío, había sido un acontecimiento. Unos se quejaban de la desdicha del pobre joven. Otros apostrofaban la falsa mujer y el infame asesino que le pusieron en tan lamentable extremo. Todos convenían en que la amada sería una mujerzuela y el duelista un criminal. Por todas partes no se oían sino voces de odio, de condenación contra los madrileños.

Dorotea y Valentín (pues no eran otros los misteriosos viajeros), oyeron hondamente turbados este á modo de bando conminatorio pregonado contra ellos. En vista de la ojeriza general de que eran objeto, casi desistieron de su intento de ver á Gabriel. ¿Cómo explicar en público su conducta? ¿Cómo darse á conocer á la familia de la víctima? Retardaron, con todo, su determinación ulterior, esperanzados en encontrar favorable coyuntura á su proyecto. Repetidas noches, pues de día no salían, llegaron hasta la puerta de la casita rústica, volviéndose sin entrar. Dorotea oía desde afuera la voz de doña Marta en soliloquio cariñoso con su hijo. Temía ser reconocida por la anciana. Evitaba una escena que había siempre temido.

Una noche, en fin, se atrevió á entrar en la casa. Oíase dentro un piano. Isabel había trasladado allí el suyo para distraer á su primo. No habiendo desechado nunca la esperanza de ser su esposa, no quiso reducirse á ser una zafia lugareña. Su padre

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

aprobó su anhelo, comprándole un piano. En él tecleaba ahora varios aires religiosos que le había enseñado el organista de la parroquia.

Dorotea dijo á Valentín, que le acompañaba:

—Quédese aquí á la puerta. Yo entraré sola... No sé qué voy á decir ni cómo me presentaré... El piano me servirá de pretexto... Si no está doña Marta, que es la única persona que me conoce, diré... ¡no sé qué diré!... Sí, diré que... al cruzar por aquí... de vuelta de un paseo, he oído el piano... Que yo toco este instrumento... Que la señorita que lo toca, lo toca muy bien.. Que, siendo yo forastera, he querido conocerla..., admirarla, aplaudirla... ¡Ah! diré todas las herejías y atrocidades que se me ocurran, con tal de ver á mi pobre amigo...

Y sin aguardar respuesta penetró en la casa, dejando en la puerta al húsar.

Puso atento oído el militar para percibir el efecto que causara entre la familia de Gabriel la presencia de Dorotea. Oyó primero hablar á ésta excusándose de su temeraria visita. Luego, sentándose al piano, empezó á tocar ella el wals de Kaulich, *En la montaña*; aquel wals que tan honda impresión había producido en Gabriel la noche que estuvo en el hotel de Julia. Finalmente, suspendida de súbito la música, escuchóse un grito desgarrador y la voz de Isabel que pedía socorro.

Entró Valentín precipitadamente.

Su consternación fué inmensa ante la escena que contemplaron sus ojos aterrados. Gabriel, que se había levantado de su sillón de espaldar de cuero, despertando de su inercia soñolienta, al poder mágico de las notas del wals, yacía en el suelo con Dorotea, estrechándola furiosamente entre sus brazos, llena su alma de frenética alegría.

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

—¡Ya eres mía, Dorotea, mía para siempre!—decía el loco, bebiendo, con ávido deleite, el aliento de la mujer que le había arrebatado la razón con sus frías y calculadas seducciones.

Y, lo que nunca había experimentado Dorotea, esto es, una sensación de blandura que la penetraba hasta las entrañas, y parecía fundir de repente la dura y fría nieve de su carácter frívolo y ligero, sintió entonces al contacto de los labios de su amante en sus labios. Creyó desfallecer de ventura, de una ventura desconocida; y dejándose llevar de aquella ola dulcísima que la inundaba toda entera, estrechó con más fuerza á Gabriel entre sus brazos, y su boca, trémula, ardiente, contestó al beso de la otra boca...

La estatua de nieve se había derretido, y había aparecido la mujer de carne. Habíase necesitado, para esta transformación, el roce material de dos corazones, el choque apasionado de dos cuerpos, la fusión palpable de dos fuegos exhalados en dos alientos, en que iban envueltas dos almas. Pero la curación tambien de Dorotea era evidente. ¡Curación sí!, pues no otra cosa que enfermedad es ese frío, esa inercia, ese marasmo de sentimientos que se apodera de la vida de aquellas jóvenes educadas en atmósferas de estufa.

¿Y Gabriel, sanaría? Indudablemente. No hay padecimiento que no cure un amor correspondido.

FIN DE LA NOVELA

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

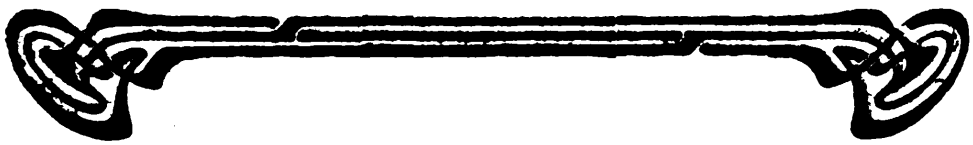
EL ARMA DEL COBARDE

(CUENTO)

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

Original from
HARVARD UNIVERSITY

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from
HARVARD UNIVERSITY



EL ARMA DEL COBARDE

(CUENTO)

I

—¡Vengo indignado!—dijo mi austerísimo y anciano amigo don Severo, entrando en mi despacho y dejándose caer en una butaca, cuyos muelles crujieron lastimeramente... ¡Vengo furioso!... Si hubiese seguido mi primer impulso, al presenciar la escena á que acabo de asistir por casualidad, habría buscado al miserable *ejecutor* de ella, y le hubiera dado muerte.

—Pero, ¿de qué se trata?—repliqué, sobrecogido de ansiedad vivísima.

Iba á continuar, sin duda, don Severo, escogitando un razonamiento explicativo que satisficiera mi curiosidad; pero, desbordándosele las ideas, que traía de la calle, diólas expresión en modo atropellado en sus labios, sin prestar atención á mis observaciones.

—Indudablemente — continuó en tono dogmático—; es un arma traidora, un arma desleal, manejada por una mano cobarde, la navaja. Es un arma esgrimida por la más desenfrenada furia. Para herir se recata en lo obscuro. Cuando llega el bárbaro

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

trance, surge de pronto y mata en silencio, tornando á las tinieblas, de quienes solicita la impunidad, anhelante de proseguir, en otra ocasión que se presente, sus malvadas fechorías. Es el arma, en fin, del que aparenta intrépida arrogancia y es un villano.

—Soy de su dictamen—me atreví á insinuar tímidamente—. Más, ¿podría usted indicar la causa que le ha puesto en ese estado de cólera, y que tiene mi atención en suspenso?...

—Déjeme que desembuche todo el encono de que me siento poseído. Permítame que desahogue mi rabia, fulminando maldiciones sobre ese arma miserable... Ya de suyo da á entender su maldad, cuando gusta ir escondida... No es la noble espada que, por su magnitud, no puede ocultarse, y que centellea al ser desenvainada, avisando su castigo. No es tampoco la escopeta, el fusil, la pistola misma, para cuyo manejo requiere alguna habilidad, y cuya acción mortífera se anuncia en voz de trueno. Esas armas podrán caer, por azar, en manos viles y desatentadas; pero no es lo corriente, como no lo es que caiga una moneda de oro en las manos de un perdulario... En cambio la navaja corta solapadamente el hilo de la vida sin sentirse venir del contrario, sin ofrecerle tiempo para apercibirse á la defensa... No cabe duda, es el arma del cobarde.

—Pero no todas las personas la usan...—repuse, por decir algo.

—Es cierto. Mas, desgraciadamente, en la nación del Cid, en esta tierra donde son proverbiales el heroísmo y la hidalguía, sino la emplean para vengar sus afrentas las clases superiores, es un instrumento imprescindible en las inferiores, cuando resuelven lavar con sangre una injuria... Entre la ralea ma-

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

leante, en especialidad; entre la gente de bulla y de mal entendida valentía, no hay hombre que no se conceptúe como tal, si no aporta en el bolsillo una navaja. Su sostén y salvaguardia es ella. Ella es quien le hace audaz con todos aquellos individuos que no suelen, por supuesto, traer arma alguna. Es ella quien le fortalece en sus amenazas á la novia, en sus insultos á los compañeros, en las burlas á todos los que están por cima de la esfera despreciable del provocador á mansalva. Él nunca habló con nadie sin pensar en ella, sin acariciarla secretamente. Así es que antes de sacarla á relucir para asestar un golpe, la ha tenido en la boca, esto es, en su bravucona fraseología, toda la vida...

II

Calló don Severo un instante, y limpiándose con el pañuelo el sudor que le bañaba el rostro, reanudó su relato, expresándose en estos términos:

—Ahora vamos al grano... Sí, sí. Todavía de horror y de inquina se me crispan los nervios... Imagínese usted una muchacha incomparable, una flor de juventud y de hermosura. Morena, con ese cálido tinte propio de los temperamentos apasionados; esbelta, con esa gallardía genuina de las diosas paganas, y con ese natural y no aprendido garbo que se lleva embelesados tras sí todos los ojos; y tan graciosa, en fin, y tan hechicera que, aun en aquel apurado lance en que se veía comprometida, resultaba con un encanto irresistible...

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

»Iba acompañada de un granuja, de poca más edad que ella. Gorra de guripa, echada sobre el rostro; mucho tufo en las sienes; chaquetilla ceñida á la cadera; pantalón de farol; las manos en los bolsillos; miradas de soslayo, y gestos y vocablos de ratero. Así era el acompañante de la divina mozuela. No hace pareja más disforme el lobo con la oveja, como aquella niña con aquel demonio. ¿Quién sino el azar, tropezando con la ignorancia, ó la astucia, embaucando á la inocencia, puede juntar á dos seres tan desemejantes?

»Inopinadamente he sido testigo de la trágica escena que se ha desarrollado en un santiamén á dos pasos del sitio en que yo me encontraba. Tomaba cerveza en un café en una mesa inmediata á una ventana, cuya persiana, corrida hasta abajo, me ocultaba por completo al fisgoneo de la calle. Pero no obstante, cuanto en ella pasaba, veía y oía perfectamente desde la penumbra de mi escondite, al través de las rendijas de la calada celosía...

»Detuviéronse allí cerca ambos amantes, y no recelando quizás que alguien pudiera tan cerca observarlos y escucharlos, ó absortos acaso completamente en la querella entre ellos entablada, no se fijaron en nada ni en nadie, de modo que dieron expansión á los rencores, en voz alta, en la forma siguiente:

—Ya te he dicho—manifestó ella en tono enérgico—, y te repito, que hemos concluído.

—¿De suerte que te pierdo para siempre?—preguntó él con sorna.

—¡Para siempre!... Y no será porque yo no te haya querido mucho, sino por tu mala conducta... Bien sabes que por ti he sacrificado cuanto puede sacrificar una mujer en el mundo. Por ti reñí con mi fa-

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

milia y me separé de ella, yéndome á vivir contigo. Por ti me he puesto á trabajar como una negra, sin que me luzca ni me aproveche el producto de mi trabajo. Por ti he arrojado al arroyo el tesoro de más estima para una joven: su honra... He llorado, he suplicado, me he arrodillado á tus pies instándote á que seas bueno... Pero no has hecho caso. ¡Es natural! Has satisfecho tu gusto y ahora me desprecias... Pues bien, olvídame. No me estorbes que procure por otro lado la felicidad que me niegas. Tengo derecho á ser dichosa.

—Lo que tú deseas es tomar otro amante.

—Y aunque así fuera, ¿no soy libre? ¿No pueden romperse, por ventura, los lazos que nos unen? ¿No los has roto tú mismo?

—¡Pues de hombre ninguno has de ser, sino mía!—exclamó el bellaco, profiriendo un juramento horrible.

—¡Lo veremos!—replicó ella, atragantada de coraje.

»Y no dijo más. De pronto exhaló un grito desgarrador, y cayó desplomada al suelo. De su corazón manó impetuosamente un raudal de sangre. Me lancé en el acto á socorrerla, y advertí que había quedado sola. Su matador había huído. Al lado de la víctima relucía una navaja enrojecida. El rufián, después de realizar su «hazaña», partió á escape, abandonando el arma homicida. Ni siquiera abrigó en su innoble pecho la entereza de declararse culpable...

»Vengo, sí, indignadísimo; y sube más de punto mi reprobación, considerando la frecuencia con que se reproducen á diario hechos de este jaez, sin que á contenerlos baste la justicia. Nunca falta un defensor misericordioso que invoque las fuerzas de la pasión indomable en pro de los ejecutores de tales crí-

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

menes... ¡La pasión! ¡El amor!... ¡Mentira, mentira y mentira!... Quien ama de veras, no mata, sino perdona; no tiraniza, sino se doblega; no vitupera, sino se aflige; no desdeña, sino se compadece; no destruye, sino se inmola... Nacen esas muertes del egoísmo brutal, de la vanidad idiota, de la dureza de sentimientos... ¡Oh, niña hermosa!—discurren esos desalmados—. ¿Te niegas á ser mi sierva? ¡Pues te aniquilo!

III

La voz de don Severo sonaba enronquecida por la prolongada disertación, pero aún conservaba acentos vigorosos para persistir en las execraciones de su filípica.

—Es muy menguado, en verdad—siguió diciendo, y hasta ridículo y mezquino ese pretendido valor que se fía á la punta de un arma tan canallesca. El valor verdadero, el valor digno de alabanza, estriba en la propia persona, en su corazón recto, en su proceder intachable, en la pundonorosa sublevación del ánimo ante un oprobio ó una injusticia, que centuplica los arrojos, agigantando las fuerzas y convirtiendo al caballero honrado más pacífico, de un cordero manso, en un león incontrastable. Ese es el valor positivo, el valor personal que no reside en los músculos más ó menos ejercitados, ni en las destrezas, no siempre de buena ley, ni en ciertas armas, por mucho que resulten sus gallardías... Y, sépanlo los testaferros de taberna, los matones de garitos y los chulos de lupanares. Ese valor, el valor

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY

que germina y fermenta en el ánimo altivo, se rie de todas las navajas que puedan manipular todos esos perdonavidas, aunque la asesten con todas las circunstancias denigrantes, pues al valeroso de verdad, bástale una mirada engendrada en su conciencia rígida y serena, para subyugar y abatir al que sólo lo es de mentirijillas...

Después de tomar un poco de respiro, don Severo, tras la anterior imprecación contra los valentones callejeros, soltó las siguientes palabras:

—Yo he viajado mucho... En todos los pueblos del mundo hay riñas entre los hombres... Mas, cuando los que pelean no pertenecen á las clases sociales que comulgan bajo la sacramental, aunque arcaica ordenanza de lo llamado «caballeresco», según lo cual, en el nominado «campo del honor» se ventilan los agravios, no se valen de ninguna arma insidiosa, que arroje un hombre á presidio y otro al cementerio. Conténtanse con procedimientos, aunque violentos siempre, no tan destructores. Dos bofetadas, ó cuatro palos, son suficientes para rechazar una ofensa ó poner á raya á un maldiciente.

»Pero, aquí, en esta «aguerrida tierra», la malhadada navaja es la suprema y, al par, fácil reparadora de rencores enconados, de caprichos ominosos, de insolentes brutalidades. Ignorando los desalmados, que en tal arma se escudan, que el más alto valor reside en la prudencia, y que el arma más eficaz frente á un ultraje es el desprecio, no tienen reparo en atentar contra la existencia del amigo más íntimo, de la mujer más amada, del pariente más estrechamente ligado con ellos por los lazos de la sangre, espoleados á veces por una futileza infantil, por una broma mal interpretada, por el interés más nimio, por la más inconsistente vanagloria.

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

»¿No es esto absurdo? Ni la venganza está á la altura del desmán, ni las consecuencias de la acción nefanda honran, antes bien, envilecen al que la ejecuta.

»¿Y así habremos de permanecer siempre? Es menester que concluya esta aberración del espíritu de esas malaventuradas gentes. Debe proscribirse del mercado público la navaja, ó, á lo menos, la navaja afilada y con punta. Ya de por sí, con sólo observar la forma que algunas ostentan, pregonando van su destino. ¿Y no es, aquí, donde la ignorancia salvaje de las clases abyectas es tan vasta y profunda, el poner un arma de tal especie en sus manos, es como ponerla en las de un loco?

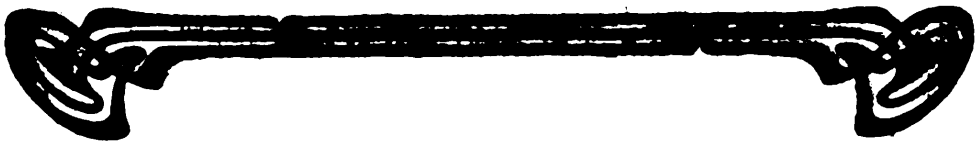
«Cada vez que una de esas navajas sale de la fábrica, se abre la puerta del presidio para un nuevo asesino...

—Tiene usted razón que le sobra—dije á don Severo, abundando en sus ideas—. Y, como usted ha muy bien apuntado, donde el empleo funestísimo de la navaja es más abominable es en las contiendas amorosas. ¡Pobre muchacha, esa que acaba de morir víctima del aborrecible acero chulesco!... Ella, con su amor, se entregó toda entera, en esa época en que la inexperimentada inocencia y los sueños candorosos empiezan á ser combatidos por los deseos, vagos, pero enloquecedores, de los instintos incumplidos. ¿Y en quién depositó su confianza? En un perillán, en un libertino soez, en un tenorio de baja estofa, que logró seducirla, más que con frases embelesantes, con ardides y manejos de truhanería picaresca... Mas, pasó el vértigo. El galán, que afectaba ser al principio algo así como un ser paradisíaco, se mostró al fin tal y como era; esto es, como el más depravado engendro de la perversidad huma-

Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY
Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

na. Y la desdichada joven, que había sido solicitada con instancia veneradora, al modo como se suplica á una deidad, llegado el fatídico período de la saciedad, del engaño y del abandono, fué considerada como una esclava, como una cosa despreciable y abyecta. Hasta se la miró como un obstáculo enojoso. Y entonces el amante, antes rendido, tornóse ahora en sanguinario tirano, arrastrando tras sí á su víctima, juguete sumiso de los antojos del dueño despiadado, sin poder disponer ella de fuerzas para sacudir la cadena que la amarraba á su servidumbre. Y ¡desgraciada de ella si tratara de sustraerse, siquiera por un instante, á su yugo! ¡Para eso sirve la navaja!... ¡Oh! sí; la navaja suele al cabo ser el premio del amor inexperto de esas infelices corderillas, malaventuradas hijas de Eva... Es cierto... Nunca, seguramente, como en esos deplorables casos, la navaja es el arma más cobarde: cuando se hunde en el pecho indefenso de una mujer, pletórica de juventud, de belleza y de ternura.

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from HARVARD UNIVERSITY



ÍNDICE

	Páginas.
La estatua de nieve (novela)	5
El arma del cobarde (cuento)	149

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

Digitized by Google

Original from
HARVARD UNIVERSITY

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from
HARVARD UNIVERSITY

OBRAS COMPLETAS

DE

JOSE DE SILES

Estas obras comprenderán, hasta hoy, próximamente, **25** tomos, de los que van publicados los siguientes:

I.—La novia de Luzbel (cuentos).
II.—La casa de la alegría (cuentos).
III.—El lobo y la oveja (cuentos).
IV.—El drama del Calvario (leyendas místicas).
V.—Boda buena y boda mala (cuentos).
VI.—Los fantasmas del mundo (poesías).
VII.—El cincel y la paleta (notas de arte).
VIII.—Acuarelas del redondel (narraciones taurinas y chulescas).
IX.—Cielos y abismos (cuadros de la Naturaleza).
X.—Memorias de un patriota (relatos de guerra).
XI.—El diario de un poeta (poesías).
XII.—La estatua de nieve (novela).

CADA TOMO UNA PESETA

NOTA. Los señores libreros y corresponsales obtendrán notables descuentos, según la importancia de sus pedidos, pudiendo efectuarlos directamente á esta **Administración,** 10, Eloy Gonzalo (Paseo de la Habana), 10 ó á la

LIBRERÍA DE D. GREGORIO PUEYO

Carmen, 33, Madrid.

No se servirá ningún pedido si no viene acompañado de su importe ó de acreditada garantía.

Digitized by Google

Original from HARVARD UNIVERSITY

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from
HARVARD UNIVERSITY

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from
HARVARD UNIVERSITY

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

Digitized by Google

Original from
HARVARD UNIVERSITY

Generated at Columbia University on 2020-05-10 21:49 GMT / https://hdl.handle.net/2027/hvd.hnqw7d
Public Domain in the United States, Google-digitized / http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google
Digitized by Google
Original from
HARVARD UNIVERSITY